# POR NAVARRA

## XV DE UITZI A GOA

# POR NAVARRA

Muchos de estos artículos fueron publicados en Diario de Navarra. Algunos han sido corregidos y aumentados.

Edita: Víctor Manuel Arbeloa
Impreso en I.G. Castuera, S.A.
I.S.B.N.: ISBN 978-84-915-0548-7
D.L.: NA 1697/2011

# POR NAVARRA

Víctor Manuel Arbeloa

DE UITZI A GOA

XV

# ÍNDICE

LOS PAISAJES DE LA VIDA . . . . . 9
CARNAVALES EN UITZI (HUICI) . . . . . 14
TRASLADO DE LA DOLOROSA . . . . . 21
PRIMAVERA PASCUAL . . . . . 27
CUANDO FUENTERRABÍA SE INCORPORÓ A NAVARRA . . 38
PRIMAVERA EN EL VALLE DE YERRI . . . . . 42
DEL MONCAYO HASTA ÁGREDA . . . . . 47
LA "MARCA" DE UREPEL . . . . . 53
NUEVO MURCHANTE . . . . . 58
SAN MILLÁN DE SUSO Y YUSO . . . . . 61
LAS DOS BATALLAS DE MONTEJURRA (1873-1876) . . . . . 71
MAYO EN CODÉS . . . . . 88
LA TRINIDAD EN OZCÁRIZ . . . . . 94
ROMERIA DE SAN JUAN EN URDIAIN . . . . . 99
ANDANDO POR LARRAUN . . . . . 105
ALAVESES EN LA BATALLA DE NOAIN . . . . . 109
EN BIDARRAY . . . . . 114

EL CULTO-JUEGO DEL TORO EN NAVARRA . . . . . 119
SAN ESTEBAN DE BAIGORRI . . . . . 132
SIMANCAS . . . . . 138
SALDIAS . . . . . 141
JUAN DAVID GARCÍA BACCA (1901-2001) . . . . . 146
POR LOS BOSQUES DE VALCARLOS-LUZAIDE . . . . . 151
POR LA SIERRA DE LÓQUIZ . . . . . 154
VILLATUERTA . . . . . 167
LA NIEBLA . . . . . 169
POR TAFALLA SURESTE . . . . . 177
VIAJE A ERRATZU . . . . . 180
SE SUBLEVA O'DONNELL EN LA CIUDADELA . . . . . 184
EN LEITZA, DÍA DE LA GUARDIA CIVIL . . . . . 192
ALFANHUÍ EN QUINTO REAL . . . . . 197
LA VENDIMIA . . . . . 200
PADERBORN . . . . . 204
DE OTAZU . . . . . 208
NOVECIENTOS AÑOS DEL CISTER . . . . . 212
JAUN DE ALZATE . . . . . 218
CON LOS ESCRITORES DEL 98 . . . . . 224
EN GOA, CON FRANCISCO DE JAVIER . . . . . 230

# LOS PAISAJES DE LA VIDA

Se equivocaría en redondo quien pensara que estas series que el viajero va escribiendo en las efímeras páginas del periódico son, como algunos suelen todavía decir, *Itinerarios por Navarra*. Nada más lejos de eso.

Los itinerarios, o están hechos, o alguien los hará mucho mejor de lo que pudiera hacer este viajero andante –andantesco a veces–, andante y mirante, pensante y esperante, peregrino, al fin, en busca de la eterna belleza, y que lo mismo se sube a mirar las altas luces encendidas del gótico que desciende a las ásperas gándaras de los ejidos.

Los grandes hombres, los grandes acontecimientos, fiestas o lutos, tienen muchos reporteros, muchos escritores/descriptores, que lo hacen minuciosamente bien. También el escritor en prosa o en verso se acerca a ellos a veces, pero generalmente prefiere las vidas corrientes y molientes, los sucesos ordinarios, las cosas que cada día son dignas de ser amadas infinitamente y de ser evocadas en los espejos mágicos de las palabras.

Cuando el escritor sale de su natural ensimismamiento y deja, por unas horas al menos, los muros urbanos de su ciudad o las bardas rurales de su villa o aldea, y, a veces sin salir siquiera, topa con un trozo de naturaleza, hecho paisaje por la mirada humana, que le da orden, figura y sentido. La muda geología se vuelve geografía humana, marco escenográfico, como en los cuadros de los pintores del Renacimiento, donde caben los recuerdos, las acciones, los sueños de los hombres. La naturaleza se hace historia, parte de la historia humana, y ese marco así historizado se recuerda, se contempla, se vuelve a soñar

*¿No ves, Leonor, los álamos del río*
*con sus ramajes yertos?*
*Mira el Moncayo azul y blanco; dame*
*la mano y paseemos.*

Paisajes de dólmenes o de ferrerías, de batallas o de peregrinaciones, de juegos de infancia o de amores juveniles, de labores de adultos o de reposos eternos. Y cuando no los contempla, se los imagina y sueña, que es parecido fruir:

*Campo de Baeza,*
*soñaré contigo*
*cuando no te vea.*

Campos de Navarra, solitarios o poblados. El escritor viajero no los confunde con Dios o con su alma en deliquio panteista, aunque Dios esté siempre presente o al alma la nutran con sus silencios y su sazonada hermosura. Pero el escritor, que es un descubridor o, cuando menos, un cultivador de descubrimientos, encuentra en ellos los paisajes de muchas vidas, pasadas, presentes y futuras, y de la suya propia; los marcos ajustados o fantásticos de muchas historias que fueron o que pueden ser.

¿Cómo fue la primera mirada del hombre, que del mero país enmudecido hizo el paisaje locuaz?

Estamos mal informados. Dejando ahora textos sagrados y conocidos, imaginamos aquellos seres dorados por la edad de oro, los griegos por ejemplo. Pastores errantes o agricultores sedentarios, tenían ojos creadores de águila, maravillados bajo la luz cenital, que fueron mirando y nombrando los relucientes bosques, los claros arroyos, las grutas cobijantes, los pájaros sonoros, las bestias terribles, los animales pacíficos, los astros divinos o los anchos lomos del canoso mar. Todas las cosas, tan nuevas, tan celestes, parecían dioses. De ellas y con ellas iban aprendiéndolo todo, revolviéndolo en su corazón, donde ellos creían que tenían la mente y la vida. No tenían herencia alguna de la que aprender, ni mensaje alguno que descifrar, si no era el de la lectura directa e interpretación inmediata de lo que veían, oían y tocaban, y con todo ello pensaban.

Los números estaban aún en el aire y las formas se distinguían, por su luminosidad, de la materia en la que se encarnaban.

Cada idea era como una estrella. Cada palabra como una lluvia, como una nevada, a veces como un rayo o como un trueno. El gozo que sentían entonces era tan inefable que nosotros podríamos llamarlo místico. Su memoria era mínima y su fantasía exuberante, vagabunda, soberana. No sentían el hostigo del tiempo, la noche era divina, la tierra nutricia, y, bajo la ancha voz de Zeus, morían tras plácida vejez.

Si hubieran oído decir al maestro Yuste, el maestro de Antonio Azorín, que *lo que da la medida de un artista es su sentimiento de la naturaleza, del paisaje*, y que un escritor será tanto más artista *cuanto mejor sepa interpretar la emoción del paisaje*, les hubiera parecido pedantesco y banal. Porque aquellos pastores arcádicos gozaban el éxtasis panida entre las cándidas ovejas y los triscadores machos cabríos. Mucho más cerca hubieran estado de Pachico Zabalbide (Miguel de

Unamuno), tendido sobre la cumbre de su montaña bilbaina, descansando en el altar gigantesco bajo el insondable azul infinito:

*Olvídase del curso fatal de las horas, y, en un instante que no pasa, eterno, inmóvil, siente en la contemplación del inmenso panorama la hondura del mundo, la continuidad, la unidad, la resignación de sus miembros todos, y oye la canción silenciosa del alma de las cosas desarrollarse en el armónico espacio y el melódico tiempo.*

Aquel ciego cantor, el padre Homero, que llamó a sus versos heliotropos o girasoles, recogió aún algunas de las impresiones de sus antepasados en medio de aquel paraíso original.

*Pues nada hay sin duda más mísero que el hombre de cuanto camina y respira sobre la tierra.*

Pero el hombre al fin venció su miseria por la gracia de la Gracia.

Todo poeta viajero quisiera encontrar el mundo, al igual que sus antecesores griegos, como acabado de nacer, y trasmitir a todos sus congéneres ese divino temblor original.

Por desgracia, muchas veces tiene que contar y deplorar lo contrario: su desequilibrio, su contaminación, su mal reparto, cuando no su profanación y su destrucción. Pero no a la manera del sociólogo, del político o del moralista. No debe imitar sus modos y sus voces.

Al viajero escritor le gustaría ir por ahí con el capillo franciscano del Poverello de Asís y sus hermanos, siguiendo el ejemplo de Nuestro Señor, por caminos de sementeras y de vendimias, atravesando labradíos y majuelos, verdes colinas, bosques umbrosos, sonorosos ríos, oyendo cantar las parábolas cotidianas, o viendo, no más, los múltiples milagros de la vida, sólo visibles a los ojos seráficos, sólo inteligibles por los corazones encendidos por la bondad.

Así pintaron la existencia, que no era menos amarga que ahora, los pintores primitivos –*I primitivi*– italianos y así la han contado todos los poetas serios antes de estirarse por la fama o cualquier otra necedad.

El viajero por Navarra ha nacido demasiado tarde para poder hablar con las plantas, con los animales, con las fuentes, como en los tiempos heroicos. Ahora intenta interpretar su difícil locuela, parecida a la de algunos hombres. Le gustaría escribir prosas que trascendieran a las *florecillas* que recogió literariamente Fray Hugolin del Monte Giorgio, pero tendrá que resignarse, las más de las veces, con prosas inodoras e incoloras.

El escritor peregrino andará dentro y fuera de muros y de cercas, queriendo acercar al lector la historia interior, la intrahistoria, de los paisajes rurales y urbanos, los paisajes del alma, los paisajes de la vida. Pero itinerarios, no, a no ser que quiera decirse eso mismo.

Al comienzo de la nueva andadura, el poeta andariego vuelve a leer el consejo de uno de sus padres espirituales, don Ramón María del Valle Inclán:

*Busca en todas las cosas un ingenuo conocimiento y procura amarlas en el bien ajeno, olvidada para siempre de tus fines mundanos, alma peregrina del mundo! Si tal alcanzas, te será revelada la íntima belleza de todas las cosas, y sin ciencia de sabios, cubierta de luz, entenderás la palabra campesina y enigmática del Hijo.*

# CARNAVALES EN UITZI (HUICI)

Nos cuentan los periódicos que el sábado después de Reyes, un centenar de personas de Uitzi cenan gorrín y ternera en la sociedad Merkualde y que los acordeonistas acompañan la *gau pasa* hasta el alba, cuando los cohetes avisan del inicio de la recogida de alimentos –*puska biltza–:* tocino, huevos y otras viandas a cambio de caramelos. La cena del domingo está bien servida.

Hoy la vieja casona, *Errekaldea*, rodeada por el regato, habitado sólo en el primer piso, se deteriora por los cuatro costados. La era de los juegos y las danzas sigue al suelo del frontón en medio del poblado, y la taberna ruidosa es hoy casa rural.

Nicolás de Ormaechea, *Orixe* (1888-1961), considerado como la figura más importante de la poesía, e incluso de toda la literatura vasca, nació en Oreja (Guipúzcoa). Fue el último de tres hermanos gemelos. La pobre madre –se lamentará el poeta–, en un solo parto, tuvo más hijos que pezones:

*Ama gaisoak, aurraldi batez/ titi baiñon aurgeiago.*

Por eso le buscaron una nodriza en el pueblo navarro del Valle de Larraun:

*Naparroa zarrean, Larraun'en, Uitzi,*
*belar goxo tartean eper kabi iduri.*

(En la vieja Navarra, Larraun, Huici,
parece un nido de codornices en el blando herbal).

Allí pasó 17 años, hasta que ingresó en el colegio de jesuitas de Javier. Allí tuvo los dos mejores maestros de su vida, según propia confesión: su vice-abuela *(amonordea)*, María Asunción, y el maestro de la escuela rural. Allí se forjaron su imaginación y sensibilidad oyendo a los leñadores y carboneros, que, los domingos de invierno, después de cenar en la taberna, acudían a *Errekaldea* para alegrar con sus fábulas y cantares a los habitantes de la casona.

Varones, mujeres, jóvenes y viejos, celebraban en Huici su preparación a las carnestolendas, los tres jueves anteriores a la fiesta. Esta duraba de domingo a martes, y el miércoles se ayunaba. Orixe, profundamente católico, nos hace una descripción profundamente realista del carnaval vasco: "En Navidad se venera al Dios grande, en carnaval al dios pequeño. El vientre vasco siempre busca vino navarro y carne. Tras hartarse con eso comienza a bailar animadamente":

*Olentzaroz Jainko Aundi/ Irauterioz jainko txiki.*
*Euskal sabelak beti billa du/ napar-ardo eta zitzi.*
*Aietaz ase bat egin, eta/ dantzan asten da bizi.*

Aún quedan, en este tiempo, en las casas jamón, costillas, longaniza y tocino de la reciente matanza. Antonio el arriero trae vino negro que calienta los interiores. ¿Qué rincón del lugar está ahora triste?

El primer jueves, jueves de compadres *(Gizakunde),* hombres maduros y jóvenes sienten la alegría en sus venas y entre saltos y relinchos mueven ágilmente las piernas. El dueño sacrifica el carnero bien cebado con grano, y si hay alguna gallina gorda y poco ponedora, vendrá bien para la tarde. La chica, al ver al chico, le agarrará del cuello y le dirá

– ¿*Zer agintzen duk*? (¿Qué me ofreces?)
– *Or ditun bi sos jostorratzak erosteko* (Ahí tienes diez céntimos para comprar agujas de coser)

Por la tarde, es media fiesta. Baja del monte el carbonero, que rara vez puede cambiar por carnero sus habas habituales. El tamborilero Ignacio *(Iñazio Dambolin)* hace colgar de su tamboril una moneda de oro rojo, una de las muchas que ha ganado en Francia por pasar criminales *(eriogiñak*) por la frontera. La frontera conoce bien asímismo María Antonia, la de Oyarzun: una noche en que se había forrado, debajo de la camisa, con todas las sedas del contrabando, le hicieron desnudar y le dieron una buena paliza.

Después de merendar los mozos bailan el baile de la silla, que suele ser el último en las bodas y en la limpia del maiz. Ya se sabe: el que se cae el primero deberá pagar el vino. Mientras los jóvenes danzan en derredor, los mayores del lugar cantan unas letrillas a las que el tamborilero pone la música tradicional, en compases de 2x4 y 6x8, y en "tempo" de *allegro* y *allegretto.* Es el caso que los tres compadres se juntaron en la taberna; comieron y bebieron, bebieron y comieron; bebieron un cántaro entre tres. ¿Sabéis quiénes eran? Uno, el señor alcalde, el otro, el señor corregidor, y el tercero..., ¿lo digo, no lo digo? Ay, era el mismísmo señor rector:

*Ua zan, bera zan, ala zan/ erriko erretor jauna zan.*

Las letrillas mezclan luego historias de jugadores con diálogos de borrachos sobre el vino, el rey de Francia, el chivo que canta, el buey que baila y el asno que toca el tamboril.

Churio ha tropezado el primero con el cinturón que le colgaba y tendrá que pagar el vinazo, y, lo que es peor, sufrir la vergüenza de la derrota.

No hay esta vez, aunque aún es pronto, borrachos perdidos, si no llamamos así hacer quiebros. Vuelven a casa los que han quedado cuerdos. Perico y Martín se quedan en la taberna amenazándose el uno al otro. Para el que no pueda caminar, ahí está el carro de Zanpanzar (San Panzón):

*Oiñez ezin doanarentzat/ or Zanpantzar'en gurdi.*

"Chorizo, longaniza, que hoy es día de comadres. Tocino o huevos. Mujer generosa, si no es lo uno, lo otro":

*Ziztor, miztor, "Emakunde",/ urdai edo arraultze;*
*Andre zabala, eman eiguzu/ bat ez balin bada betze.*

Este era el estribillo de todos los chavales hasta que alguien bajara a la puerta.

Esta vez los niños, agarrando del pescuezo a las niñas, les hacían la misma pregunta que ellas a ellos el jueves anterior.

– Humo de cocina *(sukaldeko sua)* –contestaban ellas–, para que toda la vida tengas que restregarte los ojos.

Los novios se cambiaban ese día los regalos. Cada moza aportaba una gallina al rancho común y los mozos el vino. Después de la comilona llegaba la danza vizcaina *(Bizkai-dantza)*, hasta que se fun-

dieran las grasas, al son de María la tamborilera y del pandero de la Ochonda, la hija del Peliblanco. Si después la gente volvía a casa o a la taberna, el poeta nos dirá la próxima vez. Lo cierto es que esta vez el regreso fue pacífico. Y lo que sucedía junto al llar, que cada cual se lo imagine:

*Laratz ondoan zer gerta dedin... | zeuk asma zenekazen.*

El último jueves es el de todos *(Orokunde)*. Han matado una becerra cebada y hay, además, huevos y longaniza.

El baile comienza con la danza del almute. Sobre él danza y canta Juan el de Aniz:

*Sagarraren adarraren| igarraren punttaren punttan...*

(En la punta de la punta seca/ de la rama de un manzano...

Luego cuatro carboneros de Ezcurra bailan la danza de los palos *(makil-dantza)* con la letrilla de la gallina y el zorro. Le sigue el baile de las almadreñas *(Eskalopoin)* y otros más, hasta que se termina fogosamente *(su ta gar)* con el baile vizcaino. A cada ronda se pasa la bota; a las mujeres se les sirve en vaso, que termina lleno cuando llega a la punta de los labios de la última. En casa, igual sí, y hasta de licor, mejor del blanco que del negro, pero aquí no; el marido puede hacer bailar el palo en las espaldas:

*Senarrak dantza deza makilla| andrearen bizkarrean.*

Y ya están Perico y Martín (Peru y Matxin), que empiezan a enredarse en la taberna hasta que salen a la era y llegan a las manos.

– *Aul*, *ezer-ez*, *berrizu*, (cobarde, inútil, charlatán).
– *Ume zirtzil*, *mukizu*. (Calla la boca, mocoso).

Orixe narra minuciosamente la pelaza. Al final, los dos rivales vuelven de la era, con las hierbas sobre el cuerpo, al refugio de la taberna.

Está ya cerca el carnaval, que dura tres días, antes de que, el miércoles de ceniza, *hasta los gatos y perros ayunan*. Mientras tanto, comer, beber y bailar; también los animales. "Nadie hay que no tenga noticia de esta alegría, ni la rosa ni la espina":

*Poz onen berri ez dunik ez da/ ez arrosa ez arantza.*

El autor de *Euskaldunak* nos cuenta largamente la danza del zorro *(azeri-dantza)*, el lunes de carnaval, con letrillas de apóstrofos al robador de animales domésticos durante el año; danza que termina con cena y baile en la posada concejil. Lo mismo que el degüello de gansos *(antzara-jokua)*, en la que se luce Mikel Eleder, capitán de la cuadrilla, montado sobre la mejor yegua.

El carnaval de Uitzi se cierra con la enganchada entre el jinete de casa Goicoechea y el de Juanena, a quienes tienen que separar los compañeros. Y es que los odios de vecindad son el humo del infierno

*Auzoen asarrea/impernuetako kea*

Pero la Cuaresma es larga y la reconciliación pública y solemne en las dos misas del día de Pascua y en el banquete cristiano de caridad *(Urriskide)*.

En su utilísmo y meritorio libro, editado en 1984, *Carnaval en Navarra*, Juan Garmendia Larrañaga, nos confirma, sin mencionar a Orixe, que hasta principios de siglo se preparaba en Huici el *antzara jokue*. Ya sobre nuestro días, nos dice que los Ioteak comienzan allí, por lo general, el 6 de enero y se reducen al baile de los tres días y a la *puska biltza* de la segunda y tercera jornadas festivas. Para sus comidas cuentan con la Casa Concejil y las tabernas Mainea y Angelenea. El Concejo pone gratis un barril de 120 litros de vino. Una chocolatada interrumpe el último baile. La fórmula interrogativa de chicos y chicas es distinta de la de Orixe: *Zer aintzen diazu*?, y las repuestas también. Es también diversa la fórmula de postulación. "Desde hace dos años", los jueves de Gizakunde y Emakunde (no menciona *Orokunde)* pasan inadvertidos.

Fuera lo que fuera, los Carnavales de Huici –aquéllos, no éstos– son los únicos de Navarra, que yo sepa, que han pasado a la historia: a la historia de la literatura vasca. A través de uno de los más bellos poemas-canto que se han escrito hasta hoy en esta lengua navarra.

# TRASLADO DE LA DOLOROSA

José María Rodríguez Azcárate y cuatro de sus discípulos limpiaron durante muchas horas los cinco metros de terciopelo negro y las más de 4.000 palmas bordadas con hilo de oro que conforman el manto de la Dolorosa, bordado por las Adoratrices y estrenado el 1 de abril de 1960. Imagen de vestir, o *de candelero,* es el paso más antiguo (1883) de la Procesión de Pamplona, obra de Rosendo Novás y Ballbé, (1838-1891), el mejor discípulo de Agapito Valmitjana.

Cuatro veces más tiempo les llevó la restauración de las andas del paso en los locales de la Hermandad de la Pasión. Desmontaron, limpiaron y montaron los 16 candelabros, las 7 espadas y más de 150 clavos; eliminaron las capas adheridas; enyesaron las partes altas y las doraron con pan de oro fino. Lijaron, enceraron y barnizaron cada una de las cruces de madera de palo santo que bordean la plataforma, y limpiaron uno a uno los cientos de tornillos que sujetan las andas.

Después de todo ello, Rufino, que lleva 45 años al cuidado de los locales en calle Dormitalería, colocó las tulipas de cristal de los candelabros, y se responsabilizó del traslado de las andas, en un camión municipal, las primeras horas de un miércoles, hasta la iglesia de San Lorenzo.

Ese día, a las cuatro y media de la tarde, llegaron al templo las camareras de las Hermanas de la Soledad, y, bajo la supervisión de Carmen, le quitaron a la Virgen el vestido *de diario* y le pusieron el hábito de gala, terciopelo negro con encajes de oro; dos tocas blancas, las mangas y el cuello de puntillas, todo bien almidonado. Alzaron la imagen sobre una peana y de ahí la pusieron sobre las andas. Fue el momento de revestirle los cinco metros de manto de terciopelo negro. Este año, sólo una concejala, ay, se acercó por el altar.

– Es un día muy especial –*decía Pilar, la camarera mayor*– La Dolorosa es una cosa muy nuestra, aunque sea propiedad del Ayuntamiento.

La Hermandad de la Soledad fue antes cofradía de Nuestra Señora de los Dolores, y, antes más, Cofradía de la Virgen de la Soledad, fundada el año 1602.

Todo estaba preparado para el septenario que iba a comenzar el sábado siguiente, a las ocho de la tarde.

Terminada la ultima función del septenario, sacan a la Virgen en andas, con mucho miramiento y precaución, por la puerta grande de la iglesia de San Lorenzo.

Hay cientos de personas agolpadas en derredor, y veo, entre otros conocidos, a un amigo que sigue, divertido, con la vista a un carterista habitual que se nos ha puesto delante

– Ése, ése –me indica con la mano derecha.

Miserias humanas. El gentío se agolpa ante la puerta de la iglesia, en la calle Mayor, cerrada ahora al tráfico, y en la plaza de las Recoletas, recoleta ahora como ellas, un poco más mágica bajo la luz anaranjada de las farolas.

Sale la Dolorosa en unas andas largas y vacilantes, a hombros de los portantes, nazarenos con hábitos morados y capuchas verdes. En el reloj sombreado de la torre son las ocho y cuarenta y cinco.

Cuesta un rato sacar a pulso la imagen y colocarla luego en posición de salida. Viene la gente a coger el hacha *(facula y fascis=fascula)* desde la calle de San Francisco. La procesión, con ayuda de unos guardias municipales, se pone pronto en marcha. La Dolorosa sale al final, entre aplausos, acompañada por varios miembros de la Corporación municipal, seguidos por los músicos de "La Pamplonesa", que interpretan aires sacros y fúnebres.

Tiene la Madre Dolorosa, bajo su toca blanca almidonada, los ojos, casi sin cejas ni pestañas, abiertos por el amor, fijos en los de su Hijo en cruz, mientras el dolor abre sus labios rosados y perfectos, y sus manos se cruzan nerviosas en súplica, impotencia y esperanza. Separada ahora de la cruz, su lugar de origen, el rostro que esculpió Novás y Ballbé se pierde aquí en la noche ciudadana, densa y colectiva, y yo quiero, con la espinela perfecta de J.M. Pemán, hecha para la Macarena sevillana, acercar esa mirada dolorida y temblorosa, hasta aquí, hasta mí, hasta todos los que vamos en dos filas de silencio y de compasión activa:

*Dame tu mano, María,*
*la de las tocas moradas,*
*clávame tus siete espadas*
*en esta carne baldía.*
*Quiero ir contigo en la impía*
*tarde negra y amarilla.*
*Aquí, en mi torpe mejilla*
*quiero ver si se retrata*
*esa lindez de plata,*
*esa lágrima que brilla.*

Paso junto a la casa, con placa conmemorativa, del cardenal Ilundain, arzobispo de Sevilla, capital de la tierra de María Santísima. Acaban de retirar los tiestos con plantas de una floristería.

Toda la calle Mayor, procesional y devota, se arrodilla unánime de balcones y se inclina reverente de aleros.

La gente se arracima, silenciosa o hablando quedamente, en las aceras, cerrados ya todos los comercios. Fachadas recién restauradas, color crema y color pistacho. La moda de clase nos muestra, tras el ventanal de "una tienda selecta" *(boutique)*, vestidos de primavera en tonos pastel, con jerseys azul turquesa.

Las luces altas y laterales de la Casa Consistorial, que hermosean las pinturas de Casa Sánchez Ostíz y la piedra gótica y afrancesada de San Cernin, hieren de luz vertical el paso titubeante y conmovido.

Cuando llegamos a la Antigua Rua del Mentidero, la Virgen Dolorosa se nos ha quedado lejos y miro el confalón barroco del Ayuntamiento, que es toda la fachada, con las cuatro banderas oficiales, que saludan ahora también de oficio.

Se oscurece la luz en el último tramo de la calle de Mercaderes, donde algunos comercios han resistido mal la competencia y alguna galerías ya no tienen nadie que se asome a ellas.

Sacada del contexto sacro y procesional de la Semana Santa, de su antiguo traslado la tarde del miércoles santo, hoy la Dolorosa parece más sola que nunca. Casi tan sola como la noche del viernes santo, cuando vuelve, huérfana y traspasada, a su refugio devocional de San Lorenzo.

Viene sola, aunque alta y levantada por la compañía amorosa de los fieles.

Sola y madre. Madre y sola.

En aquel libro desgarrador de Françoise Sagau, *Des bleus à l'âme* (cardenales en el alma), la creadora de tantos personajes solos y solitarios, pese a las apariencias, nos muestra la tensa desesperación de la soledad que corroe, dejada a sí misma, sin salir de sí, sin intentar el intercambio con los otros, con el otro:

*Llego a desear el estallido, el desgarramiento del cielo, de nuestros ojos, de nuestro tímpanos, incluso esa quemadura infame y ese grito primitivo, grotesco en nuestra época de progreso técnico, que será forzosamente "¡Madre!".*

Primitivo, por primero, pero no grotesco. Y menos porque lo dicte así un llamado progreso técnico, que no puede, por sí sólo, llenar el vacío de un milímetro de soledad.

La primera fonda de la calle Calderería despide un fulgor de fragua antigua.

Una cruz verde y farmacéutica nos da paso a la calle Curia, empinada, romana y no levítica, con la catedral de fondo, severa de balcones corridos y forjados, olorosa de antigüedades, hospitalaria de hosterías. En una de ellas, un templario blande su espada trinchadora más que luchadora.

En un pequeño balcón trepan las enredaderas y se abren unas hortensias sorprendidas.

Tras las verjas del atrio de la catedral –lugar privilegiado–, esperó un año el viajero la llegada de la procesión. Hoy sube, con el hacha de cera aún encendida, y allí aguarda el temblor de la Dolorosa, aplaudida por la muchedumbre.

Ante el altar de Santa María, convertida en Reina, el Orfeón Pamplonés cantará el motete de Tomás Luis de Victoria, *Caligaverunt oculi mei*, uno de los trances religiosos más altos de la música española.

Pero los ojos de la Madre Dolorosa seguirán abiertos a la luz del amor y de la esperanza.

*A tí, doncella graciosa,*
*hoy maestra de dolores,*
*playa de los pecadores,*
*nido en que el alma reposa.*

*A tí ofrezco, pulcra rosa,*
*las jornadas de esta vía.*
*A tí, Madre, a quien quería*
*cumplir mi humilde promesa.*
*A tí, celestial princesa,*
*Virgen Sagrada María.*

# PRIMAVERA PASCUAL

El invierno –según Esopo en una de sus fábulas– se burló de la primavera y le reprochó que no dejara descansar a nadie: unos se iban al campo o al bosque, otras al mar, o a visitar a los amigos: *Yo, en cambio, me parezco a un jefe y a un señor absoluto y doy orden de no mirar al cielo sino al suelo, y hasta obligo a quedarse en casa.– Pues por eso* –le respondió la primavera– *los hombres huyen de ti. De mí les gusta hasta el nombre, el más bello de los nombres. Cuando me voy se acuerdan de mí y cuando vuelvo se llenan de alegría.*

Todos los pueblos arcaicos han celebrado desde los primeros tiempos la llegada de la primavera.

Los romanos dedicaron el primer mes primaveral, el de abril, a la diosa Venus. Ella –nos dice el poeta Ovidio– gobierna el mundo entero e inspira sus leyes a cielo, tierra y mar, conservando cada especie. Ella dio origen a sembrados y árboles y enseñó las dulces reglas del amor:

*Las tierras elucen y está el campo blando en primavera.*
*Rompen la tierra y levantan sus guías las plantas.*
*Brotan las yemas de las viñas, hinchada su corteza.*

*Digna es Venus la hermosa de una hermosa estación,*
*Y acompaña a su Marte querido con frecuencia.*

Abril abre esa bella estación:

*Pues, dado que la primavera abre todo y cede la intensa aspereza del frío, y la tierra fecunda también se abre, dicen que se llamó abril por la estación abierta, mes que reivindica la nutricia Venus, poniendo su mano en él.*

Del 12 al 19 de abril celebraban los romanos los *Ludi Cereales*, o fiestas *Cerealia* en honor de la diosa Ceres, divinidad agrícola muy antigua, que absorbió a la primitiva *Tellus Mater*. Se festejaba sobre todo la invención de la agricultura. El hombre pasó –nos dirá el mismo poeta latino en sus *Fasti*– de alimentarse de hierbas del campo y de ramas tiernas de los árboles a comer bellotas y otros frutos silvestres. Ceres fue la primera que llamó al hombre a tomar alimentos mejores, cambiando las bellotas por un sustento más útil. Ella también se alegra con la paz. Le gustan las cosas pequeñas; no sacrificios de bueyes, sino espelta y sal, miel, leche, granos de incienso y teas encendidas.

Más tarde fue identificada con la griega Deméter *(morada materna)*, diosa venerada en Italia meridional, a quien Hades (Plutón) le raptó su hija Perségone (Proserfina), lo que obliga a la madre a un largo periplo de fatigas y desgracias hasta que logra recuperar a la bella creatura. Vuelta al Olimpo, la diosa, vuelve la tierra a reverdecer tras la sequía padecida.

Los magistrados distribuían, durante las fiestas cereales, el trigo y el pan al pueblo, en el templo de Ceres. Eran días de regocijo por el crecimiento de los herbales y por la vuelta de Proserfina a la tierra, y todos vestían de blanco. *(Alba decent Cererem)*. Los plebeyos invitaban a comer a los patricios. En el campo se celebraba, el último día, una procesión alrededor de los campos.

*Pero ante todo* –nos aconseja Virgilio– *da culto a los dioses y cumple cada año el rito a la gran Ceres oficiando sobre la lozana hierba, cuando ha tocado a su fin el largo invierno, entrada ya la serena primavera. En esta época están gordos los corderos y los vinos se enmolecen, el sueño es dulce y en las montañas la sombra espesa.*

En Roma la procesión iba por el circo y la gente se echaba nueces y bombones. Parece un rito de conjuro la suelta de una zorra con una tea encendida a los lomos. Recordaba la leyenda de la zorra, que, atrapada por una campesina, escapó del fuego castigador, arrastrando su cola ardiente y destruyendo a su paso las mieses de su dueña.

El día 21 de abril, aniversario de la fundación de Roma, las fiestas *Palilia* en honor de Pales, rústica divinidad protectora de pastores, rebaños y pastos, traían la lustración y purificación de casas, establos y rebaños. Se ponían ramas verdes en las puertas de las casas y se quemaban en la cocina a ramas de olivo, pino, sabina y laurel. La noche de la fiesta, se organizaba una procesión con candelas encendidas y danzas alegres. Todos saltaban después tres veces sobre una hoguera.

No hemos heredado las fiestas de Ceres o las de Pales como las saturnales o las lupercales, de las que hablé en su día. Como se ve, ni siquiera el nombre. Las fiestas clásicas de primavera, incluidas las de finales de abril y primeros de mayo –las Florales– se disgregaron entre nosotros, se desfiguraron y se rehicieron, en forma de rogativas, romerías y fiestas patronales, que llenan nuestros meses de primavera, verano y otoño.

Pero antes de llegar a ellas, veamos cómo las fiestas que celebraban –rememoraban– reproducían la renovación-recreación-crecimiento de la vegetación, de las cosechas, de la naturaleza, han dejado por todas partes su huella, algunos a sus variados elementos y de sus ritos primordiales.

Poner los ramos del Domingo de Ramos, –olivo, brusco, lau-

rel, tejo, acebo, sauce, boj...– en casas y campos, como protectores contra rayos, pedriscos y otras desgracias campesinas y caseras, es tradición que se mantiene todavía, aunque las palmas hayan sustituido en buena parte los productos indígenas.

Muy conectada con esta costumbre estaba en nuestros pueblos la de las cruces de mayo, en torno a la fiesta de la Santa Cruz (3 de mayo). Curas, sacristanes, monaguillos, o colaboradores de las parroquias iban a poner las cruces hechas con ramos de olivos, espinos, etc., una vez bendecidas, en los altos y mojones de los términos municipales. En Mañeru los monaguillos de mis tiempos acompañábamos a don Jesús, el coadjutor, en una yegua de su casa, hasta el Alto de Santa Cruz, que es la muga con Mendigorría y Cirauqui; otro día llegábamos hasta la muga con Artazu y Guirguillano. Se hacía allí la bendición de los campos, que ahora suele hacerse en las romerías después de la misa.

El agua y el fuego pascuales, hoy tan ritualizados en la hermosa, pero no popular, Vigilia de Sábado Santo, fueron hasta hace pocos años signos populares de bendición y purificación, como en toda fiesta de renovación agraria. La gente llevaba los *nuevos* fuegos y agua a sus casas. El agua servía para beber y para asperjar las habitaciones, y se guardaba para enfermos, campos y simientes. En Larraona –nos cuenta don Luciano– todo el mundo se desayunaba con el agua bendecida del Espíritu Santo.

En algunos pueblos montañeses se ponía en el hogal las brasas del nuevo fuego traído de la iglesia, y se tiraban por la ventana de la cocina las brasas del viejo.

Tiempo, al fin y al cabo, de renovación y regeneración, final y plenitud de las fiestas del Año Nuevo, en Sábado de Gloria se recogía la hierba nueva, que tenía poderes protectores y se colgaba en ventanas y balcones, y hasta se tejían enramadas para las novias, según cuenta J. M. Jimeno de Fitero.

Hasta las piedras eran signo de la defensa de la naturaleza –de la Creación–, talismanes frente a rayos y centellas. Las recogían mientras las campanas tocaban a gloria o durante las campanadas de media noche. En algunos lugares las conservaban en agua bendita. Las tiraban durante y contra las tormentas en Corella o Navascués. O las ponían en balcones y ventanas, como en Cintruénigo o en la Burunda.

La cera roja del tenebrario de Semana Santa solía repartirse también en algunas iglesias de la Navarra media para hacer cruces contra rayos, pedriscos y brujas.

Símbolos del año viejo, del invierno pasado, y hasta de todo lo malo y pernicioso para personas, animales y plantas, fueron siempre en todo el mundo conocido muñecos, espantajos, monigotes, que se colgaban en algún lugar y tiempo, se zarandeaban, apaleaban, insultaban, destrozaban o quemaban.

El Carnaval recogió algunos de ellos como parte de su rito purificador. La Cuaresma y la Pascua se reservaron otros, como vemos hoy todavía en el volatín de Tudela, el Judas (viviente) de Cabanillas, o el recién restaurado en Los Arcos. En Espronceda antes, y hoy en Torralba, en forma no ya de *traidor* o *judío*, sino mezclando en el verdecido y activo Juan Lobo un personaje legendario de la zona en el arcaico símbolo, llamado *Jorge el Verde* o *el Salvaje* en el norte de Europa.

A este mismo orden de cosas pertenece el viejo rito de *meter la vieja*, del que nos habla J. M. Iribarren, pero que va mucho más allá de una *reacción popular contra los largos ayunos y las fuertes penitencias cuaresmales*, como él dice.

La marcha triunfal del Ángel de Aralar por la geografía del Norte y del Centro de Navarra, en medio de la primavera, y su coincidencia con algunas rogativas y romerías populares, forma también parte del ciclo festivo renovador.

La protección y fecundidad de los campos, animales y personas, no se dejó sólo en manos de Nuestro Señor, ni siquiera de Nuestra Señora, o de los Ángeles y Arcángeles que les sirven, sino que se acudió a los santos, más cercanos y familiares, que se veneran en los días propicios del calendario agrícola: la mártir Santa Engracia horriblemente atormentada en Zaragoza cuando iba a contraer matrimonio en el Rosellón (16 de abril); San Jorge (23), el que mató al dragón, abogado de la rabia; Santo Toribio (27), protector contra hielos, langostas y tormentas; San Pedro Mártir (29), dominico italiano, muerto a manos de los cátaros, milagrero y muy popular durante la Edad Media, día en que solían bendecirse los ramos; San Gregorio Nacianzeno (9 de mayo), abogado contra las plagas del campo; y, no digamos, San Isidro Labrador (15 de mayo), patrono de los labradores.

Pero la celebración primaveral por excelencia, la Fiesta de las fiestas fue y sigue siendo para el pueblo cristiano la Pascua de Resurrección. Completa y corona todas las conmemoraciones festivas de la religión cósmica, que tan erróneamente ha sido ignorada, despreciadas, mofada, cuando no condenada y aniquilada sin apelación posible.

El memorable historiador de las religiones Mircea Eliade sostiene que la creatividad religiosa fue suscitada o fomentada, en tiempos mesolíticos y neolíticos, no por el fenómeno empírico de la agricultura sino por el misterio del nacimiento, muerte y renacimiento de la naturaleza. Las crisis que ponen en peligro las cosechas (inundaciones, sequías, etc.) se traducen en dramas mitológicos, mitos y ritos que nuclearán durante milenios la historia de la autocomprensión del hombre.

Los dramas míticos *(mito*, como significado de la realidad inaprensible) de los dioses salvadores que mueren y reviven sitúan a éstos entre los más importantes: Dumuzi-Tammuz, Gayomarotan, Osiris, Baal, Adonis, Orfeo, Orión, Zagreus-Diónyssos... Quedan lejanos, indiferentes, volubles, injustos, y hasta malhechores, los dioses clásicos, cada día más oficiales.

La muerte violenta de las divinidades es creadora y la humanidad participa de la sustancia de los dioses asesinados. Éstos viven en los ritos (misterios), mediante los cuales se reactualizan periódi-

camente (sacrificios, ritos de pubertad o funerarios, etc.), y en las fuerza vivas que han surgido de su cuerpo trucidado. Las ceremonias religiosas son fiestas de recuerdo y de comunión. El verdadero sacrilegio es el olvido del acontecimiento divino.

*Como dios de perfil humano, injustamente perseguido y ejecutado, como modelo de sufrimiento para el hombre, se acerca mucho a la figura de Cristo* –escribe el mitólogo Luis Cencillo–. *Es la figura numínica más cercana a Cristo entre todas las religiones antiguas.*

Osiris, rey legendario de Egipto, enérgico y justo, fue asesinado y descuartizado por su hermano Seth. Su hijo Horus mata a Seth, desciende al país de los muertos, encuentra a Osiris que está en un estado de torpor inconsciente y logra reanimarlo:

*–¡Osiris, mira; Osiris, escucha; levántate, resucita!*

Reconocido sucesor legítimo de su padre, es coronado rey. Entonces despierta a su progenitor:

*– Osiris, tú partiste, pero has retornado.*
*Te dormiste, pero has sido despertado.*
*Moriste, pero vives de nuevo.*

Osiris asegurará en adelante la fertilidad vegetal y todas las fuerzas reproductivas. Se le describe como la Tierra toda y como el Océano, y ya a comienzos del tercer milenio antes de Cristo simboliza las fuerzas de la fecundidad y del crecimiento, fundamento y fuente de toda creación.

La muerte será asumida en adelante como trasmutación exultante de la existencia encarnada. La muerte lleva a cabo el tránsito

de lo insignificante a lo significativo. La tumba es el lugar donde se realiza la transfiguración *(sakh)* del hombre, pues el muerto deviene *akh*, "espíritu trasfigurado".

El mito de Osiris no representa sólo la muerte del grano en la tierra y su rebrotar en primavera. Osiris se convierte en modelo de todos los hombres sufrientes, y toma de Ra, dios supremo –con el que llegará a identificarse–, la función de juez de los muertos, señor del más allá de la vida y de la muerte.

En los misterios helenísticos, tan populares en los comienzos del cristianismo, los iniciados en las *religiones de salvación* revivían, con ritos que, en parte, aún desconocemos, la muerte y la resurrección de estos dioses. Las más sublimes plegarias y donaciones personales se mezclaron con aberraciones brutales, como sacrificios humanos, que preocuparon durante siglos a los poderes públicos.

La vieja fiesta de pastores y agricultores judíos, que celebraban al comienzo de la primavera con ensalada de hierbas amargas, cordero asado y panes ácimos de cebada nueva, se convirtió tras el paso *(pascha)* del Ángel del Señor para sacar a su pueblo de la cautividad de Egipto, en la fiesta de la Liberación de Israel y anticipo de su salvación mesiánica.

Jesús de Nazaret abolió los cultos sangrientos del templo –casi todas las religiones orientales implicaban, al menos, sacrificios animales–, que respondían al régimen cultural arcaico. No exigía, además de la fe, más que fraternidad entre sus discípulos, y participación en la cena eucarística, único elemento sacrificial antiguo, pero sin violencia actual sobre la víctima, que fue él mismo. El sacrificio es aquí entrega personal, don y regalo, y la liberación alcanza al mundo entero y a toda la creación.

Los nuevos cristianos, que hablan y escriben sobre la vida, la muerte y la resurrección de Jesús echan mano –no podía ser de otra manera– del mundo de expresiones, símbolos, metáforas y alegorías

propios de hombres de su tiempo, acostumbrados unos a las religiones mistéricas, y habituados otros a la literatura judaica del Antiguo Testamento, cuyos autores fueron también maestros en aprovechar didácticamente las ricas mitologías orientales, bien que manteniendo siempre la unicidad y singularidad del Dios de Israel, que resucitará a los suyos al final de los tiempos.

La nueva religión cristiana *no es mítica*, *sino histórica*. Jesús es un hombre –no un numen, semidiós o héroe mítico– de carne y hueso, muerto en cruz y sepultado después.

Es también el primer resucitado de la historia. La muerte no ha podido con Él. La tumba vacía –como la que pintó Van Eyck– representa a la vez la muerte vaciada. Sus discípulos no contaban ni con su muerte ni con su resurrección. Su vivencia posterior del Resucitado no es la visión de un muerto redivivo, ni una sugestión individual o colectiva. El se encuentra con ellos, los envía por todo el mundo a proclamar su mensaje liberador, por el que acabarán derramando su sangre.

De alguna manera tenían que contarlo. Las *apariciones* son un recurso literario para decir algo tan hondo, que no se puede explicar con expresiones lógicas, de narración cotidiana. Son algo más que una aparición física *(se dejó ver*, en griego), que no tendría, tampoco, sentido sin fe, sin los *ojos de la fe* y sin el corazón rendido. Son encuentros de reconocimiento y de misión. El Resucitado no es un fantasma: es tan real como el Crucificado, y *su cuerpo glorioso* tan verdadero como su cuerpo de sufrimiento y muerte.

*Resurrección* es la novela escrita por el inmenso Tolstoi (Lier Nikoláievich) ahora hace cien años.

El príncipe Nejliúdor seduce a Katiuska, campesina huérfana, que terminará, como tantas de su suerte, en un prostíbulo. Acusada de asesinato, será condenada a trabajos forzados. Nejliúdor, miembro del jurado, presa de remordimientos, reparte sus tierras entre los

campesinos –obsesión del propio Tolstoi– y hace el propósito de casarse con Katiuska y partir con ella a Siberia, pero ella le rechaza y se casa con un deportado.

Aquella mañana, que nunca el príncipe olvidaría, los hombres se santiguaban y se prosternaban sacudiendo sus cabelleras. Las mujeres, con los ojos fijos en el icono rodeado de cirios, se persignaban, con los dedos unidos, en la frente, en el hombro y en el vientre. Los niños rezaban con devoción cuando alguien los miraba.

El iconostasio aparecía radiante, iluminado por largos cirios envueltos en papel de oro colocados a su alrededor. Se destacaban las voces graves de los bajos, con sus cabelleras relucientes, y las agudas de los niños, que cantaban himnos en el coro. Todo tenía aire festivo, todo era solemne, alegre y glorioso. Brillaban la cruz de oro y la plata de las casullas de los sacerdotes, que alzaban los cirios adornados con tres colores, mientras repetían una y otra vez: *Cristo ha resucitado*, como repiten, esa noche, todos los fieles ortodoxos del mundo.

Nejliúdor salió de la iglesia. Aún no había salido el sol. Un campesino joven se le acercó risueño. *Cristo ha resucitado*, exclamó con ojos alegres mientras le besaba tres veces y le regalaba un huevo pintado de color castaño oscuro. *Cristo ha resucitado* le dijo también Matriona Parlovna inclinando la cabeza con una sonrisa.

*Su tono expresaba que aquel día todos eran iguales. Después de secarse los labios con un pañuelo arrugado, avanzó hacia Nejliúdor para besarlo. "Verdaderamente Cristo ha resucitado", replicó éste. Volvió la cabeza hacia Katiuska, que se dirigió hacia él enrojecido: "Cristo ha resucitado, Dimitri Ivanovich".*

Resucitó el Primero y el Ultimo, y con Él todos los demás. Y todo lo demás.

Se completó la Creación. La tierra se renovó tras el Diluvio. El Éxodo tiene ya meta segura y estable.

Primavera Pascual, que libera del sinsentido a todos los hombres y llega hasta el agua, el fuego, las piedras, las casas y los campos de Navarra y de todo el mundo.

–*¡Goce también la tierra* –canta el Pregón Pascual–, *inundada de tanta claridad y, radiante con el fulgor eterno, se sienta libre de la tiniebla que cubría el orbe entero*!

# CUANDO FUENTERRABÍA SE INCORPORÓ A NAVARRA

Esta mañana de Pascua, muchos navarros saldrán hacia su destino preferido habitual que es Fuenterrabía (hoy Hondarribia). Otros habrán pasado toda la semana allí.

El viajero ha vivido en la actual Hondarribia días inolvidables, la ha recorrido y disfrutado de punta a cabo; y hasta ha despegado varias veces de ella y ha aterrrizado en ella. Un día la describirá lo mejor que pueda. Pero hoy vámonos un poco más allá en el tiempo.

Desde que, inscrita en la Monarquía navarra, la ocupó Alfonso VIII de Castilla (1199-1200), Fuenterrabía no perteneció siempre a Guipúzcoa. En 1644, y sobre todo en 1754, la villa fronteriza intentó separarse de la Provincia, hasta que lo consiguió unos cuantos años más tarde.

Fuenterrabía –que tenía bajo su jurisdicción civil y criminal, no político-económica y militar, a Irún, Lezo y Pasajes–, necesitaba para sobrevivir del comercio, sobre todo del de la lana. Sin los co-

merciantes navarros y aragoneses, que solían preferir el puerto de San Sebastián, carecía de suficientes recursos para una existencia digna y autónoma.

Durante los siglos XIV, XV y XVI intentó por todos los medios, apelando a todas las instancias superiores, hacer navegable el río Bidasoa. Llegó a estudiar la construcción de un puerto en el barrio Endara, de Lesaca, sobre el río. Era menester abaratar el coste del transporte de mercancías por la ruta de Pamplona, que tropezaba con el obstáculo del puerto de Velate, y asegurarse así el comercio navarro. Pero se encontró con la oposición cerrada de San Sebastián, Hernani y Tolosa, que competían en esa lid. A Navarra tampoco le convenía aprobar y cofinanciar ese proyecto por razones políticas y económicas, y nuestras Cortes rechazaron la propuesta. El Gobierno de la Nación, por su parte, no consideró adecuada una ruta cercana a la frontera y expuesta a toda clase de riesgos, habida cuenta de los constantes conflictos ente España y Francia.

Fuenterrabía, ciudad desde 1638, tras liberarse del cerco francés, tuvo tantos y tales litigios con Guipúzcoa, que dejó de concurrir a las Juntas Generales y Particulares, y aquéllas llegaron a separarla de la Provincia en 1651. La flamante Ciudad volvió al redil dos años más tarde.

El segundo y más claro intento de incorporarse a Navarra, en 1754, no fue admitido por la Diputación de Navarra, *por ser insuperables las dificulades que se le ofrecían*. Clamaron ante las Diputación de Guipúzcoa contra ese proyecto Lezo, Pasajes e Irún, que presentaron por ese motivo en la Junta de Hernani un memorial solicitando la separación de la jurisdicción ordinaria de la ciudad imperial.

La guerra de la Convención, que tantos estragos causó a Navarra, trajo indirectamente algunos positivos efectos económicos. Hizo posible la entrada en nuestro territorio desde el puerto de San Sebastián y de Bilbao de ciertas mercancías (cacao, azúcar, canela, vainillas, etc.), en las mismas condiciones que cuando llegaban

directamente desde Francia. Además, Navarra consiguió una mayor tolerancia para su comercio y se encontró en una situación favorable ante el Gobierno de la Nación.

Las Cortes analizaron entonces la conveniencia de tener un puerto propio y de incorporar Fuenterrabía o Pasajes al Reino navarro. Fuenterrabía presentaba menos dificultades que Pasajes. Asediada y quemada en 1795 por los franceses, la Ciudad, sirviéndose de los buenos oficios del Gobierno de la Nación, encargó en 1805 al marino y matemático gaditano, dos veces académico, José Vargas y Ponce, un informe sobre su situación económica y política y sobre su remedio.

Vargas redactó un informe favorable a la incorporación de Fuenterrabía a Navarra: a) vigorizaría a ésta, dándole un puerto, uno de los ocho gupuzcoanos, y se haría por fin navegable el Bidasoa; b) simplificaría el sistema militar de los Pirineos occidentales; c) Navarra se lo merecía porque siempre fue fiel a la Nación, mientras Guipúzcoa era muy adicta a Francia y en tiempo de peligro se entregó *en bloque por defender sus fueros;* y d) alentaría el comercio español a expensas del extranjero en un puerto libre ya de las trabas y fraudes habituales en Guipúzcoa.

Vargas y la ciudad de Fuenterrabía llevaron las gestiones en secreto. Guipúzcoa, dejada al margen, no pudo defender sus intereses. El 26 de septiembre de 1805, el Rey de España, Carlos IV (VII de Navarra) despachó la real orden, entregada por el corregidor de Guipúzcoa al diputado general el 3 de octubre; el Virrey de Navarra fue comisionado para la ejecución del proyecto. *Movido el paternal corazón del Rey* –decía la versión de la orden dirigida a Fuenterrabía– *del estado de esa ciudad y para facilitarle los medios de restablecerse en premio de sus señalados servicios, ha venido en concederla su antigua solicitud de unirse al reyno de Navarra, haciendo con todas sus dependencias parte integrante suya. Avísolo a V.S. de real orden para su cumplimiento y particular satisfacción.*

La sorpresa y la consternación en el resto de Guipúzcoa fueron grandes. Sonaron muchas quejas y protestas contra la actuación de las ciudad fronteriza. Se elevaron memoriales y representaciones al rey de España, harto doloridas las de la villa de Irún, ya separada de la jurisdicción de Fuenterrabía en 1766, y la más perjudicada. Todas fueron desechadas.

Pero la historia posterior no hizo buena la drástica medida. La entrada de 28.000 soldados franceses en España camino de Portugal, a finales de 1807, había arruinado a la villa de Irún, compuesta de 150 casas y algunos caseríos, habitados *por gente la mayor parte miserable* y ahora reducida a la situación de un pueblo cualquiera de Navarra, sin los fueros, franquicias y libertades que hasta entonces disfrutaban.

Visto lo cual, el Rey dio una resolución favorable a los reiterados deseos de la villa, aunque la situación política española hizo imposible entonces publicar la orden correspondiente. Así que, sólo en virtud de un decreto del invasor Napoleón Bonaparte, se formalizó el 1 de octubre de 1810 la reincorporación a Guipúzcoa de Fuenterrabía e Irún. Pero, una vez derrotados y expulsados de España los franceses, Fuenterrabía no dio por válido aquel decreto.

Una real orden de 18 de agosto de 1814, firmada por el rey Fernando VII (II de Navarra) devolvió por fin *la Ciudad de Fuenterrabía y la villa de Irún con sus territorios* a la dependencia y límites de Guipúzcoa.

# PRIMAVERA EN EL VALLE DE YERRI

Lo escribía hace más de cincuenta años, en el diario *Arriba*, de Madrid, Camilo José Cela, el viajero, el andarín, el ventolero, el vagabundo Cela, tratando sobre los viajes pequeños, que no se parecen al de Marco Polo, los *viajes de vía estrecha*, sencillos y cercanos:

*Pero el viajecillo (…) se nos antoja más amoroso, más cauto e incluso más hondamente misterioso, más inequívoca y forzosamente sincero. Cuando no se sale de casa a descubrir nada, porque se van a caminar las sendas que trazaron, valle adentro o ladera arriba, muchos cientos de años de continuo descubrimiento, ha de perfilarse con cautela el rasgo de la escritura porque se va a hablar al lector de su padre y de su madre y no de aquel tío que nunca conoció y que vive de siempre en los lagos de Tanganica, en la cordillera de los Andes o en la meseta del Tibet.*

El valle de Yerri aparece en los viejos cronicones y cartularios como la *Tierra de Deyo* o de *Deio (Degius*, en latín, *Deyerri* o *Dey-erri* en vascuence), que siempre estuvo en poder de los cristianos. En la época anterior a la fundación de Estella, su ámbito administrativo era mayor que el Valle de Yerri actual y contaba 29 lugares, diez más que hoy. Confinado por un anfiteatro de montañas al norte, al este y al oeste, el río Salado lo limita por oriente, separándolo del actual valle de Guesálaz, y el Urederra por occidente, en la muga con el valle de

Allín, mientras que el Iranzu, que lo drena verticalmente, hace de límite sudoccidental al acercarse a Villatuerta.

Por tres carretiles se puede llegar desde la carretera hasta la leve colina donde se asienta horizontalmente Arandigoyen, antiguo señorío nobiliario, en el borde meridional del valle de Yerri. Subimos por el más occidental entre una docena de casas ajardinadas recientes, fijadas en la suave ladera y a la entrada del pueblo, donde alza su cabeza amarilla la jirafa de una grúa. Hace siglo y medio el pueblo tenía 11 casas, 14 vecinos y 74 almas, exportaba vino pero bebía el agua de *un riachuelo* (el Iranzu), agua *exquisita* según un famoso diccionario. Hoy los habitantes son ochenta.

La iglesia medieval de San Cosme y san Damián, transformada en siglos posteriores, sobre todo en el XVI, y con un octogonal y barroco cuerpo de campanas, es la gloria religiosa y artística de Arandigoyen, y así lo indica el letrero que lee el visitante que se acerca. El pequeño crucificado románico, la talla renacentista de la Virgen con el Niño, y las dos cruces procesionales del XIV y del XVI son algunas de sus joyas. En el tablón de anuncios del atrio se anuncia una excursión a Hecho y Jaca para la semana de Pascua.

En la contigua calle La Chara la sociedad recreativa Escargaña ocupa el edificio de las antiguas escuelas. Bajamos por la calle Nueva hasta asomarnos a los campos, montes y caserío creciente de Villatuerta. Relumbran los plásticos oscuros que recubren los caballones de las esparragueras y la cruz blanqueada de Maurien.

Las calles de Arandigoyen, pueblo famoso en la comarca por sus fiestas de septiembre, están limpísimas y con muchos tiestos de flores. Veo los primeros narcisos de este año. Las casas antiguas, todas recentadas, tienen dos o tres niveles y varias de ellas están enlucidas en tonos pastel. Las viejas cruces negras del Vía-crucis aparecen en las fachadas; en algunas han quedado pintadas del color del enlucido.

Un arco de ingreso dovelado y de medio punto con escudo en clave y otro escudo dentro de una construcción moderna son herencia del siglo XVI. El segundo de ellos, que incluye dos calderos en el segundo y tercer cuartel, puede corresponder al viejo palacio del lugar, que, según el *Libro de Armería*, *trae de Aznárez*, es decir, los dos calderos del palacio de Aznárez. En el anchurón central se acomoda el nuevo frontón de dos paredes pintado de verde. Tres muchachos, sentados en un banco próximo, junto a una fuente de hierro, se jalan unos bocatas.

En el número 15 de la calle Mayor, que cruza el poblado de oeste a este, leemos la inscripción del primer beato del pueblo: *Aquí nació Rufino Lasheras Aizcorbe, OH (Orden Hospitalaria), 15. 6. 1900, + 5. 9. 1936, beatificado el 25. X. 1992*. En esa fecha de 1936 no sólo murió, sino que, además, fue martirizado, motivo central de su beatificación.

Una señora, sentada a la puerta de su casa, nos dice que es la única forastera que vive aquí y que las casas nuevas las hacen los jóvenes del pueblo. Al otro cabo de la calle hay también unos chalés. A la entrada oriental de Arandigoyen, se abre a los aires el nuevo camposanto entre herbales y ziapes. Alrededor ondulan unas lomas suaves con algunos rodales de quejigos. Un molino de viento voltea hacendoso en medio de un campo de labor.

Cerca de la carretera a Murillo, precedidas de un bonito espacio ajardinado, están las tres naves, blanqui-rojizas por fuera, de la Sociedad Cooperativa Agraria Orvalaiz. Murillo, Murillo de Yerri, viejo señorío realengo, está enhiesto sobre un pequeño altiplano en forma de cono truncado, y los verdes campos de labor le suben hasta las bardas. La torre, la tercera torre de Murillo, hace de mástil, que parece arbolar el caserío navegante en un mar de historia cereal y verdemar undumbre.

Un patio con un árbol de lilas. Huertas con manzanos. Adelfas

y parras junto a algunas puertas. Aquí el cementerio es viejo y entre matarrales. Un pequeño frontón de dos paredes, en el extremo oriental, está viejo; dos mozuelos juegan sudorosos a pelota, que la pierden de continuo.

Aunque en el listín telefónico sólo aparece la calle de San Esteban, leo aquí o allí Plaza Mayor, Calle de la Fuente Vieja…

De la iglesia primitiva dedicada al protomártir no queda en el actual edificio reconstruido en los siglos XVII y XVIII más que la portada gótica y la pila bautismal de piedra; junto a ella, una lauda sepulcral del siglo XVI con dos escudos, uno de ellos de Joan de Goñi, con cruz de Malta. En el retablo mayor dejó el escultor estellés Bernabé Imberto un buen resumen de su vigoroso arte romanista; su Cristo Resucitado nos recuerda al Cristo de Anchieta en el retablo tafallés, inspirado a su vez en el arte supremo de Miguel Ángel.

Se conserva una casa con escudo del siglo XVII y dos del XVI con portalones y escudos del tiempo. Uno de ellos lleva las armas de los Biguria, de los Goñi, y de los Murillo (los tres castillos). Un torreón próximo es quizás el resto de una antigua fortaleza. Es muy probable que el nombre del lugar –Murillo, de *murus*– proviene de un recinto fortificado que tendría por centro el castillo. La situación elevada del pueblo sobre el terrazgo cerealero tiene todos los visos de un antiguo fortín.

Murillo, que llegó a despoblarse a mediados del siglo XV a causa de las guerras civiles y fue entregado por un censo perpetuo a Juan Remírez de Baquedano, tenía también hace siglo y medio 14 vecinos y 80 almas. Hoy el número de habitantes ha descendido hasta 37; producía asimismo vino, no se nos dice que lo exportara, y tenía una cantera de piedra –término La Cantera–, con cuyo material se construyó el convento de San Francisco en Estella.

A poca distancia del pueblo, camino de Montalbán, tras ascender un leve repecho, llegamos a la ermita de Santa Bárbara, patrona

bien conocida en el Valle, edificio cuadrangular, que parece hecho o rehecho en el siglo XVI.

El pequeño mogote, cubierto de ollagas, tomillos, de algunos agavanzos y zarzamoras, y donde vemos los primeros adonis vernales de este año, es un buen mirador sobre lo que la vista alcanza, y aquí nos remoramos contemplando el imperio verde y hegemónico de la primavera, desde las desafiantes Peñas de Echávarri hasta el luciente caserío de Salinas de Oro, desde la geométrica y neblinosa Artesa hasta el cejijunto y rebrillante Montejurra. En este vasto mapa recortamos no administrativa sino estéticamente el valle de Yerri, a partir de La Planilla, sobre Ibiricu, y de los montes de Lezaun, sobre Arizaleta, y terminando en la terracilla que acoge a Lorca. Nos da en la cara una leve oriella.

Pero aplacemos ese regocijo descriptivo para otro día, porque tenemos que llegarnos a Grocin y a Zurucuain, que no es cosa mocosa.

# DEL MONCAYO HASTA ÁGREDA

He vuelto a subir al Moncayo en este día brillante del último abril. De lejos, las tres cimas más altas, Peña Negra, el Moncayo propiamente dicho y Lobera, tienen todavía unos casquetes blancos, que hace dos semanas dejaron allí arriba las nubles atlánticas. Un poco más abajo, franjas alargadas o molsos también de nieve se reparten la mitad superior de la sierra del Moncayo *(¿Mons Caunus*: monte cano o nevado?), llamado también Monte de San Miguel, el arcángel judeo-cristiano sustituto con frecuencia del Mercurio romano, dios de las cumbres.

El bilbilitano Marcial lo cantó en varios de sus epigramas:

*Senemque Cajum nivibus*
(el Cayo, encanecido de nieves)

Declarado Parque Natural por el Gobierno español en 1998, en un total de 9.848 has. de extensión, ya desde 1927 tuvieron algunas de sus zonas una u otra figura jurídica de protección.

Saliendo desde Tarazona y, pasando por Santa Cruz de Moncayo, llegamos a San Martín de la Virgen del Moncayo, y, tomamos

un buen carretil embreado que nos lleva por los sucesivos pisos de vegetación de este gigante del Sistema Ibérico Español, desde la era terciaria, con sus 2.315 ó 2.316 metros de altura.

Primero, los vastos encinares y carrascales, entre cuyos tomillos y aliagas hacen corros unos grupos de escolares, que han debido de venir, esta mañana, de excursión. Luego, los rebollares y quejigales, donde se alimentan a su tiempo los jabalíes y donde pretenderán los escolares ver al zorro, pero sin conseguirlo. Ahí nos metemos en una pista de tierra, muy dañada por esta primavera de nieves y lluvias, en la que el coche da muchos tumbos, que es cosa mala y aun la peor, según le han dicho a Julio sus maestros mecánicos. A los novecientos metros, encontramos los pinares de repoblación: formidables ejemplares de pino silvestre mayormente, y algunos pinos negros y laricios también, con el sotobosque ocupado por brezos, acebos y frambuesos, y alegrado por los picapinos y petirrojos.

En medio del hayedo, el árbol típico y originario de estas cumbres, que comienza a cubrirse con la pluma verdoya de las primeras hojas, nos salen el encuentro de los ojos y de los oídos unas vetas relucientes y sonorosas de agua, tan hermosas, tan audaces, tan claras, que nos paramos a contemplarlas, mucho más seductoras que si fueran cuadros, esculturas o creaciones del hombre.

Luego veremos sobre el mapa que esta aguas nivales y pluviales subterráneas y supraterráneas salen también por fuentes numerosas a través de la sierra: la fuente de los Tres Caños, la fuente de la Teja, la fuente del Sacristán, la de los Frailes, que nosotros no sabemos distinguir, mientras no vemos los indicadores. Cerca de algunas de las múltiples curvas suele haber algunos aparcamientos elementales, numerados sobre la tierra, y en las áreas recreativas algunos artísticos refugios de piedra, con sus barbacoas y espacios para el descanso, a veces junto a las fuentes. En las zonas más húmedas y a ratos encharcadas, como hace sólo unos días, crecen abedules, serbales y fresnos, helechos, musgos y las flores habituales del hayedo. Por aquí com-

parten también los corzos con los jabalíes los abundantes hayucos en otoño y en invierno. Más altos que los hayales trepan los resistentes pinos negros hasta el espeso matorral de genistas, sabinas y enebros, recubierto parcialmente ahora por la nieve, donde revolotean en el buen tiempo las alondras, las chovas y las piquigualdas.

A 1621 metros de altura, bajo el circo El Cucharón, base de La Hoya de San Miguel, está abierto un modesto albergue-restaurante-bar, cerca del más modesto todavía Santuario de Nuestra Señora del Moncayo, obra del siglo XVII, visitable sólo en los meses de julio y agosto, cuando se devuelve la imagen original, guardada durante el resto del año en la iglesia de Santa Cruz.

Mi compañero de viaje se indigna serenamente ante el joven barman de que aquí pueda uno albergarse, restaurarse o echarse un bocadillo y un trago al coleto, y no se pueda, en cambio, rezar. El sorprendido muchacho, que tampoco está de acuerdo, naturalmente, con que el santuario esté cerrado a cal y canto, se sacude toda responsabilidad:

–Eso tendría que decirle Usté al cabildo de Tarazona. A ver si le hacen caso.

El cabildo turiasonense, propietario del santuario-ermita, vendió el resto de los edificios del lugar, entre ellos, un feo caserón adjunto, con muchas ventanas y postigos pintados de verde, que un día fue seminario menor de verano y hoy hace de dormitorio de alberguistas.

Dejamos para otra vez el circo, la ermita y la fuente de San Gaudioso, tan jovial al parecer como San Gaudencio, y nos ponemos a gozar el grandioso panorama del Sotomonte de Aragón y la Tierrágreda, y allí, en las lejuras, las tierras sureñas de Navarra, todas ellas dominadas e influenciadas por la sierra del Moncayo. Unos bonitos lagos artificiales se abren, como ojos azules, en los cabezos próximos del llano montañoso, poblados de coscojales, encinares y carrascales.

Vamos distinguiendo, como podemos en el horizonte inmediato: Fuentes de Ágreda, la urbanización de San Martín, San Martín, Litago, Lituénigo, Trasmoz, Vera de Moncayo...

Repetimos a la bajada el rito de la escucha y la contemplación del agua y sus encantos. Y, como conocemos mejor el terreno, somos más prudentes aún en el descenso. Ya en el piso bajo, cogemos el puntiáo hacia Vera, entre un bosque tupido de encinares, hasta que nos damos directamente con las murallas del monasterio cisterciense de Veruela (la pequeña Vera). Pero, una vez más, es lunes y el antiguo monasterio junto con los servicios hoteleros que lo rodean están tan oclusos como el santuario del Moncayo.

Así que ponemos proa hacia Águeda, a donde llegamos a la hora sobrada de yantar.

*Barbacana de Aragón / en castellana tierra*

la cantó Antonio Machado

Ágreda ha sido varias veces mi parada y fonda, sobre todo en algunos de mis viajes obligados de Pamplona a Madrid y viceversa, pero igualmente después. Y ahí tenemos de nuevo la que todos hoy llaman *villa de las tres culturas*, con cuatro recintos murados, cinco puertas y las aún resistentes torres de la Costoya, de la Mota y del Tirador. Por fortuna, Ágreda está dejando de ser el poblachón glorioso pero descuidado, carne de emigración, que ha sido durante mucho tiempo; ha crecido mucho su polígono industrial; se ha asentado y crecido la población, y una nueva villa residencial se expande fuera de los recintos históricos.

Hace mucho calor, es tarde y nuestro recorrido tiene que ser somero. Comenzamos por la iglesia románico-gótica de San Juan, y seguimos por la iglesia de N. S. de la Peña, del siglo XIII, la más an-

tigua de la villa, y la basílica de la Virgen de los Milagros, del XVI, que es casi una catedral, por su magnitud, su fama y sus riquezas artísticas. A la salida puerta del templo, verdadero santuario devocional a muchos kilómetros a la redonda, nos topamos con el coadjutor de la parroquia, experto en historia local y más que local, a la vez que devotísimo, a lo que parece, de la Venerable Madre Sor María de Jesús, de Ágreda, consejera desde su convento del rey Felipe IV, cuyo ascenso a los altares espera pronto ver.

La señorial puerta de Felipe II nos da entrada al Barrio moro, llamado sencillamente el Barrio, y seguimos hasta la puerta califal o emiral, con arco de herradura enjarjado. Todo el entorno ha sido limpiado y embellecido, dejando bien a la vista varias hiladas de muralla. Desde aquí vemos bien el tajo que hace en la vieja ciudad el Queiles que viene desde Vozmediano, ladeado de huertos, colmados de árboles frutales, en escala doble, que cultivaron los árabes. Rodeamos la tapia del palacio de los Castejones, señores de la Mesta –¡oh manes, de nuestro diputado a Cortes, Marqués de Vadillo!–. y encontramos el patio renacentista lleno de niños de la guardería alojada en el edificio.

Pues que la iglesia de San Miguel, en el amplio Mercadal, bien pavimentado, está cerrada, como de costumbre, admiramos al menos la torre almenada románica sobre la traza gótica del cuerpo principal, y nos adentramos en el laberinto medieval de las calles anejas, para salir a la calle donde nació la Venerable de Ágreda, y meternos en la iglesia de las Agustinas –otro palacio de los Castejón, del XVII– que, ya pocas y mayores, según nos ha dicho una paisana, pronto van a dejar el lugar para ir a reunirse con sus hermanas en la casa de Lequeitio.

– Las chicas de hoy –nos añade– ya no quieren ser monjas, aunque haya mucho paro.

De allí, al convento de las Concepcionistas, el recio y vasto convento del XVII, en el extremo sur del pueblo, donde está enterrada la escritora teóloga y mística.

Atravesamos después, de sur a norte, la villa y nos detenemos a ver en la plaza Mayor el palacio renacentista, con sus columnas jónicas arriba y sus arcadas abajo, que es hoy la casa consistorial, para

tomar luego un café cerca de donde dicen que estuvo la posada donde durmió –no sabemos si solo o acompañado– Giacomo Casanova, quien nos cuenta en sus esperpénticas memorias que leyendo *La mística Ciudad de Dios*, de Sor María de Jesús, tuvo sus propios arrebatos místicos.

Salimos por el Paseo de Invierno que, bajo el jardín barroco de los Marqueses de Paredes, sigue el curso acanalado de las aguas del Val, que nacen de la fuente "Los Ojillos" en la próxima y célebre Dehesa, paraje natural que es el orgullo de los agredanos. Desde aquí se ven bien las bellas ruinas góticas de la antigua iglesia de San Martín.

La verdad es que ahora es mucho más fácil entrar y salir en /de Ágreda por la nueva variante, con rango de autovía, que une la carretera de Zaragoza-Soria con la de Soria-Pamplona. Un alivio y una cómoda seguridad.

# LA “MARCA” DE UREPEL

En Urepel, separado hace más de un siglo del municipio de Alduides, se celebra, cada mes de mayo, el rito y la fiesta de la *marca* de las vacas que vienen a pastar a Sorogain. Rito ancestral, fiesta ganadera e interfronteriza.

Así que, tras la sorprendente visita e invitación –fue la primera de todas– de monsieur Albert Chabagno, cogí el mapa y preparé el viaje a Urepel.

Ya estaba conmigo el siempre fiel y activísimo Arcángel Martínez de Morentin, chófer oficial –otros decían mecánico–, con un Seat 131, que él quiso cambiar desde el primer momento.

Debo a Arcángel muchas cosas; una de ellas, haber conocido Navarra y buena parte de España en medio de una frenética carrera de cosas, casos y acasos a los que teníamos que hacer frente. Poco después de aquellos cuatro años de diaria relación, enfermó, se retiró, se oscureció, se aisló, y un día murió, dejándonos a todos tristes, también porque no le agradecimos como se merecía y porque no pudimos acompañarle como hubiéramos querido.

Seguimos aquel año al autobús del Valle de Erro por el puerto de Urkiaga, bajo el Adi, y fuimos acercándonos a Urepel sorteando,

como podíamos, los rebaños de vacas que iban también a la fiesta de la *marca*.

Después de siglos y siglos de luchas sin cuento, el artículo 15 del Tratado de Límites, de 1856, concedió a los habitantes del Valle de Baigorri el goce exclusivo y perpetuo de pastos en la vertiente septentrional; unas 2.500 Ha. entre la línea fronteriza (mojones 128 al 153) y la cresta pirenáica, a cambio de un canon anual de unos miles de francos, que han venido revisándose periódicamente.

En virtud del artículo 14 del mismo Tratado, los Valles de Erro y Baztán celebran contratos con el de Baigorri, concediéndole compascuidad en la vertiente española. El producto del arriendo se lo reparten Erro y Baztán.

Venían lentas, a veces solemnes, a veces distraídas y remolonas, haciendo sonar casi religiosamente las esquilas, las vacas rubias –*blondes* en Francia, *gelbvieh* en los Alpes germánicos–, descendientes quizás del *bos primigenius*, con su encornadura en lira, esqueleto fino, capa trigueña, ágiles de movimientos, vivaces de reflejos. Las aguijoneaban unos pastores jóvenes, bastón en mano, mochilas y algunos paraguas a la espalda.

Una de ellas, cansada del camino o porque era su hora habitual, descargó sobre el lado izquierdo del coche oficial todo lo que le sobraba. Quisimos ocultar el percance, pero estábamos ya cerca del lugar del marcaje, y hubo que reírse de la mala suerte. Al pobre Arcángel le tocó la peor parte. *Más vale al que Dios ayuda que al que mucho madruga*, debió de mascullar, o algo parecido.

A las afueras del pueblecito de Urepel, al pie de un ribazo de vegetación espesa, llevaban diez años poniendo una sencilla empalizada, cerrada por una valla corrediza, hasta donde empujaban los ganaderos las vacas.

Allí el veterano alguacil del Valle de Erro, de prieto cabello blanco, Fernando Saraueta, les ponía en el anca o grupa izquierda,

con hierro a fuego, la marca VE (Valle de Erro), una especie de pasaporte vacuno para que pudieran pastar hasta el otoño en Sorogain, hacia donde se atropellaban los pobres animales doloridos, sin rechistar, una vez abierta la valla del corredor tramposo.

Olía a carne quemada. Y se saludaban las autoridades que iban llegando, unas más tarde que otras. De la Navarra española casi todos éramos nuevos, tras las primeras elecciones. Era el último viernes de mayo de 1979.

Unos mozos miraban sonrientes la faena desde el seguro balcón de la empalizada.

Algunos vecinos desde el balcón corrido de la casa más próxima, y muchos más desde la terraza de la casa siguiente.

Aquel año, en el restaurante local Arcadia –*prix moderé*– me senté junto al suprefecto francés, un diputado foral navarro, los alcaldes de Erro y Baztán, Chabagno y otros representantes del Valle de Baigorri, la alcaldesa de Urepel, *(madame le maire)*, el alcalde de Banca, el gobernador civil de Navarra...

Tras una recia comida vasco-francesa, tuvimos que hablar algunos de nosotros. Como alguien se había puesto muy pesado hablando de Navarra una y otra vez, yo me atreví a preguntar en alto cómo se sentían allí tan navarros y sólo navarros, cuando en Pamplona Navarra era siempre Euskadi!

No fue lo mismo los años siguientes. Alguna vez volví, siempre de la mano de mi querido Pedro Murillo, alcalde casi vitalicio del Valle de Erro, ya sin coche oficial, en el autobús comunal, al que las vacas siempre respetaron.

Urepel, hidrónimo documentado en el siglo XIII (¿aguas tibias?), es otro de los asentamientos de segundones baigorrianos, separado del municipio de Alduides en 1865. Tiene 26,4 kilómetros cuadrados y ronda los 400 habitantes.

Huyendo del río, se cuelga en la falda inferior de una loma. Teniendo como centro la iglesia (1841), el cementerio y el frontón, se extiende el caserío hacia el O y NO, y por los bordes de la carretara hacia el NE. La casa más antigua lleva inscrito el año 1767.

Como Alduides, Urepel es un pueblo ganadero y agricultor. Trabajan dos piscifactorías, dos restaurantes, y una cooperativa agrícola, *Laborarien Etxea*.

En el cementerio resisten algunas estelas con inscripciones euskéricas. Un soldado de bronce, con su fusil y cartuchera, y en la mano izquierda la corona de laurel, preside el monumento a los muertos en las guerras de Francia, erigido en 1925. La inscripción es casi igual a la de los pueblos aledaños: *Bere haur gerlan/ hil zaizketenei/ orhoritzapenetan*. (En recuerdo de los hijos que se le murieron en la guerra). Llama la atención que los muertos en la segunda guerra mundial fueran tantos (8) como en la primera, cuando casi siempre suelen ser muchos menos. Uno cayó en la guerra de Argelia.

La torre de la iglesia remata en un gallo veletero sobre la cruz. No falta el reloj. Un tejadillo en hastial guarda la entrada al templo. La cuerda de la campana cuelga en el cancel. Dos galerías llegan en el interior hasta la mitad del presbiterio de madera, adornado con muchas rosas. Un altar, en medio del recinto sacro.

En un jardincillo, un poco descuidado, florece siempre en Urepel el busto, en piedra arenisca roja, de Fernando Aire Erro, apodado *Xalbador* por el nombre de su vecina casa natal. Tallado y colocado en 1981, entre los relieves de un roble y un lauburu, la lauda no puede ser más lacónica: *Xalbador 1920-1971*. Una mesita redonda de piedra lleva también una breve inscripción: *Xalbadoren orhoitharria 1981 ko arazaoaren 8an*. No más retórica es la placa puesta en su casa: *Xalbador 1920.6.19/1976.11.7*.

Al decir de todos, *Xalbador* fue un bersolari genial, gran improvisador, muy lírico y muy humilde a la vez, que cantó como nadie

la vida tradicional de su pueblo, Sus versos fueron recogidos en dos libros, uno de ellos titulado significativamente *Odolaren mintzoa* (El habla de la sangre). La misma tarde en que se le rendía un homenaje en su pueblo, y mientras se cantaba el *Gernikokako Arbola*, un infarto golpeó mortalmente su enfermo corazón de poeta.

Su hija mayor Henriette, en un poema entre varonista-feminista *(Haurraren aita*– El padre del niño/a), escribió estos versos sencillos, que son un homenaje más a su progenitor:

*Haurraren aita da*
*bakezko erresuma Zoragarri hortan*
*maitasunaren ontasun neurrigabekoez*
*haurraren amari aurgegia*
*argiarazten dion gizona.*

(El padre de la creatura,
este hombre que ilumina
el rostro de la madre
con los tesoros sin medida del amor
en este reino de paz)

La paz que repica todo el entorno verde y ensimismado de Urepel.

# NUEVO MURCHANTE

Es una de esas tardes que nos trae el mes de abril, después de unos días de frío y lluvias, que hacen juego con el refranero, tan limpia, tan soleada, tan amable, tan jubilosa, que uno no puede menos de estar agradecido y de mostrar su agradecimiento como puede.

Y ya que estoy cerca de Murchante, me voy, al sur oeste de la villa, en el término Soladrero, a mirar las cuatro largas hiladas, de ladrillo rojizo, de viviendas triplex, todavía algunas sin terminar: jardín, puerta, terracilla con ventanal, y ventana, por un lado, y puerta de garaje, balcón tendedero, ventana y ventanillos, por el otro. Coronados todos por la chimenea y la parrilla de la antena.

Varios jardincillos están aún baldíos. Y otros se pueblan ya con plantas y flores. Las calles son amplias, bien comunicadas entre sí, con la carretera y con el centro histórico asentado, como desde aquí se ve muy bien, en la mesetilla que levanta dos palmos sobre la terraza aluvial del Queiles. Varios tipos de árboles ornamentales verdean las nuevas calles, entre los que destacan por su hermosura los cerezos japoneses, que hacen estallar de primavera toda la urbanización. Están esperando otro Basiano local, que les robe su efímera belleza y la deje estampada, por inferior que sea, para un tiempo más largo. A un lado y otro se extienden jardines de hierba, con bancos.

En la parte sur corre una recia acequia de regadío, que hace de río y que me parece llevar más agua que lo que yo he solido ver en el río soriano-aragonés-navarro, en los últimos poblados por los que pasa. En la parte más cercana a la carretera hay todavía mucho terreno baldío, que tiene todas las pintas de ser pronto suelo de viviendas.

Me quedo un rato viendo jugar a unos niños en el nuevo parque infantil, acompañados de padres, abuelos y hermanos mayores. Los columpios son los más solicitados. De vez en cuando los chicos mayores dejan a los pequeños un rato y se van ellos mismos a columpiarse a los reservados para ellos un poco más lejos. Una niña chica presiona los dos botones de una fuente cercana, bebe de los dos chorros, se limpia la cara con un pañuelo, cierra los botones, formalita, y corre para alcanzar el corro familiar con el que va paseando. Pasan bullangueras dos amigas adolescentes. Pasa meditabundo un señor mayor solo. Pasa discreta una pareja joven con un niño chico. Pasan animosamente parlanchinas dos señoras mayores...

Subo a la primera calle de la mesetilla, que se llama calle Cofrete. Las calles de Murchante están trazadas a cordel de este a oeste, con casas generalmente sencillas, de dos o tres alturas. Atravieso la calle transversal Caídas, sigo adelante zigzagueando por calles que llevan nombres de personajes ilustres españoles, y llego al otro lado de la mesetilla, en cuya último espacio se han levantado no pocas casas nuevas, además de los tres o cuatro grupos de casas adosadas, construidas a la entrada del pueblo, en el extremo noreste, junto a las Bodegas. Campos norteños que riega el canal de Lodosa y pasa cerca de la balsa Cardete, que el viajero rodeó hace muchos años.

Debajo de la suave pendiente donde se levanta el poblado antiguo, en el término de Charas, están todavía construyendo otras largas cinco hiladas de viviendas, sólo que aquí de pisos duplex, y con jardincillos cerrados. La primera calle lleva el nombre curioso de Saldelmonte. Me dirán luego en Tudela que muchos de los que trabajan allí, sobre todo en el hospital e industrias cercanas, compran o alquilan casas aquí, porque les sale más cómodo y barato.

Murchante es un pueblo de agricultores, de constructores, de trabajadores industriales (polígono Carrilabarca) y de servicios. Me acerco a la iglesia, de donde salíamos en la procesión de *El Cristo de*

*la siembra*, aquellos domingos claros de noviembre. Hoy andan preparando un concierto de música gregoriana dentro de la semana organizada en varios de los pueblos del Valle del Queiles.

La torre de la iglesia está llena de nidos y tabletean las cigüeñas, con ese son a matraca joven, que es un gusto. La casa consistorial, en el balcón las tres banderas primaverales, luce aún la reforma y ampliación de 1995, y la placa con el nombre del presidente del Gobierno foral que la presidió.

Recuerdo viejas batallitas electorales y viejas trapisondas políticas de los años setenta y ochenta, de las que, afortundamente, pocos ya se acordarán, y que hasta en mi todavía buena memoria se difuminan en el aire de esta tarde abrileña y en el calor prematuro que deja arroyadas en algunos carasoles las puntas de las cañas del cereal.

Me acerco al campo de fútbol. Por el bullicio ambiente, tiene todas las pintas de que va ganando *el Murchante*.

# SAN MILLÁN DE SUSO Y YUSO

Mañanica de abril, verde y clara, con trigales alborotados por las lluvias retrasadas e intensas, y choperas pasando del ámbar al verde, animando a quienes los miren a pasar del invierno a la primavera.

Sin dudar siquiera, ascendemos en zig-zag, entre pinares, hasta el aparcamiento de siempre, cerca de San Millán de Suso. Pero, no, no, las cosas han cambiado desde el último, delicado y prolongado asentamiento del viejo cenobio y la limpieza y ornamentación de sus alrededores. Ya no son los tiempos de Tarsicio Lejarreta, aquel juglar castizo que nos mostraba el santuario en prosa y en verso y nos animaba a comprar su folleto singular. En la cabina de vigilancia, el encargado, que es su hijo, ha colgado la foto de su padre. Pregunto por él: murió el año 2002. Pero se me olvida preguntar si fue pariente de María de la O Lejarreta, natural también de San Millán y esposa de Gregorio Martínez Sierra, de la que se dice fue la verdadera autora de buena parte de la producción lírica y dramática de su marido.

Ya no se coge aquí el billete de entrada: hay que comprarlo abajo, y subir y bajar en el autobús de la organización. Son medidas para restringir y ordenar la presencia de visitantes Un helicóptero de la guardia civil, posado en un descansillo del pinar, nos llama la aten-

ción. Y nos llama más todavía todo un despliegue de guardias civiles en la explanada del monasterio de Yuso.

–Vaya, aquí hay un ministro inoportuno.

Algo más que ministro, vamos sospechando mientras aparcamos y vemos el despliegue de diferentes fuerzas de seguridad. Y es que está nada menos que la princesa Leticia, en carne mortal. Todo está, por ende, detenido y cerrado. Y hay todo un golpe de turistas, mayormente mujeres repeinadas, esperando a la princesa. Como el acceso hacia el río parece cerrado, damos dos vueltas por el espacio libre, allende el caserío, entre algunas huertas, pero los yerbines están muy llovidos.

No mucho después, la princesa aparece rutilante, entre intensos aplausos, acompañada, entre otros, por el presidente riojano. Da la mano decididamente a toda la densa fila de entusiastas, que la gritan *guapa*, *simpática*, etc. Está, en verdad, guapa, delgada, esbelta, vivaz, un poco cansada tal vez de madrugar mucho y de presidir durante dos horas el patronato de la Fundación de San Millán de la Cogolla, instituida el 8 de octubre de 1998, de la que es presidente su esposo el príncipe Felipe.

Cuando parte la comitiva, nos buscamos un hueco en la hostería de enfrente. Y aunque el servicio es hoy más lento por las muchas bocas inesperadas, es también más barato, y eso que ganamos.

Tomamos el billete para el monasterio alto en un nuevo edificio de dos plantas, que sirve a la vez como escaparate de todo el conjunto monumental, declarado patrimonio de la Humanidad por la UNESCO, el año 1997.

Desde donde se ve bien ahora el viejo cenobio es desde la explanada de abajo: un nido, un refugio, un eremitorio, colgado bajo las rocas ocultas, entre pinares verdioscuros a un lado, el hayedo ya morado a otro, y una hilera vertical de chopos clariverdecientes a las orillas del regato que forma y riega la quebrada entre dos cogollos de

la misma cadena montañosa, enlazada con otros cogollos montanos, a los pies de la sierra de la Demanda y no lejos de los glacis de la depresión del Ebro: San Millán de la Cogolla.

Aquí vivió sus últimos años como anacoreta y a la vez como ermitaño el monje Emiliano (Millán) (473-574), pastor que fue de Berceo y después seguidor de san Felices de Bilibio, a la vez que creador de una comunidad mixta de eremitas.

*Cerca es de Cogoll de parte de orient.*
*Dos leguas sobre Nagera al pie de San Lorent,*
*El barrio de Berceo, Madriz la iaz present:*
*Y naçió San Millan, esto sin falliment,*

canta en su *Estoria de Sennor Sant Millán* el poeta Berceo (c. 1196-c. 1265), que fue niño de coro en San Millán, y después presbítero notario del monasterio.

Fue San Millán, litúrgicamente, el primer patrón de Hispania, ya en el siglo VII, y el primer conde de Castilla, Fernán González, que casó con una hija de Sancho Garcés, le invocó ya como patrón del condado.

Hoy lo poco que de resta del viejo conjunto, siendo lo mejor del mismo, es patrimonio nacional y está a cargo del ministerio de Cultura. La joven que nos guía, rigurosa, sobria, amable, como todas las que he visto a lo largo y ancho de España, nos va mostrando brevemente, una a una, las etapas de un larga historia, con sus bellezas y curiosidades.

Ya desde la entrada pisamos el empedrado de cantos rodados unidos con argamasa y encuadrados por ladrillos rojos, formando a veces espigas, de época mozárabe. Observamos ligeramente los grafitos medievales, hechos por peregrinos, monjes, obreros..., mayormente durante los siglos XII y XIII, en muros y columnas, de los que se conservan un centenar y medio: estrellas, castillos, hombres, animales, esvásticas (que se repiten en los capiteles), planos, una estrella árabe... Miramos escépticos las macizas y heladoras tumbas de

piedra, algunas romanas, bien labradas, donde están o estuvieron, supuestamente, los restos de reinas navarras (doña Toda, doña Jimena y doña Elvira) y los siete infantes de Lara.

Dentro ya del recinto, tras la viva impresión que causa un espacio tan singular, no es fácil reconstruir ni siquiera con un poco de imaginación el paso de la vida eremítica al cenobio visigótico, más allá de las cuevas naturales –que llegan a 11, en el interior y exterior del templo–, y las diferentes sepulturas, más de 120 en total, en torno a la del fundador, como la de santa Oria, *la emparedada*. De nuevo nos cuenta Berceo en la *Historia de Sancta Oria, Virgen:*

*Emparedada era, yaçía entre paredes,*
*Havía vida lazrada qual entender podedes.*

*(...)*

*Si entender queredes toda certanidat*
*Do yaçe esta dueña de grant sanctidat,*
*En Sant Millan de suso, esta es la verdat:*
*Faganos Dios por ella merçet e caridad.*

*(...)*

*Gonzalo li dixeron al versificador,*
*Que en su portaleyo fizo esta labor.*

Más fácil es reconocer la segunda iglesia mozárabe, orientada al este, con dos naves y arcos de herradura, consagrada el año 959. Del paso saqueador e incendiario de Almanzor, el 1002, nos quedan algunas huellas del fuego y del humo, y, como excepciones mozárabes, alguna policromía y relieves en un capitel.

Más cercana todavía se nos hace la fase románica, y la ampliación del templo con dos arcos de medio punto. Espléndido es el cenotafio, de alabastro oscuro, del siglo XII, uno de los primeros en España con estatua yacente: el santo como caballero medieval, con bar-

ba y bigote grueso y ornamentos sacerdotes, rodeado de figuras de santos, monjes, ángeles, así como de paisanos curados por él.

De las dependencias monacales, adosadas al templo por el oeste, de las que se conservan algunas fotografías, todavía en tiempos recientes, ya no queda rastro.

Pero ni guías orales ni escritas apenas hablan, si es que hablan, ni arriba ni abajo, de la realidad histórico-política de los dos monasterios de San Millán.

Nuestro primer rey *navarro,* Sancho Garcés I (905-926), casado con doña Toda Aznárez –una de las reinas que, según dicen, está sepultada en el corredor de Suso–, y Ordoño II, rey de León, estaban, el año 918, sitiando Nájera, sin conseguir conquistarla. Pero Abderramán los derrotó en su célebre expedición, llamada *campaña de Muez.* (920). Finalmente, el 12 de mayo de 922, Sancho pudo conquistar Viguera. Ordoño conquistó coetáneamente Nájera, pasando a ser la sede regia de su suegro. En acción de gracias por la victoria, fundó, refundó o reforzó Sancho Garcés el cercano monasterio de San Martín de Albelda, cuya iglesia se consagró el año 947. Albelda y San Millán, además de centros de espiritualidad y de cultura, iban a ser, hasta que las tierras riojanas pasaran al dominio de Castilla en 1076, puntos nucleares de vigilancia, presencia e irradiación del reino de Pamplona, a la vez que puntos de repoblación y colonización,

La devoción de nuestros reyes por san Millán fue también grande, como lo había sido anteriormente la de los condes castellanos, y tras la reconquista de casi todo el territorio que hoy lleva el nombre de La Rioja, los monjes de Suso recibieron, de manos de los monarcas pamploneses y de los particulares pudientes, toda clases de privilegios y donativos: tierras, granjas, molinos, villas, poblados, casas, iglesias...

Especialmente, en tiempos de Sancho III el Mayor, época de expansión económica en el reino de Pamplona, los favores a San Mi-

llán fueron constantes. Se restauró y amplió el monasterio, como hemos visto, y el año 1030, en presencia del rey y de los obispos de la región, se elevaron los restos del santo anacoreta al altar, fueron recogidas en una urna de plata, lo que equivalía entonces a una canonización en regla. Es posible que el monarca impusiera o, al menos, impulsara, la regla de San Benito en las dos comunidades, masculina y femenina entonces existentes, como lo había hecho en otros centros eclesiásticos de su reino.

En el *scriptorium de Suso* se copió, el año 992, el códice *Emilianense (*o *códice emilianense de los concilios),* que transcribe casi del todo el célebre *Vigilano* o *Albeldense* (Albelda, 976), primer autorretrato de la monarquía navarra: recopilación de textos jurídico-político-simbólicos (legislación hispano-goda, historia romana, visigoda y asturiana, un apéndice sobre los primeros reyes de Pamplona, y miniaturas de reyes visigodos y pamploneses), encargo probable del rey navarro Sancho Garcés II Abarca (970-994) o/y del obispo Belasco (970-972), anterior abad de Albelda. Los dos códices están hoy en la biblioteca del monasterio de San Lorenzo de El Escorial. Con este instrumento histórico-ideológico-simbólico la monarquía pamplonesa asumía como propio el pasado romano y visigodo, así como la historia del vecino y amigo reino asturiano. El códice *Rotense,* salido del *scriptorium* de Nájera, el año 990, subraya las mismas notas, añadiendo y resaltando los enlaces familiares de la monarquía pamplonesa con los reyes, condes y nobleza de toda Hispania.

Tan necesario les pareció a los dirigentes pamploneses de entonces subrayar tales signos de identidad, que dieciséis años después de la aparición del códice de Albelda, el obispo de Pamplona, Sisebuto, el notario del mismo nombre y el escriba Belasco daban término al susodicho códice emilianense en el monasterio de san Millán, del que el prelado pamplonés también había sido abad.

Pero de todo esto las guías orales y escritas, editadas en la Rioja, no dicen ni pío.

Sin duda que la riqueza arrancada a los moros, desde hacía años, en forma de *pairas,* y sobre todo tras la conquista de Calahorra, el año 1045 por García III de Nájera, ha llenado las arcas del rey pamplonés, quien la dedica en buena parte a reforzar y enaltecer sus do-

minios más allá del Ebro. En 1052 comienzan las obras del nuevo cenobio y en 1067 se inaugura la nueva iglesia, a la que se trasladan los restos de San Millán. La leyenda popular adorna, como casi siempre, el evento con el milagro recurrente de los bueyes, que no quieren tirar para adelante con el cuerpo del santo, cuando el rey se empeña en llevarlo a Nájera, y tiene que quedarse en el lugar, aunque sea en la parte baja.

En la vega del río Cárdenas, afluente del Najerilla y que nace a los pies de los montes Pancrudos, en el paraje de Aguas Cárdenas, y alegra todo el valle. Antes de la conquista cristiana, además de San Millán, existían en el mismo varios monasterios mozárabes, como San Juan y San Jorge, en el camino más importante del valle; Santa María del Yermo, cerca del río y cerca también del de San Sebastián, y sin ubicación precisa, el de San Pedro. Densidad monástica superior a cualquier otra de la España en ese tiempo.

Hasta el año 1100 coexistieron los dos monasterios, el de arriba y el de abajo. El primero, fiel a la tradición mozárabe y al carácter dúplice de comunidad, masculina y femenina, hasta que el papa Gregorio VII prohibe en 1080 los monasterios dobles y el uso de la liturgia mozárabe. A partir del siglo XII sólo hay una comunidad, la de Yuso, con una comunidad de monjes benedictinos y un abad, aunque éstos aprovechen los dos santuarios según las circunstancias.

Tras la visita al monasterio de Suso, bajamos en el autobús hasta la explanada, y desde aquí a la puerta barroca del monasterio de Yuso, de la segunda mitad del XVII. Por el zaguán, posterior, pasamos al salón de los reyes, cuatro reyes bienhechores del monasterio, pintados en grandes lienzos por el madrileño fray Juan Ricci, de la escuela del Greco y el mejor de nuestros pintores claustrales: Fernán González (que no fue rey), Alfonso VII de Castilla y nuestros Sancho el Mayor y García el de Nájera. La guía no se fija en ellos. Los escudos de la escalera real, última gran construcción de los poderosos abades benedictinos, llevan fecha de 1697.

Contemplamos el claustro procesional, entre gótico y renacentista, pero no subimos al superior, clasicista, ahora en obras. En obras

también la inmensa iglesia, casi del todo empapelada para evitar el polvo y otras agresiones, y nos explican el retablo central de Ricci, que pinta a san Millán a caballo, con hábito benedictino y espada centelleante en la batalla de Hacinas frente a la morisma, como verdadero patrono de España, ocupando el papel habitual de Santiago matamoros, como así fue en realidad. Testigo otra vez Berceo, en su libro sobre el santo:

*Vinien en dos caballos plus blancos que cristal,*
*Armas quales no vio nunqua omne mortal:*
*El uno tenía croza, mitra pontifical,*
*El otro una cruz, omne non vio tal.*
*Avíen caras angelicas, çelestial figura,*
*Desçendien por el aer a una grant presura,*
*Catando a los moros con turva catadura,*
*Espadas sobre mano, un signo de pavura.*

Nos encanta la sacristía, una de las más bonitas que he visto, y que antes fue sala capitular: frescos multicolores del techo, cajonería de nogal, óleos barrocos sobre cobre, lienzos napolitanos. Todo presidido por una estupenda Nuestra Señora de los Ángeles. No se puede pedir más.

Terminamos con la contemplación, en el museo, de las dos arquetas de marfiles románicos, de san Millán (s. XI) y san Felices (XII), y con la visita a la parte de la bibioteca, donde se exponen 30 enormes libros cantorales, de 40 a 60 kilos de peso cada uno, con pergaminos que equivalen a la piel de 2.000 vacas, dicho sea con todo respeto.

*– Fieras y ganados, bendecid al Señor.*

Pero, si por algo es famoso el monasterio de San Millán, se ha hecho conocido en todo el mundo y ha llegado a ser *patrimonio de la humanidad;* si por algo es hoy un lugar de los más visitados de España, es, además de todo lo ya dicho, especialmente por haber sido, como ya se dice en metáfora gastada en boca de todos, la *cuna del cas-*

*tellano* (del romance que pronto sería castellano), y también la *cuna del vascuence escrito* (euskara, euskera o lengua vasca), en dos glosas halladas en el mismo códice medieval. Con este significado histórico aparecen fijados y honrados los textos de ambas lenguas en los muros del salón de los reyes, por iniciativa de la Real Academia de la Lengua Española y de la Academia de la Lengua Vasca, años 1973 y 1974, respectivamente. Y así en las postales y en casi todos los libros. Sea o no sea todo ello estrictamente así, en cuanto a la *primera* manifestación escrita de los dos idiomas.

El códice *Aemilianensis 60*, sencillo y pobre, de pergamino de baja calidad, como destinado a ser libro de batalla, de uso frecuente, se conserva, tras muchos avatares, en la biblioteca de la Real Academia de la Historia, en Madrid. Contiene lecciones morales de los padres del desierto, vidas y martirios de santos, misas, homiliarios, letanías con notación musical y sermones atribuidos a san Agustín, que son en verdad, excepto uno, de san Cesáreo de Arlés. Lectura asidua de los monjes, dos o más de éstos, estudiantes de latín, profesores, predicadores o catequistas, o de todo un poco, y por razones distintas como se ve, pusieron sus manos y su pluma, entre el siglo X y el siglo XI, para glosar, al margen o encima de las letras del texto escrito en latín, una palabra, varias palabras o frases enteras, ya en el mismo latín, ya en lengua romance (¿navarro, navarro-aragonés, alto riojano?), ya en vascuence.

En este idioma preindoeuropeo, en dos ocasiones y con frases lacónicas reza la glosa 31: *Jzioqui dugu*. Y, un folio más adelante, la 42: *guec ajutu ez dugu*. Expresiones que son una *cruz* para los mejores lingüistas vascos, sobre todo la primera de ellas. Probablemente fue un monje navarro bilingüe el autor de las dos glosas primerizas en la lengua que él dominaba mejor que el latín, o que dominaban mejor sus alumnos o sus catequizandos. En romance, es mucho más conocida y mucho más fácil de entender la glosa 89, sobre un sermón de san Cesáreo:

*Cono ajutorio de nuestro dueno / dueno Christo, dueno salvatore, / qual dueno get tena honore / e qual dueno tienent ela mandatione / cono patre cono spiritu sancto / enos sieculos de los sieculos.*

Con razón pudo decir Dámaso Alonso, que mientras el inicio

conocido de otras lenguas europeas, mundialmente famosas, es una expresión político-militar (francés), jurídica (italiano), o comercial (inglés), el español nace hablando con Dios: el primer vagido de la lengua española es, pues, una oración.

Los navarros podemos afirmar, por nuestra parte, que no sólo los primeros copistas, sino también nuestros primeros iluminadores, dibujantes, miniaturistas, músicos, poetas (en varios códices ya del siglo X hay numerosos poemas latinos) están seguramente en los códices y cantorales del escritorio de San Millán de Suso. Apenas si alguien siquiera lo ha dicho.

Quedan fuera de la visita la mitad del conjunto histórico: la biblioteca, el salón de la lengua, el centro de espiritualidad y hospedería monástica, el hotel y el centro internacional de investigación de la Lengua Española, donde se ubica la Fundación, cuyo patronato preside el príncipe de Asturias.

Además, tantas veces como he venido a San Millán, aún no he recorrido sus cuatro barrios: Prestiño, Barrionuevo, Santurde, y Lugar del Río (a dos km.), que a comienzos del siglo XX acogía casi 900 habitantes y hoy sólo a 300, aunque en mucho mejores condiciones de vida, debido en buena parte a la reconversión turística del lugar. Al parecer, merece verse sobre todo la ermita románica de San Jorge, cercana al río, primitiva iglesia del poblado hasta 1542, donde está la sepultura de santa Potamia (nombre fluvial), discípula de san Millán.

Íbamos a volver por Cañas, cuna de santo Domingo de Silos, prior que fue de San Millán; huyó del rey pamplonés García, en 1041, y fue acogido por su hermano Fernando I de Castilla. Pero es demasiado tarde.

# LAS DOS BATALLAS DE MONTEJURRA (1873-1876)

En abril de 1872, después de disponer que la reducida minoría carlista se ausentara de las Cortes, don Carlos de Borbón y Austria-Este, duque de Madrid, comunicaba desde su residencia de Ginebra a todos los Gobiernos extranjeros las razones del nuevo levantamiento:

El Gobierno de la revolución española les ha cerrado las puertas de la legalidad establecida por ella misma, y por eso no les queda otro camino que *el echar mano de la espada en defensa de su honor, de su dignidad y de la independencia de la Patria*.

Espera el rey de los carlistas que la lucha sea corta y reclama a la faz del mundo *el honor de mandar la vanguardia del ejército católico, que es el ejército de Dios, del trono, de la propiedad y de la familia*.

Pero las guarniciones de Gerona, Figueras, Seo de Urgel, Pamplona y Bilbao, comprometidas a rebelarse al grito de ¡*Viva Carlos VII!*, no respondieron, y, tras el fracaso de Oroquieta en Navarra y el convenio de Amorobieta en Vizcaya, podía darse por terminado el intento. Sólo en Cataluña continuaba viva la insurrección.

La derrota de Oroquieta, (4 de mayo de 1872) –de la que el mismo rey escapó personalmente huyendo a uña de caballo– y el fin

de la actividad en todos los frentes del Norte provocó una fuerte crisis en toda la organización carlista.

Don Carlos disolvió la Junta Militar Vasco-Navarra que actuaba en Bayona, despidió a su secretario Emilio Arjona y nombró comandante general de Navarra y Vascongadas al antiguo voluntario carlista Antonio Dorregaray y Dominguera (Ceuta, 1823), adherido después al Convenio de Vergara y ascendido a teniente general en la campaña de Marruecos. Dorregaray y los lugartenientes que él nombró estaban todavía refugiados en Francia, desde donde había vuelto ya el cura de Santa Cruz, famoso guerrillero carlista, que tantos quebraderos de cabeza iba a dar a sus propios jefes.

El brigadier y comandante general de Navarra, Nicolás Ollo (Ibero, 1816), de parecido currículum militar al de su inmediato superior, y uno de los jefes carlistas en Oroquieta, pasó a Navarra por Dancharinea el 21 de diciembre de ese año. Con él vinieron su jefe de Estado Mayor, coronel Ramón Argonz (Ochagavía,?), ex voluntario de la primera guerra y no acogido al Convenio de Vergara; el coronel de caballería José Pérula (Sesma, 1830), voluntario en Marruecos; Teodoro Rada (Pamplona, 1827), más conocido por *Radica*, cadete de infantería en la contienda anterior y después maestro de obras en Tafalla. Y junto a ellos, otros más, hasta 27.

Dorregaray tomó el mando efectivo de las tropas carlistas, en febrero de 1873, recién proclamada la I República.

Después de muchas marchas y contramarchas, el primer choque de importancia tuvo lugar, el 5 de mayo, en Eraul, en el que estuvieron presentes los principales mandos carlistas, con su jefe de Estado Mayor, marqués de Valdespina, herido en la acción. Fue también el primer triunfo carlista de esta segunda guerra. Dorregaray llevó desde entonces el título de marqués de Eraul.

La segunda batalla de relieve se libró, el 26 de junio, en terrenos de Udabe-Beramendi, Basaburúa Mayor, donde los soldados car-

listas hicieron frente a los del coronel Castaños. En ella murieron el coronel de caballería carlista, Justo Sanjurjo, padre del general Sanjurjo y Sacanell, marqués del Rif, y el secretario general del capitán general Elío, Carlos Caro.

Don Carlos atravesó de nuevo la frontera, por Dancharinea, el día 16 de julio, fiesta de la Virgen del Carmen. Con él venía, entre otros, el brigadier Antonio Lizarraga (Pamplona, 1817), voluntario en la primera guerra; acogido al Convenio de Vergara con el grado de teniente, peleó contra los carlistas en Cataluña y el Maestrazgo; luchó en Marruecos, y con el grado de coronel se ofreció a don Carlos en 1869; perteneció también a la junta militar carlista de Bayona. Pasando por Urdax y Zugarramurdi, la comitiva fue a pernoctar en Arizcun; en el camino se le unió el veterano Joaquín Elío (Pamplona, 1806), nombrado coronel por Zumalacárregui, comandante general en Navarra, más tarde, y emigrado en Francia.

Desde el Baztán llegó el rey al valle de Echauri, acogido en todas partes con entusiasmo. Como primer regalo, pudo entrar a la cabeza de los suyos en el pueblo fortificado de Ibero, de donde acababan de retirarse los 140 carabineros que lo defendían.

En el antiguo convento de San Francisco, cuartel bien aspillerado y preparado para la defensa, se encerraron los soldados de la guarnición desde que los carlistas rodearon la ciudad y colocaron sus cañones en una posición estratégica en la Cruz de los Castillos, en el barrio de San Pedro, y detrás de los muros del convento de Santa Clara.

El sitio no duró más de seis días, del 18 al 24 de agosto. Defendía el improvisado Fuerte el teniente coronel Francisco Sanz, con ocho capitanes, siete oficiales y 274 sargentos, cabos y soldados. Mientras tanto, las tropas carlistas impidieron que el brigadier Villapadierna, que mandaba la columna de la Ribera, encargada de defender la ciudad, pudiera pasar de Allo.

El día 24 se rindió la guarnición cercada. Los soldados de la República fueron acompañados hasta terreno neutral por compañías del tercer batallón de Navarra, según los términos de las capitulaciones.

Las bajas republicanas fueron 7 muertos y 30 heridos; las de los carlistas, 2 y 15, respectivamente. Estos se hicieron, según sus propias fuentes, con más de 1000 fusiles Berdan, 400 granadas, gran cantidad de pólvora, un parque de ingenieros de campaña, 80.000 cartuchos metálicos, y muchas provisiones de alimentos y ropa. Las fuentes republicanas reducen los fusiles a 400 y las granadas a 50.

Estella era la primera ciudad navarra en manos de los partidarios de don Carlos, quien, un día más tarde, entró triunfalmente en ella. Centro de la comarca con más hombres en armas y bien comunicada con el resto del territorio foral, con las Provincias Vascongadas, y con La Rioja, su conquista era más que una realidad tangible. Era todo un símbolo sobremanera eficaz.

El 19 de septiembre, fue reintegrado al mando del ejército del Norte el teniente general Domingo Moriones (Leache, 1823), que ya lo había comandado en los primeros tiempos de la insurrección. A los trece años se había alistado en el ejército de la reina y acabó la primera guerra carlista como teniente y con la cruz de San Fernando. El rey don Amadeo le ascendió a mariscal de campo en 1871, y la victoria de Oroquieta le valió el grado de teniente general.

Cuando los carlistas intentaron el cerco de Tolosa, consiguió Moriones levantarlo y concentró nuevas tropas en Pamplona, Tafalla y Puente la Reina, a fin de avanzar hacia Cirauqui y presentar batalla a los carlistas en los valles de Guésalaz y Goñi. Pero éstos, que temían quisiera avanzar hacia Estella, le esperaron en el Fuerte, reconstruido, de Santa Bárbara de Mañeru. Allí se enfrentaron duramente, el 6 de octubre, en una reñida batalla, la primera gran batalla de la guerra, que dejó muchas bajas en ambos lados. Las tropas de Moriones, más numerosas pero en posición más desfavorable, se retiraron desordenadamente hasta su punto de partida de Puente, donde durmieron, para replegarse después a Tafalla. Ollo y Mendiry, con sus soldados navarros y alaveses, pernoctaron en Mañeru, Cirauqui y pueblos vecinos, y volvieron después a Estella.

La guerra parecía favorable a los carlistas. Toda Vizcaya, excepto Bilbao y Portugalete, estaba en su poder. En Guipúzcoa apenas 10 de los 38 puntos fortificados quedaban en manos de las fuerzas republicanas. En Navarra las victorias se repetían.

El ejército de don Carlos, encargado de la defensa de Estella, se componía de cinco batallones navarros, cuatro alaveses, tres vizcaínos, uno guipuzcoano y otro riojano. En total, 8.000 infantes, 200 caballos y 4 cañones de montaña. Las fuentes gubernamentales, en cambio, hacen subir la cifra de soldados carlistas de 9.000 a 10.000.

El ejército republicano contaba, según sus datos precisos, 12.029 soldados de tropa, 596 oficiales, 102 jefes y 10 generales; 1.175 caballos, 8 cañones krupp y 14 de 8 cm. cortos.

Sospechaban los carlistas que el general Moriones quisiera aprovechar las fiestas preparadas para celebrar el cumpleaños de don Carlos y la llegada desde el frente de Cataluña de su hermano Alfonso Carlos y su esposa doña María de las Nieves, para asaltar Estella. Pero en la documentación del Ejército del Norte se insiste en que el propósito de Moriones no era otro que atacar y batir a los enemigos en sus posiciones en torno a Montejurra, sin llevar por el momento más allá sus operaciones, consciente de la imposibilidad de un ataque frontal a la capital carlista.

Lo cierto es que el día 3 de noviembre salió muy de mañana de Los Arcos, donde se hallaba su cuartel general, con todos los altos mandos y sus tropas camino del frente. Pero la niebla que los envolvió muy de mañana se convirtió después en un persistente aguarrucio que no cesó en las horas que siguieron. El general en jefe tuvo que dar marcha atrás y la mayor parte de los soldados volvió a Los Arcos, mientras otra parte se acomodaba en Torres y Sansol.

Mientras tanto, las fiestas pudieron celebrarse en la corte real estellesa. Se lidiaron algunos becerros, hubo chunchún y algazara, y se racionaron abundantemente las tropas, que se relevaron durante los días 4, 5 y 6, para que todos los soldados pudieran disfrutar de la ocasión

La víspera del combate, los cinco primeros batallones de Navarra ocupaban, respectivamente, los pueblos de Arróniz, Barbarin,

Dicastillo, Arellano y Villamayor; el primero de Castilla estaba en Azqueta; los tres batallones vizcaínos en Luquin, Urbiola e Igúzquiza, y los tres alaveses en Ayegui. Los generales Ollo y Argonz se situaban, con la caballería, en Allo, mientras en Estella estaban, a modo de reserva, los batallones séptimo y octavo, y el primero de Aragón, que, por tener mal armamento, quedaron en última línea.

El general en jefe Joaquín Elío se hallaba en la vanguardia de Arróniz. En cuanto supo, la noche del día 6, por sus confidentes habituales, que Moriones emprendería la marcha al día siguiente, ordenó que se concentraran sus fuerzas sobre las alturas de Luquin, Barbarin y Urbiola; que abandonaran los pueblos y que al amanecer estuvieran en las posiciones designadas a cada uno de antemano. Así quedó la línea de combate, formada desde el alto de Santa Cruz, en el término de Arróniz, siguiendo por los de Barbarin y Luquin, hasta Monjardín, en el otro extremo.

El día 7, de madrugada, franqueó Moriones con sus tropas el portillo de Cogullo (del antiguo lugar y hospital de los Sanjuanistas) hasta dar vista a las posiciones del enemigo. Entre las nueve y media y las diez de la mañana, al desplegar el coronel de caballería Jaquelot en la llanura de Barbarin los escuadrones de los regimientos de Villarobledo, Pavía y Lusitania, los carlistas rompieron el fuego de artillería y fusilería aunque no consiguieron hacer bajas.

Dividió entonces el general en jefe sus fuerzas. Al mando del brigadier Catalán se formó, en el flanco derecho, una columna formada por los regimientos de Sevilla y de la Constitución, los batallones de Castrejana y Africa, y una sección de montaña. Catalán avanzó hasta una altura próxima (¿Mandarregua?), separada por el arroyo Campanarea de las alturas de Santa Cruz, que ocupaba el enemigo encima de Arróniz.

El brigadier Pedro Ruiz Gana, con el regimiento de Cantabria, una sección de artillería y la caballería que mandaba Jaquetot, avanzaba al mismo tiempo, muy despacio, por el ala izquierda, sujetando sus movimientos al resto de las tropas. El teniente general Fernando Primo de Rivera se situaba en el centro con la infantería de su división, la brigada Pieltain y la de vanguardia, protegidas por ocho cañones que fueron colocados en una loma, a la izquierda de la carretera.

La batería de montaña carlista, a las órdenes del comandante Reyero y del teniente Llorens, se apostaba en los altos de Luquin y Barbarin, mientras la dirigida por el comandante Iza y el teniente Ortigosa había colocado un obús de a 12 liso delante de la iglesia de Villamayor, y el cañón rayado a la izquierda de la misma en unos sembrados. En esta última sección se encontraba el entonces teniente coronel Brea (Antonio de Brea y González Bayón), cuya vivida y vívida narración tengo tan en cuenta.

Las gentes de los tres pueblos, salvo raras excepciones, habían huido de los hogares y se habían refugiado en Estella o en otros pueblos más seguros.

Roto el fuego en toda la línea, las baterías colocadas por Primo de Rivera dispararon contra Barbarin, silenciando a las piezas enemigas y desmontando una de ellas. Las tropas más expuestas eran las de Castejón, porque los carlistas tiraban cubiertos por obras de tierra y con un armamento de mayor alcance, por lo que hubo que retirar la caballería del arco de tiro de aquéllos.

A las once ordenó Moriones el ataque. Venciendo una ruda resistencia, el batallón de Ciudad Rodrigo entró en Barbarin, pueblo situado a 637 m. de altitud; el de Puerto Rico se apoderó del alto de la Atalaya que domina el lugar, mientras el de Gerona llegaba por el camino del monte Luquin y el Portillo de la Losa hasta dicha altura, de 790 metros, punto destacado hacia el macizo de Montejurra.

Primo de Rivera indicó entonces al brigadier Juan Tello, futuro mariscal, que, con el regimiento de Asturias, los tiradores del Norte y dos piezas de montaña, tomase el pueblo de Luquin, a un kilómetro de Barbarin y situado a 607 metros.

Entretanto, Ruiz Dana avanzaba faldeando las estribaciones meridionales de la Sierra de San Gregorio con el objetivo de hacerse con Urbiola y estar a la mira de Villamayor. Con mucho menor resistencia que los dos anteriores lugares, cayó Urbiola, tras conseguir

la artillería republicana hacer callar las bocas enemigas colocadas en la cuesta de Monjardín. Los carlistas tuvieron que retirar sus piezas ligeras a brazo por un extremo del pueblo, cuando sus contrincantes entraban por el otro, sin tener siquiera tiempo para cargar las mulas con ellas.

Hernando da otra versión de la toma de Barbarin. Nacido en Algeciras, abogado y periodista en Madrid, alistado en el segundo batallón de Radica desde primera hora, y ayudante, después, de Dorregaray en la campaña del Centro, recalca la bravura de los suyos y su denuedo en defender su posición en los alrededores del pueblo, hasta que, faltándoles municiones, tuvieron que replegarse donde estaba el tercer batallón; junto con él, y ayudados después por el primero y el cuarto, *defendieron con tal empeño la segunda posición, que en todo el día no pudo el enemigo pasar de la primera altura sobre Barbarin*. En cambio, reconoce que tanto Luquin como Urbiola fueron ocupados con facilidad, pues habían sido abandonados antes por los soldados carlistas.

El primer objetivo de la acción parecía cumplido. Eran los tres lugares tomados de alto valor estratégico pero de poca importacia en sí. Tenía Urbiola por aquel entonces unas 20 casas y unos 90 habitantes. Un poco mayor, Barbarin contaba con unas 40 y unos 150, repectivamente, mientras Luquin, el más pobaldo, tenía unas 60 viviendas habitadas por unas 300 personas.

Quiso Moriones ir un poco más adelante y atraer a los soldados carlistas a un combate más abierto. Hizo avanzar a Ruiz Dana con ocho compañías del regimiento de San Quintín a las posiciones de la derecha de Urbiola por el camino llamado de Montejurra pero, estando al descubierto, los tres batallones vizcaínos, el de La Rioja, quinto de Navarra y la sección de Montaña, hicieron muchas bajas entre los republicanos, quedando fuera de combate la mitad de los oficiales.

Moriones tuvo que replegar las fuerzas, que se retiraron a los tres poblados conquistados durante la jornada.

El cuartel general se estableció esa noche en Urbiola, donde sólo quedó una anciana. Según las fuentes oficiales del ejército re-

publicano, los carlistas soltaron las canillas de las cubas en las bodegas, para que los soldados enemigos no bebieran vino de balde.

Aunque durante la noche no ocurrieron incidentes, los republicanos colocaran sus baterías en Barbarin y Luquin y cavaron algunas trincheras.

El ejército de Moriones había gastado durante la jornada 750.000 cartuchos de fusil y 700 granadas.

Esta era la situación de los carlistas en las líneas del frente: cuatro batallones de Navarra y el de La Rioja, en Monjardín, con los generales Dorregaray, Valdespina, Larramendi y Llorente; cuatro batallones en Azqueta al mando del general Martínez de Velasco; cinco en Arellano, con Ollo, Mendiry y Argonz; y las demás fuerzas, junto a la caballería, en Estella.

El día 8 amaneció triste y hosco, entre ráfagas continuas de aguacierzo.

Pero ya antes del amanecer las tropas de Catalán, que ocupaban las posiciones más avanzadas en el monte de Luquin, fueron atacadas desde el otro lado, al que no tardaron en responder. Lo mismo sucedió en la línea de Urbiola-Villamayor, entre las plataformas artilleras.

Hacia las diez cesó el fuego.

Aprovechando el mal tiempo, que no dejaba llevar a cabo otro menester más bélico, los soldados de Primo de Rivera se entretuvieron en destruir las obras de defensa que en Barbarin, Luquin y sus inmediaciones habían construido los carlistas.

A mediodía escampó y se despejó la atmósfera. Aun contra el aparecer de su Cuartel Real, don Carlos quiso acercarse a la primera línea de combate, llegando hasta la avanzadilla de Villamayor. Las baterías enemigas, silenciosas durante unas horas, rompieron fuego con granadas y shrapnels (metralla), reventando una de ellas a los

pies del caballo del rey. Vuelto luego al lugar más seguro de Azqueta, bromeó con el coronel de artilleros, el canario Elicio de Bérriz y Román, su futuro ministro de la guerra:

– Mira qué regalo me hacen tus compañeros del otro lado.

Sólo Hernando habla de *la salida impetuosa* de los republicanos, a primera hora, desde los pueblos ocupados, creyendo que los carlistas, descuidados con la lluvia, no sostendrían sus posiciones. Lo que no ocurrió. Añade que, incluso, por la tarde salieron otra vez a probar fortuna y volvieron con muchas pérdidas a sus puntos de arranque.

Fuese como fuese, Moriones decidió, tras consultar sin duda con su Estado Mayor, terminar ese mismo día las operaciones. No es creíble que la causa fuera la falta de raciones, teniendo franco el paso de Urbiola a Los Arcos, Viana y Logroño. Ni tampoco la falta de municiones, ya que disponía de 140 cartuchos por plaza, suficientes para llevar a cabo una segura acción. ¿Fue tal vez la excesiva pérdida de hombres? Las bajas sufridas los días 7, 8 y 9, según los datos publicados, fueron cinco oficiales y 37 individuos de tropa muertos; cuatro jefes, 38 oficiales y 366 individuos de tropa contusos. Según esas mismas fuentes, las pérdidas de los carlistas, comunicadas por Elío al rey, ascendían a 25 ó 30 muertos y 139 heridos, *pero es creíble que fueran mucho mayores, teniendo en cuenta lo rudo que fue el choque*.

Según Brea, las bajas carlistas, sin más especificaciones, fueron 200, pero las de los enemigos *llegaron al doble*. Más lejos va Hernando, quien señala 40 muertos y 170 heridos en sus filas, afirmado a la vez que las pérdidas en el bando republicano fueron *casi diez veces mayores*.

En el telegrama dirigido por don Carlos a la reina doña Margarita, desde el cuarte real de Estella, el mismo día 9, tras atribuir la victoria a la Virgen en el día de su Patrocinio, escribe literalmente: *Moriones, después de dos días de combate, no atreviéndose a continuar el tercero, se ha retirado precipitadamente a Los Arcos, vivamente perseguido por nuestras tropas, dejando en nuestro poder municiones, algunos prisioneros y gran parte del botín que había robado en los pueblos. Las pérdidas del enemigo, inmensas; las nuestras, muy cortas*"

Lo cierto es que, después de la llamada *batalla de Montejurra*, todo había quedado sustancialmente como antes, resultado que, según opiniones recogidas de la Narración Militar, *no compensaba en modo alguno las grandes pérdidas sufridas*. Se pensaba en el Estado Mayor republicano que una nueva acción no conduciría sino a dejar todo *reducido al mismo ser y estado que el día 8*.

Preparó, pues, Moriones la retirada de modo que fuera lo más digna, y eficaz posible. Urbiola fue el destino de los heridos y de la impedimenta. Dada la escasez de municiones artilleras, se dispuso que no dispararan las piezas sino en casos apurados o contra masas compactas. Un cuerpo del regimiento de ingenieros y dos del de la Constitución reconocieron previamente el desfiladero de Cogullo, entre los altos de las Cruces y Sacaneta, y se quedaron después allí guardándolo.

A las seis de la mañana del día 9 comenzó la retirada desde Urbiola. Algunas compañías simularon el avance en dirección a Estella y otras protegían desde el pueblo la salida del grueso de la tropa. Después se fueron añadiendo los batallones que ocupaban Luquin y Barbarin, siempre ordenada y escalonadamente.

Cuando los carlistas se dieron cuenta de que, contra todas sus previsiones, los enemigos emprendían la retirada, comenzaron a hostilizarlos cuanto pudieron.

Fue el tercer batallón de Navarra, desde las alturas de Arróniz, el primero en abrir el fuego, una vez que los últimos soldados del regimiento de Ciudad Rodrigo hubieran dejado libre las posiciones que dominaban Barbarin.

Brea recuerda que, avisado Dorregaray, ordenó al primer batallón de Castilla, al segundo de Navarra y algunas compañías vizcaínas, las tropas más avanzadas, que se preparasen y saliesen enseguida para cortar el paso a los liberales. Ordenó también al ala izquierda carlista que adelantase por su parte. Pero, como quiera que aquéllos habían ya franqueado o estaban próximos a franquear la angostura de Cogullo, por el sigilo con que habían emprendido la marcha, resultó que únicamente los dos batallones mencionados, con Dorregaray y Valdespina, y la caballería de Pérula tuvieron tiempo de hostilizar la marcha de las tropas de Moriones.

En telegrama del mismo día 9, el ministro de la guerra del Gobierno de la República felicitó al general Moriones y al ejército de su mando *por el resultado obtenido en la batalla de Montejurra*.

Los carlistas celebraron la retirada como la victoria más importante de toda la guerra. El júbilo en Estella fue inmenso. E indecible la acogida a don Carlos y al capitán general Elío a la cabeza de los batallones que volvían del campo de batalla. Celebróse con solemne *Te Deum* el suceso, y el rey mandó, para perpetuar su memoria, acuñar una medalla, con la invocación del Patrocinio de la Virgen, para uso de todos los que habían participado en la batalla.

En la orden general (arenga a las tropas), del día 11, tras ponderar el triunfo obtenido sobre un ejército mucho mayor y en tan adversas condiciones meteorológicas, se escribe: *La Reina de los Cielos, generala de las armas carlistas, cuya imagen lleváis en vuestras banderas, ha querido señalar su día dejándoos pruebas evidentes de su Patrocinio*.

Volvieron de nuevo los soldados de Elío a los tres pueblos desocupados, a donde regresaron sus gentes. Los encontraron *saqueados por la soldadesca de Moriones*. En Urbiola se encontró Dorregaray con un ayudante médico, dos practicantes y siete soldados de sanidad, que habían quedado atendiendo a los enfermos que no pudieron ser evacuados. Fueron alojados en el cercano hospital de Irache y a los seis días fueron acompañados por soldados carlista hasta las cercaníias de Tafalla.

Ganada la guerra en el Centro y en Cataluña, el gobierno de Madrid estaba en disposición de trasladar al Norte muchas fuerzas que habían quedado libres. Terminaba el año 1875.

Los voluntarios carlistas tenían muy minada la moral después de tantos fracasos que atribuían a la impericia de sus jefes, algunos de ellos, entre los de mayor renombre, sometidos a procesos militares. Unos fueron destituidos, otros huyeron a Francia, y, el 11 de marzo, un caudillo, otrora tan popular como Cabrera, conde de Morella

y marqués del Ter, capitán general del ejército carlista, había reconocido solemnemente como rey al joven Alfonso XII.

El teniente general Arsenio Martinez Campos pasó victorioso de Cataluña a las provincias del Norte. Aquí decidió formar dos poderosos ejércitos, llamados de la izquierda y de la derecha, éste dirigido por él mismo y el otro por el general Jenaro Quesada, jefe hasta entonces del ejército del Norte. Al mando del primer cuerpo de éste último volvía el navarro Moriones.

Fue designado comandante general en jefe de las tropas carlistas don Alfonso Carlos de Borbón y Austria, conde de Caserta, hijo del rey don Fernando II de Nápoles y hermano del último rey de las Dos Sicilias, don Francisco II. Coronel de artillería en el ejército pontificio, se presentó al ejército carlista durante el sitio de Irún, en diciembre de 1874, y fue ascendido después a mariscal de campo. Su jefe de Estado Mayor fue el brigadier Antonio Brea.

No consiguió el nuevo comandante general carlista reencender la guerra en Cataluña. Quesada entró en Bilbao el 1 de febrero de 1876. Con la batalla de Elgueta se perdía toda Vizcaya. Y por Guipúzcoa las tropas liberales avanzaban en todas las direcciones. El último y heróico triunfo de Mendizorrotz, cerca de San Sebastián, el 29 de enero, no evitó a los carlistas el repliegue forzoso hacia la frontera navarro-francesa.

Lizarraga, ya mariscal de campo, ex jefe de Estado Mayor del ejército del Centro, hecho prisionero y canjeado después, era desde enero el responsable de la defensa de Estella, pero sólo contaba con nueve batallones de infantería, uno de ingenieros, cinco escuadrones, dos baterías montadas y una de montaña, con una docena de piezas de artillería.

Buen conocedor de la zona, y tras estudiar sosegadamente las diferentes alternativas, Primo de Rivera concentró sus fuerzas en Lerín, Oteiza, Lodosa y Sesma.

El brigadier Molins, con el regimiento de Guadalajara, los escuadrones de Castillejos y de España, una batería Plasencia y otra de a 10 cm., debía marchar por la derecha de Allo y envolver por el mismo costado Dicastillo, que Cortijo tomaría por la izquierda; este

último brigadier llevaba consigo los batallones de cazadores de Figueras y Segorbe, los de reserva de Baeza, el regimiento de Farnesio, una compañia de ingenieros y 10 piezas Plasencia; la columna del brigadier Moreno de Villar, que constaba del regimiento de Córdoba, dos escuadrones de húsares de la Princesa, parte de la contraguerrilla de Lerín y cuatro piezas Plasencia, había de tomar Arróniz, pasando luego hasta Arellano, para proteger el movimiento de Cortijo; y, en fin, la columna del brigadier Albornoz, compuesta por el regimiento de Extremadura, el batallón de reserva de Plasencia, otros dos escuadrones de húsares, dos de España, dos compañías de ingenieros y ocho piezas, debía llegar también hasta Arróniz, no sólo para apoyar a Moreno del Villar, sino para, una vez tomada esta villa, caer sobre los altos de Barbarin asegurando estas posiciones.

La operación militar se llevó a cabo a partir de las diez de la mañana del día 17 de febrero y concluyó a las cuatro de la tarde. Los carlistas se retiraron ordenada y escalonadamente hasta llegar a Arróniz, donde el combate fue más encarnizado.

Las bajas en las filas liberales, según el informe oficial, ascendieron a 290; entre ellas, 32 muertos.

Durante la noche los carlistas se apoderaron, al decir de los gubernamentales, de un bosque próximo a Arellano y, al amanecer, rompieron el fuego sobre las descubiertas del primer batallón de Córdoba. Respondió éste, reforzado pronto por los cazadores de Figueras, al mando de Cortijo, que ocupó con el resto de su brigada del ala derecha de la ofensiva, desplegándose poco después por la izquierda el otro batallón de Córdoba y diversas fuerzas, que se trasladaron desde los altos de Barbarin.

Brea da una versión distinta. Según él, durante la noche reforzó Lizarraga las tropas mandadas por el brigadier Carlos Calderón con seis u ocho compañías de distintos cuerpos, a cuyo frente se puso el brigadier barón de Sangarrén (Ramón de Altarriba y Villanueva, marqués de San Millán y de Villaalegre). Con dicho refuerzo Calderón arrojó esa misma noche de Arellano a los liberales, causándoles numerosas bajas y haciéndoles algunos prisioneros.

Lo cierto es que al amanecer del día 18 se hizo general el fuego en toda la línea. El general Tassara, que se acantonaba con sus hombres en el Fuerte de Santa Bárbara, de Oteiza, atravesó el Ega con la ayuda de una compañía de ingenieros, amagó la entrada en Estella por la carretera y enlazó, según lo previsto, con las que habían avanzado por Morentin y Muniain hasta completar el cerco del Montejurra.

Los tres batallones carlistas, ya muy mermados, mandados por Calderón y Sangarrén, cargaron cinco veces a la bayoneta y, al verse rodeados y abrumados, se replegaron, mientras rompían el fuego las cuatro piezas de montaña y las dos del Fuerte.

Calderón, con unos 400 hombres, y previa otra carga a la bayoneta dada por su jefe de Estado Mayor, el comandante Ricardo Suarep, herido en ella, consiguió contener al enemigo y encerrarse en el Fuerte de San Sebastián (nombre proveniente de una ermita cercana), dispuesto a sostener su defensa hasta el último extremo. Todavía intentó Lizarraga enviar el batallón primero de Castilla, que acababa de entrar en Estella, pero no llegó a tiempo de impedir la pérdida de Montejurra. Muchos soldados que se habían refugiado allí aprovecharon la oscuridad de la noche para descolgarse por los parapetos del Fuerte y, por entre quebradas, peñascales y encinos, huir hacia la ciudad. Algunos se despeñaron en el intento.

El Fuerte se rindió a la mañana siguiente, 19 de febrero, dejando en poder del ejército liberal sus piezas, municiones, víveres y pertrechos de guerra.

Cuarenta años antes lo habían conquistado otros carlistas a las órdenes del general Eguía, el 16 de noviembre de 1835. Subieron por Munianin y por Irache persiguiendo a los liberales del general Luis Fernández de Córdoba, que abandonaron precipitadamente Estella, a donde habían entrado el día anterior; a duras penas pudieron, después, escapar de Allo, hostigados por el enemigo.

Ahora se perdía por segunda vez.

*Formadas las fuerzas que habían atacado* –cuenta Pirala–, *el brigadier Cortijo felicitó a Calderón por la defensa que éste hizo y le devolvió la espada, así como a su ayudante. También el general Primo de Rivera le felicitó y le dejó prisionero bajo su palabra.*

El cuadro al óleo de D. E. Estevan, a la manera gloriosa del tiempo, recoge este momento solemne.

Dueñas de esta posición las tropas liberales, podía darse Estella por perdida. La mañana del día 19 resistía aún el Fuerte de Monjardín, pero las baterías enemigas lo bombardearon tan certeramente, que ante la cercanía de las tropas de Albornoz, los carlistas que lo guardaban lo abandonaron dejando cinco piezas, unos 300 fusiles, y buen números de cajas de municiones.

Para bombardear Estella había hecho trasladar Primo de Rivera varios morteros al lugar próximo y seguro de Allo. Pero antes de intentar llevar a cabo su proyecto recibió una comunicación del ayuntamiento de la ciudad, anunciando que se entregaba la plaza y que una representación municipal tendría el honor de salir a ofrecerle sus respetos. Primo de Rivera entró en Estella el día 20, a mediodía, al grito de *¡Viva el rey don Alfonso XIII!*

*Por fin* –escriben los redactores de la Narración Militar– *las fuerzas liberales eran dueñas de la ciudad que había costado tanta sangre, y que con firmeza y tesón habían mantenido los carlistas durante largo tiempo*.

Los vecinos de la ciudad, donde se encontraron grandes almacenes y parques de artillería e ingenieros, fueron obligados a destruir las trincheras. Muchas familias emigradas de ambos campos regresaron a sus hogares.

Un total de 25 piezas de artillería de los Fuertes de San Juan, Arandigoyen, Monte Muru, León, San Millán y otros, que fueron abandonadas en el barranco de Iranzu, fue transportado a duras penas a Estella.

Catorce batallones carlistas desfilaron por Abárzuza, seis en dirección a las Améscoas y ocho hacia el valle de Goñi.

Don Carlos volvió a pasar la frontera el día 28.

Nos trae un amigo de Arellano en el *land-rover* hasta el raso de Montejurra, amplio tomillar circundado de encinas, carrascas y bojerales.

Subimos luego a pie por una senda curvosa que nos acerca al cabezo, conocido por el Fuerte de San Sebastián.

Fortín natural de roca por el norte y por el este, lo defiende una leve pared de piedra por el oeste y por el sur. Se abre en medio del yerbín y se conserva bien el aljibe de piedra cuadrada. La pared septentrional del Fuerte forma el tercer pico crestoso que se ve viniendo desde Valdega y Estella.

Las nieblas nos cierran hoy el corredor hondo por donde los ojos galopan hasta el Perdón y, después, saltando picachos, hasta los Pirineos.

Sólo los restos del Fuerte nos recuerdan, esta mañana, tranquila, antiguas y famosas batallas, envueltas ya en nieblas legendarias.

# MAYO EN CODÉS

*En Pentecostés/ todos a Codés*, sigue repitiendo el estribillo popular.

Cuando Pentecostés tocaba en pleno junio solía hacer mucho calor. Había muchedumbres al rojo vivo. La policía foral se las veía y se las deseaba. No bastaban las viejas acacias del atrio para librarnos a todos del calorazo durante la misa. Entonces y después, a la hora de la pitanza, cada uno buscaba la sombra donde podía. Y el P. Valeriano, historiador del santuario, celebrante o concelebrante, nos entretenía un rato con sus bravos joteros y joteras, que hacían retemblar las peñeras torreadas.

Prefiero mayo en Codés, cuando los herbales aún no están ceriondos, tocados del color del cerio, metal de color pardo-rojizo, que les da generosa la diosa Ceres.

Dejo para otro día la ruta oriental, la más agreste, que llega desde Genevilla o Marañón-Cabredo, o desde Meano-La Población, y pasa por Aguilar de Codés y Azuelo, siguiendo la primera peregrina-

ción del río Linares, que ya no corre entre plantaciones de lino, hoy tan de polémica actualidad.

El bonito y útil desplegable que me dan en el santuario no habla de la nueva ruta que remonta el Odrón, río codesino, porque aún no estaba abierta la carretera Codés-Otiñano. Quedémosnos, pues, con las entradas clásicas, por Torres-Armañanzas-Espronceda o por Sansol-Desojo.

Ya es un honor recorrer la línea caída de Ayegui a Sansol, entre campos de cereal preparados como para un desfile, y entre viñedos nuevos –Villamayor, Urbiola, Luquin, Barbarin, Los Arcos, El Busto–, que comienzan a empampanarse. La torre de Santa María está primaveral como una novia. Y Sansol, dedicado a San Zoilo (Sanzoil), es todo un baluarte de piedras soleadas, un faro de sol, un sol de piedra.

Desde ahí el viajero ha de elegir.

Si va por la ruta menos conocida, más sosegada y más curva, de Desojo, bajo el Alto de La Dehesa, bordeará el arroyo de San Pedro, con sus hortancos y frutales, yerbines y alamedas; atravesará la típica tierra media estellesa, con montes bajos y calveros, aliagas y tomillos, viñedos, olivares, cereales, rosillas, cardelinas y verderones. Y sobre todo encontrará gente tranquila que pasea por la carretera, como en los buenos tiempos: señoras mayores, chicas y chicos jugando, mocetes y mocetas. Y al llegar a la villa caminera de Desojo, podrá ver el crucero de entrada, la fuente nueva, la coqueta torre barroca, los rosales..., si es que no tiene el buen gusto de detenerse un rato.

También desde esta vía Espronceda aparece, tras altos choperales, y a la sombra de la sierra de Cábrega, como la villa fronteriza y alta que es, que para eso tiene en su crucero a Sancho el Fuerte y el águila, y no verá el viajero tan de cerca las granjas arrimadas que la afean tanto. Torralba, vista de aquí, es más torreón que desde ningún otro sitio, y el escenario de Codés, al sol de la mañana o de la tarde, es ya toda una representación.

Pero puede uno asomarse a Torres del Río, y ver el río y las torres, que, ese u otro día, hay que ver de cerca, y, si es posible, llegarse al menos a ver esa iglesia-palacio plateresco de Armañanzas, olvi-

dar el basurero y los letreros no borrados sobre la Bodega y volver para subir junto al río Linares, cuya rasgadura, verde de álamos y sauces blancos, olmos, cornejos, fresnos y viburnos, bajo la tutela sombrosa de la Peña de Figueras, hermosea todo el trayecto por el Valle de Aguilar. En sus sotos crían las tórtolas y los ruiseñores. Regadíos a un lado; tierras ásperas, con algunos olivos, almendros, habales, cebadales, agavanzos, tomillos, chaparros, matorrales, al otro.

Rosales y adelfas nos salen a saludar en Espronceda, que no enseña aquí lo mejor que tiene. Y ya está ahí otra vez Torralba, siempre menos alba que torreada, banderín de sol y de aire marcial, bastida en tierras escarpadas, como hechas para frontera.

Todos estos pueblos hermosos y solitarios son así: alto y llanura, monte y campo de labor –*saltus* y *ager*–, fuente y barranco, ciudadela y camino de pasear.

De lejos, pero también de cerca, la sierra de Codés cabalga a lomos de sus gris-azulencas calizas mesozoicas, unas veces hacia el Este y otras hacia el Oeste, cuando no se encabrita en sus mallos amenazantes, rojizos de furia geológica. Hay ya algunos coches en las tres explanadas. Contrasta la torre dieciochesca, oxidada por el tiempo, con la estampa de la hospedería restaurada recientemente, excepto en la parte trasera, reviejida. Pero buena parte de los contornos del santuario están aún en obras. Un panel nos informa de lo que se ha hecho –infraestructuras, calefacción, seis habitaciones dobles, restaurante y bar, rehabilitación de la iglesia– y de lo que falta por hacer: nuevas habitaciones, albergue juvenil, vivienda para los ermitaños gerentes, arborización...

Lo cierto es que Codés –nombre de un antiguo poblado y de su monasterio, desaparecidos– es hoy un santuario-conjunto turístico autosuficiente, único en Navarra, quizás comparable con Iranzu, y que por eso mismo hay que proteger y cuidar.

El viajero ya describió hace muchos años el lugar, pero hoy lo

encuentra muy revivido. Aquí se juntaron un día la historia amarga, la fe vibrante y la devoción práctica y continuadora. Hombres como el casi legendario ermitaño Juan de Codés se vieron imitados y aún mejorados por sus sucesores hasta hoy mismo, que no se echaron a la galandanga. Y la nueva cofradía, fundada en 1901, no ha dejado de fraternizar y confraternizar hasta hoy.

Está el salón comedor muy animando en corros familiares y amicales que dan cuenta pausadamente del almuerzo. En la puerta del bar, además de informarnos del uso del frontón, se nos describen las clases de pizzas que se ofrecen y se hace hincapié en *la especial de la casa*. Media docena de paisanos barren calmosamente la barra, de espaldas a un cartel de Pablo Hermoso de Mendoza. Fuera, la fuente del ermitaño da dos chorros de agua fresca y gratuita para todos.

*Abrieron la puerta*, como ellos dicen, el último domingo de abril, los de Torralba, que vienen andando los tres kilómetros desde el pueblo

*Ya se ve el santuario, ya se ve Codés.*
*Cantemos unidos, cantemos con fe.*
*Ave, Ave, Ave, María...*

El domingo pasado vinieron los de Desojo. Hoy, los de Azuelo; el próximo domingo, vendrán de Aguilar y La Berrueza; después, de Espronceda; para terminar con la general de Pentecostés.

Van y vienen gentes con panes, bolsas, termos, preparando el conducho posterior en alguna de las mesas de piedra de los alrededores, si el tiempo, lo permite.

Minutos antes de la misa, el capellán de Codés, don Jesús, que sustituye a don José, sale, tras la cruz que porta el presidente de la cofradía, hasta las afueras del atrio, donde le esperan los vecinos rome-

ros, con sus autoridades, la cruz parroquial y a veces la reliquia tradicional del pueblo.

La pequeña procesión atraviesa el atrio grande con los plataneros podados y las viejas y nuevas acacias; sube las basilicales escalinatas; traspasa el pórtico con su tienda de recuerdos, y llena la nave de la iglesia. Está abierta la reja barroca. Luce el retablo tardomanierista entre gladiolos, pensamientos y flores campestres. La Virgen de Codés aparece cercana, propicia, graciosa, casi chiquilla. La bola (del mundo) del Niño es tan grande como la manzana de la Madre. San Pedro y San Antonio nos miran severos desde sus retablos.

El coro de los romeros canta al final de la misa los *gozos de la Virgen de Codés*, de fáciles rimas:

*De la celestial Sión,*
*donde habitas y nos ves,*
*Madre de Dios de Codés*
*échanos tu bendición.*

La gente, tras besar la imagen, se dispersa por aquí y por allá, o se mete en la hospedería.

El frontón está ahora cerrado, con uno de los cristales roto. Un caballo blanco pasta en una era contigua, en el lado septentrional del santuario. Debajo del reino del robledal y del carrascal-quejigal crecen fresnos, acacias, lilos, adelfos y otras plantas de adorno en el altillo y en los ribazos circundantes, donde siguen las obras de adecentamiento. Por el barranco bajan también olmos, álamos, chopos lombardos.

Una incierta neblina deja apenas vislumbrar los picos de Yerga, Monteros y Atalaya, más allá de la depresión del Ebro.

PD. Vuelvo con unos amigos, varios años más tarde, una tarde del primer agosto. Encuentro todo muy renovado: los caminos a la sierra, los accesos al santuario, los nuevos aparcamientos abiertos debajo del monte y cerca de la hospedería, la parte trasera de ésta… Hay unos pocos paisanos sentados en torno a unas mesas colocadas en la explanada, y alguno que otro en el bar, abierto al otro lado del comedor. Se han multiplicado los bancos y las mesas de piedra en la parte alta. Hasta se ha puesto una fuente sigilosa e interior, agujereando una gran piedra por los cuatro los cuatro costados: una obra de arte. Se han creado parterres y plantado árboles y plantas. El robledal cercano está más limpio y sus ejemplares son un espectáculo. Han crecido mucho los viejos plátanos y las acacias. Están renovando el frontón cerrado y nos dice uno de los paisanos que, los fines de semana, los cofrades y otros visitantes se rifan las estancias para meriendas y cenas. Eso sí, cada uno de los no cofrades paga un euro por utilizarlas. El templo está como un oro y la Virgen de Codés…siempre la misma.

# LA TRINIDAD EN OZCÁRIZ

El viajero ya recorrió en su día estas tierras de Ozcariz y de todo el verdísimo valle y Valle de Lizoain, pero ahora viene, bajo o sobre paraguas, a la romería de la Trinidad, de la que no habla nadie, después de haber participado en otras de más nombre, como las de Arre, Aguinaga o Iturgoyen.

Mollizna en Pamplona y mollizna en el valle de Lizoain. Como en el villancico clásico

*yo me iba, mi madre,*
*a la romería.*
*Por ser más devoto,*
*fui sin compañía.*

Junto a la caseta de Ozcariz, cabe el lujuriante río Erro, prieto de orillas, fronda y chiringuitos, se juntan los portadores de las diez cruces de los pueblos del antiguo Valle de Lizoain y del antiguo de Arriasgoiti, que se fundió el año 1940 con el primero para formar el único Valle administrativo actual.

Presidida por las cruces, sube la sencilla procesión el leve recuesto hacia el pueblo de Ozcariz. Dos varones de Redín llevan en andas y entre ramos de flores al Niño Jesús, imagen de vestir del siglo XVII, que está en el retablo mayor de la iglesia de su pueblo. Detrás van tres sacerdotes con roquetes y estolas, y los fieles romeros a los dos lados del estrecho y seguro carretil. Como pide la tradición, se cantan en latín las letanías del Santísimo Nombre de Jesús. El latín les da un sello de sacra antigüedad, de expansiva universalidad, y de operatividad misteriosa, que no tienen, qué le vamos a hacer, en cualquier otra lengua.

Ahora, más que lloviznar, llueve. Abrimos los paraguas, mientras los más jóvenes se mojan a gusto el cogote, como los potros en los rasos pastales. Les pregunto a dos mocetes que llevo delante

– ¿Todos los que van en la procesión son del pueblo?

– Son de todo el Valle –me responde uno.

– Pero hay gente también de más lejos – añade el otro.

Seguro que yo debo de ser para ellos de éstos últimos. Luego me dirán que hoy se celebra aquí el Día del Valle, lo que ha congregado hoy, naturalmente, a más gente de los pueblos del Valle de Lizoain, y de más lejos también.

Abundan las angélicas en los ribazos, tan cándidas y tan esbeltas. Los campos de cebada están verdiamarillos y los trigales aún verdes, con las espigas exaltadas de gótico florido.

Al llegar a la iglesia, románica del XII, dedicada a san Pedro, plantada en la parte más accesible de este pueblo montaraz y disperso, la lluvia se hace lluviazo y nos hace a todos apretar el paso y aguar un poco la voz. Hay varios coches aparcados alrededor. Desde el atrio, sobre ruejos que forman figuras geométricas, bajo un pórtico protector sostenido por tres pilares, el párroco bendice e inciensa –señal excelsa de culto– a las cruces y al Santo Niño Jesús.

Un grupo de mozos bandean las dos grandes campanas de la torre medieval, empujando frenéticamente los dos grandes cabezales de madera trabada con hierro.

Una cruz de madera recuerda la *santa misión* de los capuchinos del 1945, el año en que terminó la segunda guerra mundial. Sobre el arco de medio punto de la entrada, un crismón trinitario nos pone en relación con la fiesta del día.

Cerca, a la derecha, dos ventanales protegidos por rejas de fina forja nos dejan ver una capilla diminuta, del siglo XVII, adosada al muro del templo, con un podium de buena cantería que monta en dos peldaños, sobre el que vemos, con colores rojos, grises, verdes y azules, pintada en la pared frontal, una Santísima Trinidad – el Padre, el Cristo crucificado y la paloma del Espíritu–, adorada por los ángeles, y en las paredes laterales, dos santos padres latinos, obispos prestigiosos, teólogos eminentes, que hablaron y escribieron mucho sobre el misterio primordial del Dios Uno y Trino.

Ante el cuadro hace guardia hoy un jarrón con un ramillete de rosas y margaritas. Una pilastra angular, decorada con casetones y puntas de diamante, sostiene el dintel que cubre la capilla, sobre el que hay unas cruces y figuras de estilo arcaizante.

En la homilía de la misa, muy participada y cantada, mi amigo y colaborador Javier Navarro, canónigo doctísimo de Roncesvalles y párroco de un pueblecito del Valle, llega tan lejos en el intento de acercarse al misterio trinitario –el de un Dios que no es un Dios solitario sino comunicativo y fecundo–, que está a punto de hacerlo comprensible hasta para los que vamos de romeros a Ozcariz. Menos mal que no lo logra del todo, porque, de otra manera, hubiera acabado con toda un tratado capital de las Facultades de teología.

El retablo mayor es una muestra de delicado manierismo tardío que apunta al barroco. Un lanzal san Miguel, sin alas, del siglo XVI, con capa y coraza, subyuga al dragón infernal.

En el ofertorio, un señor, un mozo y una moza llevan al altar una torta de pan, un plato con lonchas de chorizo, envueltas en plástico, y un ramo de rosas.

Al final de la celebración nos dan a besar el *lignum crucis*, que llevaba el Niño Jesús al cuello durante la procesión, según nos dice el párroco, y que yo no había visto. Dícese, vete a saber, que lo trajo de Tierra Santa el mismísimo don Tiburcio de Redín, nacido en Pamplona, militar, aventurero, capuchino y apóstol.

El predicador, como antes se decía, ha hecho referencia a la vieja cofradía de la Trinidad, surgida en el siglo XVII. Otro cura sabio, archivero y párroco también en el Valle, José Luis Sales, me envía unos pliegos manuscritos, donde se recogen los acuerdos a los que llegaron *en el cementerio de la Parroquial de Lizuain, a tres del mes de Mayo del año de mil setecientos sesenta y tres*, por una parte, el abad de Ozcariz y el de Uroz, en representación de todos los abades del Valle, y, por otra, los regidores y algunos vecinos de los lugares de Lizoain, Beortegui, Janariz, Ozcariz, Leyun, Redin, Mendioroz, Uroz, Yelz y Lerruz.

Uno de esos acuerdos fue que *la procesión, que a acostumbrado hacerse con el bulto del Niño Jesús de la Parroquial de Redin a la Iglesia Parroquial de la Santísima Trinidad de Villava, se haga desde este año inclusive en adelante víspera de la santísima Trinidad a la Parroquial del Lugar de Ozcariz, y que para sacar en procesión al Niño Jesús de dicha Parroquial de Redin deveran subir a esta con cruces y Abades de Mendioroz, Uroz, Yelz, Lerruz y Lizuain, de modo que juntos en la Parroquial de Redin con la cruz y Abad de esta deveran vajar en Procesion con el dicho bulto del Niño Jesús a la dicha Parroquial de Ozcariz por el camino que desde Redin tira al Puente de Ozcariz, y para incorporarse devera esperar en este la cruz y Abad de Leyun, de modo que que desde el subiran a la dicha Parroquial de Ozcariz, en donde estaran las cruces y Abades de Janariz y Beortegui, y esperara con misa el Abad de Ozcariz, que ha de celebrarse cantada en la capilla titulada de la Trinidad, a quien por su limosna se le pagará por el valle dos Reales fuertes, y acavada con el responso General, se saldrá en procesion con el Niño Jesus y hacerse por el mismo sitio que se hace con Nra. señora en sus festividades.*

Aprovechando el barullo de la salida, subo al coro alto, donde hay cuatro bancos grandes, uno con respaldo. Me atrevo a subir por la escalera de la torre, tan frágil como sucia de deposiciones de lechuzas. La cubierta del campanario ha sido reforzada con planchas de cemento. Una de las campanas – casa Albizu, Pamplona, 1903– ha perdido un trozo de bronce.

Ya sano y salvo en la iglesia, contemplo el impresionante Cristo en cruz, romanista, y una resuelta Virgen en pie, con túnica larga y rozagante, llevando en el brazo izquierdo un Niño grueso, semierguido y juguetón, que le disputa a su madre un libro. Una pila bautismal, del tiempo de la construcción del templo. Junto a la puerta del coro, yacen recostados sobre la pared los melancólicos estandartes de las Hijas de María y del Sagrado Corazón de Jesús.

En el atrio, resguardados de la lluvia, y todos codo con codo, intentamos coger lo que nos toca en el reparto que nos hace el ayuntamiento. Por hablar, me quedo sin beber, pero no sin gustar del pan, queso y jamón. Voy y vengo, como todos, traído y llevado por la masa en movimiento, que eso es la verdadera energía, en un ambiente festivo, de palabras y risas altas, simpático y generoso. Saludo al antiguo alcalde del Valle, aficionado a la historia, al que tengo conocido por las fotos, que hizo lo posible por integrar los pequeños concejos del municipio en el ayuntamiento, haciéndolo así más unido, eficaz y llevadero. Saludo a otros paisanos conocidos de mis visitas anteriores.

Luego la gente va a visitar el contiguo y antiguo palacio, y la semana que viene se inaugurará una exposición de estelas de todo el Valle. Al final de la mañana se bendecirán los campos, que están como una bendición, y las buenas gentes del Valle y de fuera volverán a sus casas.

Fuera del atrio llueve. No hace otra cosa que llover.

# ROMERIA DE SAN JUAN EN URDIAIN

Vamos a la romería de San Juan en uno de los pocos pueblos navarros, donde se celebra la fiesta solsticial y cristiana con algún resto de originalidad.

Ya que no madrugaré mañana para *tomar la sanjuanada* y ver el sol saliente y a su lado la rueda de Santa Catalina, ni me reuniré con los pretéritos pastores de Urbasa en el término de Ixipunta para saltar mientras contemplamos la salida del astro, tomaré parte, al menos, en un rito más fácil y más social.

Hay una capa densa de nubes bajas sobre San Donato. Desde el tejado de la ermita de San Juan, de Arbizu, cuelga un papelón o cartelón con el anagrama y símbolos de ETA. Varios mozuelos alrededor.

Están borrados los letreros con nombres castellanos en la carretera.

En la pared blanca de un cementerio, como si fuera la tapia de un barracón cualquiera, se lee *Presoak Euskalherrira*.

Se pone la tarde pesada y con morros de tormenta.

– Salgan por debajo del puente de la autopista, y luego por el camino de Aitziber.

De Aitziber, de la ermita de Aitziber, –que los libros la llaman Alcibar– guarda el viajero un nostálgico recuerdo desde que los últimos gentiles lo llevaron a verla y le contaron los últimos días del poblado desaparecido de Sarabe, y le mostraron las piedras que lanzaban sus antepasados desde Aitzaga, así como el espejo ante el que se peinaban sus abuelas, abierto en el farallón de Leyene.

Mientras la gente se congrega en el altillo de la ermita, sigo hasta el río que baja sereno entre riberas no del todo limpias, de las que surgen carrizos, fresnos, alisos, chopos. Hay una bella casona al otro lado, entre plátanos y otros grandes árboles. Y en los dos flancos, pequeños huertos. El camino viene y va entre plantas muy crecidas en esta primavera aguazona, entre zarzales en flor, fresnos y nogales.

Alrededor de la ermita de San Juan se derraman praderas segadas y trigales que comienzan a amarillecer.

Llega la comitiva, presidida por el alcalde y dos concejales, amenizada por un grupo de txistularis.

Está la gente un rato en la plazuela o atrio natural, con fresnos y plátanos, y luego entra en el santuario, llenos ya de mujeres y de algunos varones mayores los pocos bancos de madera que hay. Algunos jóvenes se quedan fuera.

Tiene la ermita planta rectangular alargada, paredes de sillarejo y cubierta de madera a dos aguas, con tijeras. Penetra la penúltima luz de la tarde por dos ventanas del muro sur y por otra del hastial. Pero es tan poca, que apenas se ve el retablillo barroco: una talla popular del Patrono, con el cordero y el libro, en la hornacilla, enmarcada por dos columnas salomónicas; todo adornado con enramadas de fresno.

Fue creencia extendida que las hierbas y ramas bendecidas por San Juan tenían la virtud de alejar las enfermedades, las tormentas y las brujas. Poderosamente eficaz era el *eguzki-lore* o cardo de San Juan, fijado luego en las puertas de las casas, pues las brujas se en-

tretenían contando las puntas de las hojas toda la noche, sin que les quedara tiempo para introducirse en la vivienda.

Una lámpara de butano hace posibles las lecturas de la misa, recitada y cantada en euskara y castellano. El primer banco lo ocupan unos chicos y chicas, que están todo el rato entrando y saliendo. Las autoridades, más formales, no se mueven del rústico banco de honor a la derecha del preste.

El párroco, en una breve y acertada homilía, nos recuerda que San Juan Bautista es el único santo, del que se celebra el día del nacimiento y de la muerte; que no por nada en cada casa había casi siempre una persona que se llamaba Juan. Una de las mozas vestida con el bonito traje del coro de canto y danza lee los textos bíblico-litúrgicos, y otras dos permanecen de pie a cada lado del altar. Van vestidas con túnica larga y capa, azul oscuras con bordes verdes, y corpiño de varios colores.

La cháchara en la ante-ermita es viva y varia, y el pan y el queso que nos reparten ayudan a reforzarla.

Un grupo de mozos han levantado una especie de meta de hierba seca –*belar onak* (hierbas buenas)– en torno a un palo hincado en el suelo. Y arde, crepita y lengüetea la hoguera de San Juan.

Luego el coro de chicas, cogidas de la mano, y haciendo corro, cantan con tonadilla arcaica y graciosa *(La, la, la, la, fa, fa, mi, fa, sol, sol, do, si, la, sol)* una cantata festiva de San Juan, *San Juanen Kantaita*:

*Egu bat egun honek San Juan dirudi*
*Ez de San Juan bañan hala alumbra bedi.*
*Guazen San Juanera gaur arrastsian*
*Etorriko gerala biar goizian.*
(Hoy parece el día de San Juan.
Pero no es San Juan hasta la alborada.

Vamos a San Juan hoy por la tarde
que vendremos mañana de madrugada.

*Guazen San Juanera berduratara*
*Berduratara eta han egotera (... )*
(Vamos a San Juan, a la enramada
y a quedarnos allí. Vamos de estada.

Junto a la fuente del santo hay siete fuentes de caño de oro; la octava de metal blanco. En la fuente el agua es verde y hay pequeñas y frescas truchas.

*Lemizko eskuak eta gero musua.*
*San Juango iturriaren freskua.*
(Primero las manos y luego la cara.
Qué fresca de la fuente de San Juan es el agua.

Es primo de Jesucristo el padre San Juan Bautista. Los ángeles andan bailando, baila que baila, bailando por el gozo de San Juan.

*San Juan garagarrilian*
*Denbora galantian:*
*Maizik eta garik ez dagonian*
*etxian.*
(San Juan, por junio, en tiempo lucido:
cuando no hay en casa ni maíz ni trigo)

Una de las chicas del coro me envía el texto escrito a mano.

La cosa es que hace muchos años don Resurrección Mª de Azkue recogió once versos de labios de la anciana ciega, María Martina Goikoetxea, y los incluyó en *su* Cancionero Popular Vasco.

José Mª Satrústegui consiguió en 1966 de Lucía Zufiaurre, que había conocido bien a Martina, una versión más completa, de ventiocho versos, que publicó y glosó cinco años más tarde, con transcripción musical de P. Ondarra y F. Arrarás. Yo he versificado un poco la versión castellana.

Tal vez se trate de un fragmento o de fragmentos, resultado de varias refundiciones, ya que los temas son varios y la métrica tampoco es uniforme.

La fiesta, como se ve, se prolongaba hasta la madrugada. A partir de la doce de la noche las mujeres conjuraban los trigales. Cesaban los repiques de campanas. Cualquier gallina cogida a esa hora era buena para empollar y un huevo vaciado sobre un vaso de agua perfilaba la silueta de barcos misteriosos, El agua de las fuentes y del rocío se volvía medicinal hasta que era neutralizada por el sol. Alrededor de la ermita de Urdiain quedan aún tres fuentes.

El camino que lleva a la ermita estaba entonces alfombrado de helechos, y las paredes y alrededores de la misma adornados con ramajes de fresno. También de las anillas de hierro junto a las puerta de las casas colgaban las enramadas de San Juan.

El coro de chicas ha añadido a los versos de la Cantata un verso más extraño todavía

*Orai arte belar, hemendik aurrera gari!*
(Hasta ahora, hierba; de aquí en adelante, trigo)

Era la fórmula del conjuro de las mujeres, cuando salían a recorrer los trigales la noche mágica de San Juan.

Vuelvo a visitar el viejo-hermoso Urdiain, pausadamente. Aún no ha vuelto la gente de la romería, que vuelve a su aire, y está el pueblo tranquilo y silencioso. Más bello que nunca: bajo el bosque bravío de la sierra de Urbasa. Las orondas casonas remozadas entre geranios, parrales, plátanos, cipreses, nogales, y muchas rosas. Voy viendo las puertas gemelas, los palomares, las cerraduras y aldabas que dibujó Julio Caro en 1966. Y miro también las vacías anillas de hierro junto a las puertas!

Pego la hebra con un paisano que vive frente al nº 18 de la

*Goienkale*, que acabo de ad-mirar, y me dice que sí, que antes se encendía una hoguera, a la vuelta de la ermita, junto a la Venta, y otra también junto a la puerta de la iglesia. Pero que ya hace años no se hace.

– Qué bonito tienen el pueblo.

– Lo cuidamos un poco.

También Iturmendi y Bacaicoa están silenciosos, sin gente en la calle. Caen goteando unas gotas, y la tarde se ha puesto desapacible.

– ¿Aquí no hay hogueras?

– Aquí no –dice, medio sorprendido, el paisano.

Donde hay gente es en Arbizu, en víspera de fiestas, que parecen habér atraido a casi todos los habitantes del Valle. Gente y pintadas. Pintadas hasta en los sillares de la iglesia: *Euskal Presoak*, *borrokan*. Y letreros y pintadas en el balcón de la Casa consistorial, en la base del kiosko, y aquí y allí: *Gora ETa– Jaiak bai*, *borroka era bai*. Banderitas con las figuras de los presos etarras. Igual que en años anteriores. Peor.

Delante de cada casa, en la calle Mayor, comienzan a arder las hogueras en los montones hechos con leña, sarmientos, papeles, cajas de madera, flores secas... Baja la fanfarria tras la mocina, que va saltando, entre grandes gritos, bromas y carcajadas, una hoguera tras otra. Mucho público en las dos aceras. La fanfarria sigue en su movido pasacalles hacia la carretera, y la noche acaba de tomar el pueblo.

Lo que se ve y se oye en el bar en el que entra el viajero da ganas de echar a correr.

Y eso es lo que hace.

# ANDANDO POR LARRAUN

Cuesta poco ahora, la verdad, con la autovía de las montañas, plantarse a la entrada de Arruitz, nombre pedregoso de un delicioso lugar del Valle de Larraun, con un centenar de habitantes, donde no vemos un alma. Seguramente que a estas horas en el caserío Perukernea, en Parteaga, entre manzanos, arándanos y colmenas, convertido en hotel rural de moda habrá más movimiento.

El camino rural que sale del poblado se interna entre prados de pastos y pasa junto a un activa granja de vacas. Es rectilíneo y cómodo para la andada, y la tarde de junio pone el marco incomparable. Buen sitio para distinguir bien entre las angélicas y las milhojas o milenramas, que gallean, junto con las pequeñas malvas, entre las altas ortigas de los bordes. Pero más que las flores nos llama ahora la atención una colonia de buitres que revuelan en grandes bandadas por sobre los robledales próximos. Al principio llegamos a pensar que algo esperan del rebaño que pasta en la pequeña hondonada, extendida en forma de cubeta a nuestra derecha, pero los animales parecen sanos e insensibles a la presencia de inminentes enemigos, ahora que tantas historias se cuentan de los numerosos buitres hambrientos que pueblan nuestro espacio y atacan a presas mucho más fuertes que las simples ovejas.

El camino rural llega hasta la carretera que va hacia Beruete, Aldatz y Etxarri y se interna en un claro y alto robledal, encharcado parcialmente por las lluvias recientes. Los muchos tocones de la zona nos recuerdan que todo este valle de Larraun fue sobreexplotado en el siglo XVIII en razón de las necesidades de la Armada española, y que todavía a mediados del siglo XIX continuaba la repoblación. Hoy, cuando la madera de nuestros bosques no vale nada, por la importación masiva de madera mucho más barata del norte y del este de Europa, el recuerdo no parece tan negativo.

Andando andando, llegamos hasta una vieja ermita abandonada, vacía y acosada por el matorral, con el espacio sacro bien separado del espacio adjunto, que tal vez fue la casa del ermitaño. Pero los libros sobre ermitas de Navarra no dicen nada al respecto, ni hablando de Aldatz ni de Arruitz. ¿O es ésta la ermita de Santa Cruz, de Etxarri, que está en la muga de los tres pueblos? A unos metros, han levantado un depósito de aguas.

Un sendero bordea por el norte el corto robledal, lleno también de charcos y de ramas partidas seguramente por los vendavales de marzo y abril. Entrevemos por entre el espeso arbolado y al socaire del monte Arrizubi la torre de la iglesita de San Miguel, de Etxarri, y a su derecha, la ermita de Santa Lucía, adosada al camposanto de Aldatz.

A la vuelta, los buitres que se han cansado de volar han tomado posiciones. Son casi un centenar disperdigados en una pieza recién labrada o posados en numerosos robles erguidos a lo largo de la repisa que culmina la hondonada. Más allá divisamos otra granja, y es posible que los vultúridos aguarden la hora de la cena cerca de las dos instalaciones.

Tomamos la carretera de Beruete. Atravesamos Aldatz, que tantas veces ha visitado el viajero. Todos aquellos chalés que estaban construyendo a la entrada del pueblo ya están construidos y bien construidos; aquéllos y algunos más. Por una carretera que sube, dejamos Larraun y entramos en el oficialmente boscoso Valle de Basaburua Mayor, entre una selva umbrosa y misteriosa de robledales y hayedos, y, tras seis kilómetros de ruta, bajamos a Beruete, derramado entre grandes casonas antiguas y más recientes, entreveradas de

huertas, en el amplio circo natural abierto bajo una de las estribaciones del Arnaitza. Más arriba de la iglesia, con una torrecilla cuadrada barroca, han levantado unas villas de lujo. Y ahí sigue estando la enorme casa consistorial y la famosa posada donde siempre acabábamos en aquellos tiempos.

Desde Beruete descendemos hacia Jaunsarats, un puñado de viviendas sueltas y de servicios en torno a la carretera, para una treintena de personas en sólo 1 35 Km. cuadrados de superficie. Pueblo un día de carboneros, sus niños iban hasta la escuela de Beruete, a cuatro kilómetros de distancia.

Volvemos a Pamplona por Ultzama, siguiendo a contracorriente los primeros pasos de uno de los afluentes del río Artius, que pronto recibe el nombre demasiado oficial de Basaburúa, camino del Larraun, donde encuentra su descanso.

# ALAVESES EN LA BATALLA DE NOAIN

El intento del rey de Aragón y Navarra, Alfonso el Batallador, por reintegrar la Rioja Alta a la esfera pamplonesa originó la hostilidad entre la casa de Haro (desplazada de la Rioja Alta y después de Vizcaya) y los reyes de Pamplona, denominados reyes de Navarra desde 1162.

Muerto el Batallador, en 1134, Castilla recuperó la situación de 1076 y los reyes de Pamplona se convirtieron en vasallos de los castellanos. La ruptura del vasallaje, al invadir el rey navarro, el año 1162 y siguientes, territorios riojanos y vascongados, abrió un hosco período de confrontación ente los dos reinos soberanos de Navarra y Castilla, los únicos soberanos que se disputaban territorios fronterizos. El tratado de paz, de 15 de abril de 1179, entre Alfonso VIII de Castilla y Sancho VI de Navarra, trazó una frontera provisional: casi toda Vizcaya quedó dentro de Castilla, mientras Navarra retenía Álava, Guipúzcoa y el Duranguesado.

Después de numerosas peripecias, amenazas, alianzas con unos y con otros, sin excluir las de nuestro rey Sancho el Fuerte con los al-

mohades, la invasión de Navarra por los reyes de Aragón y Castilla en 1198 supuso la denuncia del tratado de paz anterior y la reivindicación por los castellanos de todas las tierras vascongadas. Las tropas de Alfonso VIII iniciaron el cerco de Vitoria el 5 de junio de 1199. El rey navarro partió en vano a pedir ayuda a los almohades, y tuvo que entregar la ciudad al monarca rival. La capital alavesa se rindió a comienzos del año 1200.

Junto con Vitoria, el resto del territorio vascongado había pasado, antes incluso y con facilidad, no a sangre y fuego, a manos del rey Alfonso VIII. *Se rendieron sin constreyta al dicho rey de Castilla*, escribe Garci López de Roncesvalles. Muy probablemente la nobleza vascongada y la población lugareña se inclinaron hacia la soberanía castellana por disconformidad con las reformas llevadas a cabo por los reyes navarros, que mermaban los poderes locales: v.g., el proceso de urbanización y el nombramiento de tenentes navarros en las fortalezas. Desde entonces la familia de los Haro ejerció el señorío jurisdiccional sobre Vizcaya. Sobre Álava y Guipúzcoa lo ejerció el rey de Castilla a través de sus Adelantados.

El monarca castellano devolvió más tarde a Navarra sólo algún pequeño territorio y algunos castillos. Y fueron escasos los intentos de los soberanos navarros por recuperar Álava y Guipúzcoa, ya por vía matrimonial (1234), ya por las armas (1368). Pero, aun en el primer caso, Fernando III de Castilla se negó a ceder Álava a Teobaldo I de Navarra. No podría hacerlo *sine nostrorum magno scandalo vasallorum* (sin gran escándalo de nuestros vasallos), lo que muestra el enfrentamiento de la nobleza alavesa con la monarquía navarra y su propensión hacia la castellana.

En guerra contra el infante de Aragón, Juan II, rey consorte de Navarra desde 1425, y enfrentado con su hijo Carlos, Príncipe de Viana, desde 1451, guipuzcoanos, vizcaínos y alaveses entraron varias veces en Navarra llevando a cabo muchas talas, quemas y robos de toda especie.

En 1476, con ocasión del asedio a las villas navarras por tropas francesas, acudieron guipuzcoanos, alaveses, vizcaínos, asturianos y de las demás tierras de Burgos hasta al mar, al socorro de los que en

las villas de San Sebastián, Fuenterrabía y en otras partes de la frontera estaban en los presidios.

Según las *Actas de las Juntas Generales Alavesas*, que ha estudiado bien el historiador tafallés Ricardo Cierbide, los notables de las tierras de Álava, aun con reticencias y desacuerdos puntuales, casi siempre por cuestión de sueldos y deudas, secundaron, desde 1503, la movilización general ordenada por Fernando el Católico, como le habían secundado en la conquista de Granada. Pusieron a su disposición peones y ballesteros, besaron la mano del duque de Alba cuando llegó a Vitoria camino de Pamplona, y 2000 soldados alaveses, junto a los 3000 guipuzcoanos, formando parte de la vanguardia del ejército castellano, entraron triunfales en la capital navarra, el 24 de julio de 1512, detrás del condestable navarro Luis de Beaumont y de Antonio de Acuña, obispo de Zamora.

Las Juntas Generales de Álava suplicaron entonces al Católico el *honor* de participar como protagonistas en la toma del castillo de Estella, último baluarte de la resistencia navarra. El rey aragonés condescendió muy complacido con tan *marciales deseos*. El 27 de octubre de ese año, la Junta reunida en Vitoria decidió reclutar *así padres como hijos*, bajo pena de muerte, para que acudieran a la toma del castillo de Estella, y distribuyó 100 espingardas, 200 picas, y 300 coseletes.

A mediados de noviembre hubo alarde general en tierras alavesas para acudir a la muga de Navarra y ponerse a las órdenes de Juan de Silva, capitán general de las tropas castellanas, ante el intento del rey Juan de Albret por reconquistar el reino. Fracasado el empeño, se licenció a los reclutados alaveses, pese a las protestas del capitán general. Veinte días más tarde, las Juntas Generales pusieron 2000 peones al servicio de Juan de Silva, y se concentraron en Salvatierra, prestos a entrar en Navarra. No hubo ocasión. Pero, cuatro años después, el 9 de marzo de 1516, tras la nueva intentona del rey navarro, 1000 soldados alaveses marcharon de Salvatierra hacia Navarra.

El mismo día, 9 de abril de 1521, en que se libraba la decisiva batalla contra el comunero alavés Pedro López de Ayala, conde de Salvatierra, el nuevo virrey de Navarra, conde de Miranda, solicitaba a las Juntas Generales de Álava el envío de 2.000 hombres. Parecía inminente una nueva invasión de Navarra por franceses, gascones y partidarios navarros de Enrique de Albret. El ejército francés fue mucho más allá.

André de Foix, señor de Asparros, tuvo que levantar, como es bien sabido, el disparatado asedio de Logroño ante la llegada del ejército mandado por el duque de Nájera, compuesto por soldados de Castilla, entre los que se encontraban 2.000 alaveses, al mando del diputado general Martínez de Álava, y otros tantos guipuzcoanos, entre los que estaba Martín de Loyola, hermano de Íñigo que fue herido poco antes defendiendo la fortaleza de Pamplona. Pero de estos lances y de la misma batalla de Noain ya he escrito otras veces.

Algunos autores, que parecen escribir más como nacionalistas vascos de hoy que como historiadores de ese tiempo, se empeñan en llamar *ejército navarro*, *los navarros*, o, a lo sumo, *los navarro-gascones*, al ejército llegado desde Francia, mandado por André de Foix, noble de la corte francesa, llamado por el rey Francisco I. Eran sus lugartenientes el señor de Sainte Colomme, alcalde de Bayona; el señor de Tournon y el obispo de Couserans, Charles de Gramont Su ejército, de 12.000 hombres, estaba compuesto por más de 6.000 gascones (de la Gascuña-Guyena, de la que Foix era gobernador), por bearneses, franceses, navarros de Ultrapuertos, navarros de la Navarra bajo el dominio del emperador, etc. *Ejército francés* y *franceses* los llaman el mejor historiador de estos sucesos, Prosper Boissonade, y la gran mayoría de historiadores. Los guías y acompañantes de los caballeros agramonteses derrotados, que dejaron testimonio escrito, hablan siempre de *los franceses*.

Hasta Bordenave, autor de una temprana *Histoire de Béarn et de Navarre,* nos dice que ofendió a muchos navarros que Foix, conver-

tido en virrey de Navarra, exhibiera las armas reales de Francia *(les armoiries de France)* y no las del Reino navarro, molestos de que, salidos del dominio castellano, comenzase el dominio francés. Un noble *legitimista* navarro, como Luxa, que no ocupaba mando alguno en el ejército francés, hizo correr el rumor de que la guerra se hacía a favor del rey de Francia y no del de Navarra *(non pas de celuy de Navarre)*, y que si se apoderaban del País, no se hablaría del rey Enrique sino de los franceses *(on n auroit plus parler d Henry, ains des Français)*.

Esos mismos historiadores llaman *castellano* al ejército vencedor –algunos agramonteses lo llamaron *el ejército de Spania* o *los españoles*–, sin especificar casi nunca que entre los 30.000 mílites que lo formaban había al menos 7.000 entre vizcaínos, guipuzcoanos –la vanguardia en la batalla de Noain– y alaveses: *siete mil hombres de a pie, de muy buena talla*, escribe el cronista Sandoval. No sabemos la proporción de navarros en uno u otro frente. Pero es difícil de entender que en principio se califique de navarros a los Bértiz, Jaso, Vélaz, Remírez de Baquedano o Garro, todos ellos cabecillas agramonteses, y no a los Beaumont, Armendáriz, Ursúa, Arbizu o Góngora, de la facción beamontesa. Los primeros son para estos pintorescos autores los *leales a la causa de la independencia del Reino*, los *leales a la causa navarra*, los *fieles al Reino* o *fieles a Navarra*. Los segundos, en cambio, son los *renegados navarros que apoyaron la causa imperial*, y de la peor calaña: delatores, vengativos, intolerantes, intransigentes, serviles... ¿Para qué seguir? No son términos de escritura histórica sino de guión de propaganda sectaria.

Todavía las Juntas Generales de Álava siguieron enviando hombres, acémilas, bueyes, y fanegas de trigo y cebada, a la plaza fuerte de Pamplona, a San Sebastián y Fuenterrabía.

# EN BIDARRAY

En la frontera con Baztán, encomienda un día de Roncesvalles, y después tierra de colonización, Bidarray es uno de los más bellos *refugios* de vida y de belleza de Ultrapuertos. De San Martín de Arrosa a Bidarray la carretera se abre paso siguiendo el curso variado del río Nive *(la Nive, Errobi)*. La línea electrificada del tren tiene más en cuenta los relieves orográficos, sin descuidar tampoco algunos excesos fluviales que le hacen quebrar su preferida recta geométrica.

Se ve de lejos la iglesia y las casas cimeras de Bidarray. Unas cuantas viviendas se agrupan antes de llegar al puente, puente Noblia, llamado, como tantos otros, *Pont d Enfer o Infernukozubia* (puente del infierno), o *de las Lamias*. Tiene cinco ojos, los cuatro laterales ojivales y el central mucho más ancho y de medio punto. Fue construido en el siglo XIV y reconstruido en el XX. Cuentan que Satanás, incapaz de aprender el vascuence, se arrojó desesperado al agua un día en que el río nival bajaba turbulento. Muy cerca se funde en el Nive el breve y a veces bravo riachuelo Baztán o Bastán (Ixuri), compuesto por los barrancos baztaneses Aritzacun y Urrizate, que salen con fuerza de las entrañas de los macizos fronterizos Lizarzu, Gorramendi e Iparla. La piscifactoría no viene de tan lejos.

Ya al otro lado del cauce, avanzamos frente a un holgado y esplendoroso circo de montañas. Al borde de la carretera que sube al pueblo, saltean caserías ajardinadas, con todo género de árboles y plantas ornamentales, entre los que sobresalen fresnos y retamas.

El núcleo de Bidarray se expande sobre una mesetilla-mirador. Al comienzo de la misma, un pequeño refugio de la asociación Auñamendi, y de nombre Etchezarria. Seguidamente varios restaurantes y bares, propios de un sitio turístico, y paneles públicos sobre viajes, rutas y excursiones.

Un poco más adelante, el rebote largo, con gradas de piedra a cada flanco. Hacia el norte, a la derecha del valle del Nive, se ven campos verdes, casas blancas y algunas cotas como la del Adarre (586). Al nordeste, la cadena montesa que culmina en las cuarzitas erizadas del Baigura (897 m.), dominador de todo el valle de Osés. Hacia el sur, algunos caseríos altos en las haldas de montes, entre los que resaltan el Larla (700 m.) a un lado, y las crestas baztanesas-baigorrianas del Iparla (1044 m.) al otro. Por el oeste, el mítico Artzamendi (926 m.), rico en menhires y cromlechs, cercano a las rosadas Peñas de Itsusi, seis espolones geológicos sobre el valle de Aritzacun, predilectos de los buitres.

Hace años me llevaron a ver la famosa y no muy lejana gruta del "santo que suda" *(le saint qui sue)*, o del "santo de la cueva" –*harpeko saindua*–, bajo los roquedos de Zelaiburu, en los bajos del Artzamendi, lugar de ritos semi cristianos semi paganos, abundantes en toda la cornisa pirenaica. Es una oquedad cavada en la roca, con 10 metros de profundidad. En un rincón del antro una escalera de piedras resbaladizas conduce a un nicho en cuyo fondo se alza una extraña estalactita de un metro de altura, con cierto parecido a un ser humano petrificado y sin brazos.

Desde tiempo inmemorial acudieron allá las gentes para liberarse de enfermedades de la piel. En tiempos modernos frotaban la piedra húmeda con un pañuelo y lo aplicaban a la parte enferma. Mu-

chos de los curados o de los que esperaban curarse iban dejando, agradecidos o confiados, sus ex-votos, rosarios, medallas, pañuelos, cirios, marcas e inscripciones en la roca. El párroco de Bidarray solía retirar de cuando en cuando todos aquellos signos de deviocionería o de magia. Diz que el omnipresente y omniforme genio de *Mari* se apareció también allí en alguna de sus formas de animal salvaje.

En uno de los caseríos vecinos estaba entonces aún viva la leyenda de una joven pastora, de nombre María, que una tarde no volvió a la hora de recoger el rebaño. Salieron a buscarla los hombres de la casa, después toda la familia, pero en vano. A la mañana siguiente una estrella se precipitó sobre la montaña junto a la entrada de una cueva. Acudieron todos allá y encontraron al fondo de la gruta una extraña estatua: era una joven mujer petrificada. Desde entonces aquel sitio se llamó *la cueva de la santa*, y a la santa la llamaron "la santa que lloraba" *(la sainte qui pleurait).*

Antes de que los segundones *(cadets)* de Osés ocupasen las tierras de la actual Bidarray e instalasen allí sus bordas hasta que les fuesen cedidos los terrenos en 1665, el nombre de Bidarray (¿camino espinoso?) era el de una encomienda de la Colegiata de Roncesvalles. Sobre cuál fuese ese camino, si el que partía del barrio de Exave y del valle de Osés o, más bien, el que llegaba de Baigorry y Urdos, no coinciden los expertos.

Desde el siglo XIII la iglesia o capilla de la encomienda de Bidarray, en el camino a Compostela que atraviesa el Baztán, figuraba entre las dependencias de la Colegiata navarra.

Tras la conversión a la Reforma de la reina de Navarra Juana de Albret y durante las guerras de religión en Francia las encomiendas de Roncesvalles en ese país sufrieron serios reveses, con múltiples confiscaciones, impagos de censos, procesos prolongados, etc. Todavía en 1603, muchos años después de que Enrique IV, hijo de Juana, convertido ya al catolicismo, reinara en París, la encomienda de Bidarray aún no entregaba a los canónigos navarros más que 16 de los

300 ducados de la renta anterior. Hubo que esperar diez para que le fueran devueltos a la encomienda los bienes sustraídos. Eran en total: una casa, una iglesia, un molino, 57 peonadas de prados, 32 robadas de cultivo, 4.000 pies de manzanos, una palomera, 50 castaños y 13 nogales.

El 1712, una permuta de bienes convenida entre la diócesis de Bayona y la Colegiata terminó con una situación insostenible. La diócesis francesa se hizo cargo de las encomiendas así como del resto de propiedades de Roncesvalles en tierras galas, mientras el santuario navarro recibía las cuartas decimales de los arciprestazgos de Fuenterrabía, Cinco Villas, Santesteban de Lerín y Baztán, pertenecientes hasta 1567 a la diócesis bayonense, más un abono ulterior compensatorio de 13.750 libras (unos 23. 000 reales).

En la linda plaza de la iglesia hay un restaurante y unas casas elegantes, típicas del País, con puertas y ventanas pintadas de almagre y verde oscuro. Un corro unánime de plátanos entrelazan sus ramas en una danza solar y estática.

La iglesia de Notre-Dame de Bidarray es única en Ultrapuertos. Cerrada a estas horas, no puedo volver a ver sus típicas tribunas vascas, o las armas de Roncesvalles sobre el pavimento, pero lo más valiosamente artístico del templo está en el exterior. En su origen la iglesita o capilla de la encomienda debió de ser un edificio sencillo, bien proporcionado, más corto y más bajo que el de hoy, hecho con buen aparejo. Fue muy retocado a comienzos del siglo XVII y sobre todo a finales del XIX: elevado en una planta y ampliado, además de añadirle el pórtico y la torrecilla labortina. El ábside de tres arcos, capiteles decorados y cornisa con modillones; el portal de medio punto, y la parte inferior del lado oriental de la nave…, todo ello de arenisca rojisca, redorada por un sol de ocho siglos, son los elementos románicos más característicos, igualmente muy restaurados.

Alrededor de la iglesia se reparte el camposanto, en su hundido silencio: un jardín vivo y no un corral, de muertos, con muchas

flores, una palmera china y varias estelas discoideas antiguas y modernas.

Prosigo mi andada por medio de Bidarray, entre algunas casonas del siglo XVIII, como Elizaldea, ricamente ajardinadas. Los plataneros son los árboles más comunes aquí y los rosales rubrican casi todas las mansiones. Aquí nacieron los poetas euskaldunes *Oxalde* (Joanes Etchetchuri) (1814—1897), aduanero de Bidarray, el autor del *Iruñeko feirietan* (En las ferias de Pamplona), y *Oxobi* (Jules Moulier) (1888-1958), traductor al vascuence de las fábulas de La Fontaine.

Las excesivas escuelas municipales, en el extremo oriental del caserío, con grandes ventanales y galerías para acoger el buen sol de la tarde, sirven al mismo tiempo, según me dice una señora, para acomodar unos apartamentos durante el verano, y por lo visto un comedor común, según la lista de comidas que veo fijada en una de las puertas del casón. En un rincón sin salida, en la parte posterior de las Escuelas, hay un enigmático *Betaniako Arkadia* (La Arcadia de Betania), que sugiere una morada recoleta y espiritual.

Hacia el norte de la meseta, más extendida en este punto, parte un corto camino que lleva a un grupo de villas recientes, muy cercanas a un prado, donde pastan, ajenas a cualquier afán turístico o de cualquier otro género, unas vacas pirenaicas. Nada más sosegador para tantos visitantes apresurados que ver pacer imperturbables a estos grandes y blandos animales, que parecen asegurar la estabilidad y la tradición del mundo.

Al salir de Bidarray vemos casualmente un pequeño indicador: Baigorri. Tomamos por un carretil, que resulta ameno y cómodo y avanza zigzagueante en medio de una espesa vegetación de fresnos, avellanos, retamas floridas, campánulas, ranúnculos… De vez en cuando un regatillo, alguna granja, algún caserío. Hasta que llegamos, contentos como los antiguos peregrinos, a Urdos (Urdose Bastida) y luego a Baigorry.

# EL CULTO-JUEGO DEL TORO EN NAVARRA

Paso bajo el balcón de la Estafeta, desde donde ví el último encierro, y recuerdo agradecido a la dueña, ya fallecida, que nos dio acceso a la casa y un sitio en el balcón del segundo piso.

Este año he visto, desde lejos, pero *todo el encierro* de cerca, gracias a ese prodigioso presenciador que es la pantalla de televisión, y, como a la vez estaba leyendo el último libro de Josetxo Beriain sobre la identidad colectiva de vascos y navarros, me he ido muy allá, hasta el *homo antecessor* de Atapuerca, para volver, a lomos de toros míticos, hacia hoy mismo, a los Sanfermines y otros ritos taurinos o vaquerizos (¡váquicos!), que hacen las delicias de nuestro pueblo en fiestas.

El toro, como mitologema principal o secundario de los mitos de origen, de fecundidad, de creación o recreación, se pierde, literalmente, en el alba de los tiempos. El toro es uno de los animales que aparece en las cuevas paleolíticas, y de él hay que decir lo que ya en uno de mis anteriores artículos dije sobre la caza y los cazadores primitivos.

Al dios indio Indra, el más popular de los dioses védicos, dios de la fertilidad y de las tormentas, se le compara a menudo con un to-

ro; lo mismo que a su réplica irania Verethragna. Toro se llama la divinidad pre-aria Rudva. En su forma táurica la divinidad genética celeste se unió a una diosa vaca, de proporciones cósmicas, que procrea y vivifica todo en una extensa área afroeuroasiática. Los "juegos taurinos" que hoy se conservan en el Dekkan y en el sur de la India existían ya en la India prevédica.

El toro y el rayo fueron muy pronto (tercer milenio antes de Cristo) los símbolos conjugados de las divinidades atmosféricas. Dioses símbolos de la tormenta y del poder. En todo ese área abundan las imágenes taurinas, y un mismo origen común tienen los términos semitas y grecolatinos que significan *toro*.

Pero ya en Anatolia, en las culturas que precedieron a la precerámica de Jericó (desde 7.000 años antes de Cristo), la principal divinidad representada en figurillas de piedra y arcilla es la Diosa Madre, mujer joven que da a luz un niño o un toro. La divinidad masculina, a veces en forma de varón barbado, aparece a lomos de un toro. Cabezas de este animal o tiaras de cuernos –epifanías del dios– están representadas en los muros, y a menudo se combinan los pechos femeninos y el cuerno del toro, símbolos de la fecundidad y de la vida.

En la *Epopeya de Gilgamesh*, creación grandiosa de la religiosidad acádica –mediados del tercer milenio–, el toro ocupa un primer plano. En el panteón de los cananeos, que ocupan Palestina antes del año 3.000, al dios personal *El* se le aplica, entre otros apelativos –Poderoso, Rey, Padre de los dioses y de los hombres ...–, el de Toro, y Toro compasivo, y en una estela del siglo XIV antes de Cristo se le representa en el trono, con barba, vestido de larga túnica y con tiara coronada de cuernos. Asimismo Baal/Hadad, hijo de *Él* pero pronto su contrincante, es dios de las tormentas y de la fecundidad y toma forma de toro cósmico; sus profetas le ofrecen novillos y a ellos se enfrenta el profeta Elías en el *I Libro de los Reyes*. En Egipto, el dios Min, prototipo del dios Amonón, era calificado también de *toro de su madre* y *gran toro*.

Relacionados igualmente con el culto de la Gran Madre (la Luna) están ya en el neolítico los ídolos de tipo taúrico en toda Mesopotamia, y toros se llaman sus dioses lunares: desde tiempos remotos se han comparado los cuernos del animal a los cuartos creciente y menguante de la luna.

El supremo dios del panteón griego histórico, Zeus, de origen cretense, dios del rayo, del trueno y de la tormenta, raptó a Europa en forma de toro, y, de igual modo, se unió a Antíope, y hasta intentó violar a su hermana Deméter.

En Cnossos, residencia de la dinastía minoica y capital antigua de Creta, la Diosa Madre, Señora de las Montañas y de las Fieras, era el centro de la actividad religiosa, ya a comienzos del minóico medio (2100-1990 antes de Cristo). El palacio real era un recinto sagrado, santuario de la divina patrona. Las corridas sagradas de toros, que no se sacrificaban, se celebraban en las explanadas palacianas, con graderíos. Saltar por encima del toro a la carrera era la prueba iniciática por excelencia. El omnipresente objeto cultural cretense llamado *cuernos de consagración* representa tal vez la testuz esbelta del bóvido, y los cuernos servían posiblemente para consagrar todos los objetos que había dentro del espacio.

En el museo de Candía podemos hoy admirar escenas de tauromaquia, extraídas de los muros estucados del viejo palacio: figuras estilizadas –pintadas al temple, en colores finos y claros– de jóvenes de ambos sexos saltando por delante, por detrás y por el costado de un enorme toro en actitud de embestir, con la cabeza inclinada y el rabo enhiesto.

Reducir al toro enfurecido de Creta que, surgido de las aguas, hace estragos, constituye el séptimo de los trabajos de Hércules. El toro simboliza, además, en la mitología y en el arte griegos no sólo a Zeus, como hemos visto, sino al dios río (Aqueloo), otra de las grandes fuerzas de la naturaleza.

Dicen que lo encontraron en unas obras de la calle Navarrería, en el subsuelo, que un día fue pavimento de una casa romana de Pompaelo. Lo llevaron después al Museo de Navarra.

El fragmento polícromo de mosaico, del siglo II de nuestra era, representa la conocidísima lucha mítica de Teseo, rey de Atenas, que sujeta al Minotauro –monstruo de cuerpo humano y cabeza de toro– por uno de sus cuernos y alza contra él su brazo derecho, en cuya mano tendría una maza, que no se ve. Parece la parte central del mosaico, donde estaría figurado el famoso laberinto de Creta, construido por Dédalo por orden de Minos, rey de Creta.

No faltan analogías entre la religión cretense, no muy bien conocida, con las religiones orientales mistéricas de la época helenista, de fondo agrícola arcaico, muy populares en Roma. Así en los sangrientos y crueles cultos de la Magna Mater-Cibeles y Attis (su hijo, amante y víctima), el neófito quedaba consagrado con la sangre de un toro o carnero *(taurobolium* o *criobolium)* y se le prometía la inmortalidad. Desde un sacrificio inicial se pasó a un ritual de purificación, y, en el siglo IV a un *bautismo de sangre* de carácter fundamentalmente privado.

En los recientes hallazgos arqueológicos en la villa romana Las Musas, de Arellano, dirigidos por M. A. Mezquíriz, apareció un pequeño santuario doméstico –siglos III-V p. C.–, destinado al taurobolio, ejemplar verdaderamente excepcional en toda Eurasia. Junto a él se descubrieron varias cabezas de toro, incisas en piedra o en relieve y muchas monedas del siglo IV.

Mayor influencia y extensión alcanzaron en todo el Imperio Romano los Misterios de Mitra, muy combatidos por los teólogos y escritores cristianos. Dios solar de los antiguos indios, de los hititas, de los escitas, y de los iranios en general, Mitra busca y rapta el *toro primordial*, creado por el dios supremo Ahura-Mazda.

Cargado sobre su hombro, lo trae hasta la caverna para el sacri-

ficio. Centenares de relieves, encontrados en Europa, África y Asia, lo perpetúan: volviendo, como con desagrado, la cabeza, sujeta el dios con una mano los ollares del animal y con la otra le hunde el cuchillo en el flanco:

*Del cuerpo de la víctima moribunda* –dice uno de los textos sacros– *nacieron todas las hierbas y plantas saludables (…) De su médula espinal germinó el trigo que da el pan, y de su sangre la vida que produce el licor sagrado de los misterios.*

El fondo arcaico y agrario es evidente. Según la antigua creencia irania, el sacrificio del toro era el principio de toda cosmología: su muerte es el origen de toda vida. Esta primitiva escatología fue orientada después místicamente hacia el cielo: el alma del toro sube por las regiones celestes y así su destino mortal adquiere un valor prototípico para quienes participan en el sacrificio cruento, que tanto aborreció el profeta Zaratustra. De ahí que en algunos textos y en algunos relieves aparezca el sol arrodillado ante Mitra, o le estreche la mano o compartan los dos la carne del toro, y hasta suban ambos al cielo.

Fue el mitraismo, con su *bautismo* iniciático, su banquete ritual (pan y vino), y su fe en la resurrección de los muertos, la religión secreta de muchos soldados romanos, que con ellos la llevaron por mar y por tierra.

Cientos de mitreos, grutas o cuevas del culto a Mitra, se han encontrado en Roma y alrededores, así como en otras partes del Imperio.

Hace muchos años que, entre nosotros, se preguntaba José Esteban Uranga si algunas aras con cabezas de toro halladas en términos de Sos del Rey Católico no tendrían que ver con cultos mitráicos. Especialmente una, que ostenta la cabeza de toro en relieve, con sus cuernos en forma de media luna, bajo dos discos astrales y sobre un ara, en la que se ve un cuchillo o puñal; debajo, una figura humana,

con traje talar, sostiene en la mano una vasija esférica con cuello alargado; a la derecha, un mazo sacrificial o hacha. Dos sillares con cabezas de toro, empotrados en un corral de Los Bañales (Uncastillo), llevan igualmente una cabeza de bóvido.

Es, como se sabe, una zona muy romanizada, que conserva restos de poblaciones y vías romanas, lápidas y aras con inscripciones, miliarios, columnas, sepulcros, etc. En un torreón medieval de Sofuentes (término de Sos), construido con sillares romanos, se encontraron relieves escultóricos de tema mistérico, como el gorro frigio anatólico, propio de Mitra y de Cibeles.

Todo ello nos hace pensar si las aras y lápidas con relieves de toscas cabezas de toro, encontradas en Ujué, Aibar, Eslava, Artajona, Iruñuela y Gastiain, y otras, ya desaparecidas, halladas en Ibero y Oteiza de la Solana, así como en los vecinos poblados alaveses de Contrasta, Laguardia y Ocáriz, no tendrán algo que ver con las de la muga aragonesa, tan unidas a ellas por una intensa romanización.

El historiador aragonés Francisco Marco, que ha estudiado bien estos hallazgos, se inclina, sobre todo tras conocer los de Arellano, por relacionar este conjunto de monumentos navarro-aragoneses con el ritual taurobólico dentro del culto a la Magna Mater Cibeles, testimoniado en varias partes de Hispania, en la vecina Aquitania y en el África Proconsular, especialmente en familias aristocráticas romanas, defensoras de valores religiosos tradicionales en el siglo IV.

Pero en Roma y en todo el Imperio Romano no sólo había iniciados y devotos de los Misterios (secretos y salvadores) de Eleusis, Attis-Cibeles y Mitra, y se copiaban en todas partes los motivos táuricos en la pintura, en la escultura y en las artes decorativas. Los toros eran también un espectáculo en los anfiteatros. Parece que fue Julio César el primero que autorizó los festejos taurinos –una más entre las muy diversas *venationes* (cazas) con todo género de fieras–, que tal vez vio por vez primera en Hispania.

Todos los taurólogos hispánicos parecen coincidir en la afirmación de que la fiesta taurina nació en España. Pero ¿qué fiesta? Hemos visto que *juegos taurinos* tienen lugar en Creta y hasta en la India prevédica, en el tercer milenio y antes de Cristo. No sé si era precisamente nuestro *bos taurus ibericus*, de origen africano, procedente tal vez del *bos primigenius*, o Uro, extinguido en el siglo XVII, el que allí se veneraba y comía, pero eso importa poco.

Ángel Álvarez de Miranda, tan prematuramente muerto, al que debemos mucho de lo poco que sabemos sobre el culto al toro, al final de su excelente estudio sobre *Magia y religión del toro norteafricano* (Marruecos, Argelia y Libia), concluía que parece más obvio inclinarse a ver que tanto en Egipto como en el resto de África, desde Iberia hasta el Indus, existió una base análoga y paralela de *veneración al toro-como ser potente en lo físico y genésico*; sólo que el proceso de divinización, en Egipto aparece en fechas plenamente históricas. Y añade en las últimas líneas: *También en el resto del mundo mediterráneo, desde Iberia hasta el Indus, la magia y la veneración del toro fueron una de las dimensiones de la religiosidad naturalística. El valor del Norte de Africa a este respecto consiste en haber conservado más y mejor que el resto del mundo antiguo el estadio original de la religiosidad vinculada al animal fecundador.*

Así de bien lo vio, muchos siglos más tarde, en uno de sus numerosos poemas taurinos, mi amigo J. M. Pérez Salazar:

*El toro, el toro, el toro ¡Qué caliente*
*su presencia, su sed renovadora,*
*la cubrición que salta libre y dura!*
*Ese fuego que enciende cada hora.*
*Esa limpia oración de la simiente,*
*que germina, que muere y que perdura.*

Gigantes, cíclopes, genios u hombres salvajes poblaron durante siglos montañas, valles, ríos, cavernas en todo el mundo habitado.

Jaungorri, Basa Jaun, Mari, Ome Negro, el Pare de la Neu, l'Ulhart, Gargas, Tantugou, Alarabi, Juan Ralla o Silvan…, mitologemas sueltos o personajes desprendidos de epopeyas, leyendas, fábulas o cuentos populares –metamorfosis de mitos primitivos– han habitado y habitan aún tal vez en ambas vertientes de los Pirineos. Algunos de ellos se presentan también con aspecto zoomorfo y prefieren como morada las cuevas y cavernas, donde nuestros antepasados los temieron, los veneraron, los conjuraron y los pintaron.

Uno de ellos es el toro, que, según Barandiarán y los paisanos que le informaban, aparece como genio local de Mari –Diosa Madre, Gran Madre, Madre Tierra– en la cueva de Lezia (Sara), asustando con sus mugidos a quienes entraban el ella, adoptando a veces figura de hombre para castigar a quienes le ofendieran. En Uhart-Mixa y otros pueblos, el genio subterráneo salía de noche y perseguía o asustaba sin más a los vecinos. En ocasiones tomaba forma de toro rojo o vaca roja *(beigorri)*, por ejemplo, en Camou (Ultrapuertos), en cuya cueva de Otsibarre tenía la guarida. El toro rojo era genio temido igualmente en Sara, Amezketa, Azkoitia, Lizartza, Beizama, Cegama... Como becerro rojo *(txekorgorri)* lo conocían en Ataun, o con el nombre similar de *txaalgorri* (ternero) o *aatxegorri* (novillo).

Alguna veces era un toro que lanzaba fuego por boca y narices, y que lo mismo perseguía a un ladrón o sacrílego que provocaba un incendio en una villa (Bermeo) por la mala conducta de sus habitantes.

En cuevas como Istúriz, Santimamiñe, Sagastigorri, Goikolau o Covairade se han encontrado monedas romanas, que probablemente se lanzaban a estas cuevas sagradas, en busca de protección a los espíritus protectores, como se hace todavía en otros muchos lugares.

Abundan los antiguos testimonios vinculados al culto del toro en el territorio que un día se llamó Hispania y después España: acrópolis de Azaila; vasos y cerámicas de Numancia (danzas táuricas), castros gallegos y leoneses, innumerables motivos taurinos hallados en

las Islas Baleares, muchos de ellos en cuevas de enterramiento, cosa muy propia de los dioses de la fecundidad...

El toro es figura frecuente en la numismática ibérica o ibero-romana, como toro parado, acompañado de luna creciente, embistiendo, con estrella y venera, corriendo... Se le vincula a menudo con Melqart-Hércules, dios agrícola, y Tanit, diosa de la fecundidad. Igualmente se resalta el carácter religioso del toro mitrado, como en las cecas de Cascantum (Cascante), Gracurris (Alfaro) o Tarraco (Tarragona), con el ara del sacrificio en el reverso.

Toros y "verracos" (cerdos o jabalíes) aparecen juntos en numerosos momentos, tal vez como motivos funerarios, en todo el territorio propio de los castros de la meseta, tan similares a los hallados en Irlanda y en otros lugares de Europa durante la edad del Hierro. Los tres suelen ser animales sacrificiales y funerarios, no sólo en los pueblos celtas, y están representados en monedas, estelas, relieves, insignias militares, y unidos con lunas, árboles, etc. a tradiciones matriarcales.

J. M– Blázquez, uno de los grandes historiadores de la España antigua, cree que el culto al toro no alcanzó a desarrollarse en formas de religiosidad medianamente altas sino en estratos inferiores de religiosidad en las que el animal fue considerado como *depósito de fecundidad y mero objeto de virtudes apotropaicas* (conjuradoras), estadio apenas desligado de la mentalidad mágica y con sentido figurado. Religiosidad pragmática, que intenta entrar en contacto con la divinidad para obtener favores tangibles, y que ve en el toro *una gran cantera de virtudes misteriosa*.

Lo que no es poco.

*El toro de oro* es un cuento extremeño: el de la hija de un rey, deshonrada por un príncipe, metida en el interior de un toro de oro, trasladado luego a la alcoba del hermano de la princesa, que había heredado el trono. Sorprendida por las criadas un mal día, cuando su

hermano estaba en la guerra, la maltrataron y la echaron del palacio. En casa de una buena mujer, dio a la luz un niño, que fue adoptado después por el príncipe que no tenía hijos y se convirtió en heredero del reino.

Lo importante es el binomio toro-mujer y el intento por resolver el problema de la esterilidad. De entre todas las adherencias posteriores, emerge el toro como agente fecundador, su calidad simbólica más primitiva.

Este cuento viejísimo nos trae a la memoria aquel otro de *El oricuerno* (animal con cuerno de oro: unicornio o licornio), recogido en Cuenca y en Oaxaca (Méjico): un toro grande y negro hace una cruz con su cacho en el vientre de una moza, que necesita transformarse en varón. (En el púlpito del refectorio de la catedral de Pamplona está esculpida la bella leyenda central del unicornio).

O el cuento de *El toro barroso*: la hermosa mujer de la que se ha enamorado un pastor accederá a las pretensiones amorosas de éste con tal de que le sacrifique el mejor toro de la manada, le extraiga el corazón y se lo regale.

Siempre la magia de la imagen, del poder, de la prestancia del animal prodigioso.

Los cuentos no inventan: trasmiten mitos (o, al menos, mitologemas) y ritos extendidos por toda "la piel de toro" española, donde el lenguaje se ha trufado durante decenios de expresiones taúricas: *"toro corrido"*, *"ver los toros desde la barrera"*, *"otro toro"*, *"ponerse hecho un toro"*, *"ciertos son los toros"*, *"haber toros y cañas"*, *"echarle a uno el toro"*...

En las montañas de León, terminado el baile del 1 de mayo, los mozos se disfrazaban de toros, con cuernos y pieles, y comenzaba la lucha física y ritual por disputarse las mozas de la comarca. En el norte de Extremadura, dos días antes de la boda, sacaban los jóvenes del lugar un toro del matadero, y, atado por los cuernos, lo llevaban

hasta la casa de la novia, donde lo mataban, tras clavarle el novio dos pares de banderillas preparadas por la novia.

Era el toro nupcial. En otros sitios ataban al toro y lo castigaban hasta que la sangre manchaba sus vestidos, rito mágico en el que tomaban parte muy activa las mujeres. La fiesta del toro nupcial de Plasencia está casi retratada en la miniatura del siglo XIII, que ilustra una de las *Cantigas de Santa María*, con la boda como motivo principal, donde el esposo es el protagonista que lucha con el animal, al que no mata, junto con sus jóvenes amigos.

La corrida nupcial, ya trasformada y degradada, aparece en la famosa comedia de Lope de Vega, *Peribáñez y el Comendador de Ocaña*. La fiesta taurina se celebra esta vez en honor de los desposados Peribáñez y Casilda. Uno de los tres novillos está a punto de llevar al otro mundo al mismo Comendador, metido a torero:

*El nuevo Comendador/ señor de Ocaña y su tierra*
*bizarro a picarle cierra/ más gallardo que un azor.*

A Casilda, en cambio, no le gusta que su novio (marido reciente) ose un lance:

*No conviene a tu decoro/ el día que te has casado*
*ni que un recién desposado/ se ponga en cuernos de un toro.*

Las populares fiestas nupciales van convirtiéndose –acabamos de verlo– en ejercicios caballerescos a cargo de los nobles en ciertas solemnidades, entre ellas las bodas. La noticia más remota sobre corridas de toros nos llega del año 1080, en Ávila, cuando la boda del infante Sancho de Estrada con doña Urraca Flores. *El Fuero de Tudela* habla de toros con ocasión de bodas. Otra corrida famosa tuvo lugar en León, el día de San Juan de 1144, en los desposorios de doña Urraca, *la asturiana*, hija de Alfonso VII, con García VI de Navarra. No faltarán las corridas, durante los siglos XIV y XV, en la corte real de Olite.

Del único toro ritual se pasa a varios toros de lidia, de lucha, que acaba en victoria/derrota y en triunfo/muerte. Cuando la corrida caballeresca decae en el siglo XVIII, va imponiéndose la corrida popular, que no había desaparecido nunca, especialmente en las riberas del Ebro, donde surgieron populares matatoros, ya bien conocidos en la historia: navarros, aragoneses, riojanos o vizcaínos, algunos de ellos inmortalizados por Goya.

Pero antes de que la historia recoja el esplendor de los festejos taurinos en cortes y fiestas de Navarra, nuestros artistas, como todos los de Occidente, llevarán el animal mítico y sacro a los capiteles, a las enjutas, a los canecillos de iglesias y catedrales.

El toro es símbolo de uno de los cuatro Vivientes (ángeles que presiden el mundo físico), que aparecen en el libro de *Ezequiel* y en el *Apocalipsis*, en torno al trono de Dios, y se representa, junto al águila, el león y el hombre, en todos los rincones de la Cristiandad. El toro simboliza lo más fuerte de la Creación.

Y así podemos verlo, junto al león, sosteniendo el tímpano del pórtico oeste de San Salvador de Leyre; con cuernos agudos, grandes ollares y cuerpo alado, en el frontal esmaltado de San Miguel *in excelsis*, o, alado también, recordándonos los toros asirios, en una de las enjutas de la portada de Santa María de Sangüesa, figura mucho mayor que el toro del *tetramorfos* que rodea al *pantocrator* central.

Harto significativo es el toro, bien cornado, y con el signo solar en el testuz, en el canecillo del ábside mayor de la iglesia del monasterio de Irache, que tanto nos recuerda a las lápidas romanas, así como el toro que asoma su cabezota entre el follaje, en la ménsula de la capilla barbazana de la catedral de Pamplona.

Escenas de lidia parecen recoger los capiteles del claustro y de la puerta de esa capilla, donde el toro es mordido por los perros a la espera del mancornamiento, o garrochado, doblando las patas delanteras, antes de desplomarse.

Los autores de la reciente y excelente obra *La catedral de Pamplona* no nos han sacado de duda alguna, pero ya en 1966 J. E. Uranga vio en la famosa ménsula del refectorio catedralicio el milagro del obispo Ataúlfo, presente en la *Historia contemporánea* (S. XII) y en *Cronicones* posteriores. Acusado de sodomía, se le condenó a ser arrojado a un toro embravecido, pero el animal se tornó manso, se acercó al obispo y depositó en sus manos los cuernos: ceremonia mágica más que prueba de culpa, en la que el toro sería remedio de virilidad. El personaje del capitel lleva unos espesos cabellos rojizos y una túnica roja, abierta levemente por el pecho, y muestra una expresión entre suplicante y angustiosa.

El sociólogo Josetxo Beriain nos ha recordado recientemente que en Pamplona es más importante *la comunalidad de los que participan en la fiesta que el arte de un héroe civilizador enfrentado a la Madre naturaleza, en forma de toro*, y que el Encierro, algo típicamente navarro, pone de manifiesto la ausencia del torero como mediador ritual entre el toro y el público.

El Encierro comunal nos viene de ayer y las corridas populares o reales en Navarra tan sólo de anteayer, siglo más, siglo menos.

Pero nuestro culto-juego colectivo y universal –fascinación, envidia, admiración, miedo, súplica, regocijo, reto, comunión, juego, lucha, esperanza...– del toro es muy anterior.

Es, como hemos visto, un culto-juego universal, múltiple, muy próximo a la aparición del hombre sobre la tierra.

# SAN ESTEBAN DE BAIGORRI

El viajero llegó a San Esteban (Saint Etienne) de Baigorri (Baygorry), vía Bidarray y San Martín de Arrosa, y se detuvo en los barrios históricos de Urdos y Leispars, y en el más moderno de Eyheralde. Visitó también, viniendo desde San Juan-Donibane, los barrios antiguos de Occos y Otikoren, y el más reciente de Borciriette. Y subió a Guermiette o Germieta, para ver bien desde allí los montes morados y quebrados –robles, hayas, helechos y rocas calizas–, que respaldan a San Esteban bajo los acantilados fronterizos de Iparla.

El valle de Baigorri fue y es una de las siete tierras o valles de Ultrapuertos. Abierto por el Nive de los Alduides, se alarga geográficamente desde Urepel hasta San Martín, donde rinde aguas al Nive que viene de San Juan y que hasta el Adour de Bayona lleva el nombre por antonomasia de río Nive.

Baigorri –Baigor o Baiguer en sus dos formas romanizadas– no significa otra cosa que río rojo, por el color de las arcillas y las gredas que atraviesa.

Yendo por los Alduides, se entra directamente en el núcleo histórico de San Esteban, entre la cadena vigorosa y vertical que no nos ha dejado, por occidente, ni a sol ni a sombra, y los suaves faldones boscosos del Oylarandoy (¿espino negro, endrino?), último macizo de la cordillera oriental, que aquí permite al valle el primer desahogo.

El caserío se distiende a los dos lados del rio, entre los dos puentes y se curva después hacia el nordeste. La iglesia y la casa consistorial, muy separadas, son los dos ejes cívico-urbanísticos.

En el atrio exterior, arces, plátanos y tilos llenan de luz y de color este sacro descansillo.

La iglesia debió de ser construida en el siglo XI. En 1263, el rey Teobaldo II la puso bajo el patronato de Roncesvalles. De la época medieval quedan dos columnas romanas con capiteles, vanos muy estrechos y un paño de muro exterior, al norte, y poco más. Gótica es la cabecera y algunas aperturas ojivales. Leve parra virgen hermosea la parte de la fachada. Es monumento clasificado desde 1973.

Bajo un pórtico reciente (1940), que resguarda la entrada occidental, puede leerse la complicada historia del edificio. Tallas de la Virgen de Lourdes y de Bernardette, entre flores.

Las tres bellas galerías navarras del interior se añadieron en el siglo XVII. Más tarde se elevaron los muros y se extendió la bóveda de ladrillo. En 1791 –¡poco debió de importar la Revolución!– se terminó de levantar el campanario piramidal, rematado por cruz de hierro, y los dos campaniles cónicos (al noroeste y al sudeste).

Retablo barroco, presidido por el cuadro de la lapidación de San Esteban. El tabernáculo manierista, con dos bajo relieves, pasa por ser regalo del obispo Bertrand de Etxauz. Todo sobrecargado de oro. No faltan dos tallas modernas de San Ignacio y San Francisco de Javier en los muros laterales.

La revolución sí se llevó el monumento fúnebre de la capilla de los Etxauz, cuya puerta fue tapiada. Sólo queda una placa – *Cy gît*...– en memoria de Juan llamado *el capitán*, muerto a los 53 años de edad, el 22 de octubre de 1661.

Frente a la puerta principal, la pared de un pequeño frontón, y bella mansión de dos plantas, con galería corrida y floreada.

La calle mayor-carretera bordea el río entre casas del siglo XVII, XVIII y XIX, en cuyo dintel suele estar esculpido el nombre de los dueños: varios Iribarne. Frente a la estación de servicio y del café, siempre muy frecuentado, unas rejas de ventana baja con el escudo de Navarra. A un lado, una hilera de casas se suben por la ladera del monte, y, al otro, a la orilla del cauce, un bonito parque infantil, con altos plátanos, jardincillos y el busto en bronce, recientemente alzado, del célebre Juan Isidoro Harispe (1768-1855), comerciante de la plaza, que llegó a general, conde, senador, y hasta par y mariscal de Francia. Inauguró el monumento el alcalde doctor Monlong, en el bicentenario de la conquista del vecino Arrola –*Arrolako Harría*–, en la guerra de la Convención contra los españoles. Harispe, el legendario capitán de los *Chasseurs basques*, fue un patriota francés donde los hubiese, y el actual alcalde de Saint-Etienne es un fiel seguidor. El busto de Harispe lleva dos medallas y banda sobre el pecho de la guerrera, de cuello alto y amplias hombreras. El perfil del héroe es aguileño, duro, resistente y audaz al mismo tiempo.

Otro de los atractivos de la capital baigorriana es el puente de lomo de asno, llamado romano, aunque montado en 1661 sobre los restos del antiguo, del que las losas desgastadas de la vieja calzada son prueba fehaciente. Se llama también *Mitxelengo Zubía*, porque abre paso al barrio Mitxelenia, donde habitaban agotes y otras pobres gentes. Dibarrat, poeta baigorriano, dedicó al puente una canción popular: el viento se llevó la teja del cura que pescaba sobre él...

Bellas casas en derredor. Zuburia (Zubiría) ha conservado los cuatro clásicos pilares de madera con base de piedra. Todo el mundo se para en el puente para mirar las dos partes del pueblo que éste divide; el castillo de los Etxauz y el monte Chamborroy; el mismo puente, recorrido por la yedra, y el sosegado curso del río entre fresnos, alisos, y álamos.

Pasado el puente nuevo de hormigón (1921), más allá del monumento a los muertos en las últimas guerras, entre mazos de camelias, se llega al núcleo administrativo y comercial de San Esteban, donde se abre una gran plaza. La *Mairie-Herriko Etxea*, con arcadas, tras los

plataneros, y, al otro lado, el frontón principal, con gradas, construido en 1857 y re-alzado en 1924. Las bellas casas siguen unos cientos de metros, a orillas de la carretera. El río se ha desviado un poco. Anuncios, por todas partes, del campeonato de bertsolaris, y del partido de rugby entre el equipo local, *champion de France*, y el Saint-Sever.

Poco más adelante se ubica el conjunto de inmuebles, orgullo de todos los baigorrianos: el colegio nacional Jean Pujo, la bodega cooperativa de la denominación Irouleguy, el trinquete y la piscina. Pero el viajero no puede más por hoy.

Se mirase de donde se mirase, el castillo de los Etxauz era un halcón siempre al acecho. Hoy es un viejo pavo real, con pocas plumas.

Subo hasta él por el barrio de Mitxelenia. Es una construcción cuadrada, de cuatro plantas, techo alto y resbaloso a cuatro aguas, de tablilla parda; flanqueada por dos torres, de cubierta cónica, por el norte, y por dos pequeñas atalayas, por el sur. La yedra se le sube por el costado oriental. Algunas ventanas abiertas. En el dintel de la puerta principal, la fecha de su reconstrucción (1555), tras su destrucción por los españoles. Cercan el castillo hayas, olmos muertos, matorrales. En el antiguo jardín abandonado siguen los plátanos, los robles, los arces... Por el collado y el monte cercano trepan hayas y helechos.

La historia del Valle de Baigorri parece confundirse, durante mucho tiempo, con la de los Etxauz. El vizcondado de Baigorri, creado en 1033 por el rey Sancho el Mayor, dejó lugar, en el siglo XIV, al vizcondado de los Etxauz. Fueron mesnaderos, castellanos, merinos (Estella), chambelanes (del Príncipe de Viana)... No todos los vizcondes debieron de ser muy gratos entre la población, si hemos de hacer caso al refrán que nos trasmite Oyhénart:

*Baigorriko Biskondea, beldurrak diakarkek ahalgea*

(Vizconde de Baigorri, el miedo te traerá la vergüenza).

Católicos y enemigos mortales de Juana de Albret, acabaron como hombres de confianza de su hijo Enrique IV. Llegaron a tener 244 aparceros, campos, montes, ferrerías... Una hija de la casa fue la mujer del general Harispe, su convecino.

De entre los famosos descendientes de Etxauzia sobresale Beltrán de Etxauz, (1556-1641), obispo de Bayona y arzobispo de Tours, amigo de Enrique IV y confesor de Luis XIII, uno de los redactores de los *Fueros y Costumbres de Navarra* y enemigo del siniestro canciller Pedro de Lancre, de cuyas hogueras inquisitoriales logró salvar, en 1610, muchas personas acusadas de brujería.

Fue el arzobispo Etxauz amigo y protector de Pedro de Axular, que le dedicó afectuosamente su obra capital *Gero*, en 1643, entre los más encendidos elogios:

*Zu izan zara eta izanen zara euskaldunem ahorea, habea, jabea, sostengua eta kantabres fina, naturala eta eginkoa*

(Tú has sido y serás honor de los vascos, su apoyo, amparo y sostén, cántabro excelente, auténtico y verdadero).

*Tú has sido hijo de la casa de Echaus, de aquel palacio y castillo grande, hermoso, noble, de los montes Pirineos, en las faldas de los Alduides, como perpetuo centinela y vigía siempre despierto.*

El castillo acabó, el año 1848, en manos de los Abbadie D'Arrast, protestantes y mecenas.

Tal vez, si uno ha venido desde Urepel, Donibane o Bidarray, el mejor final sea salir por el puente junto a la iglesia, pasar junto al cementerio nuevo, entre las bellas y nuevas villas arboladas y floreadas, y seguir hacia el collado de Izpeguy, no sólo para recordar las hazañas de los *Chasseurs basques* de Harispe, y de los soldados españoles, que por aquí se batieron, sino para atravesar y contemplar las verdes y bravías quebradas, por donde culebrea la carretera de montaña, viendo a la vez las seguras y altivas cumbres de Urrizpilota, Elhorri-

kokaskoa, y el trono sereno del Auza, rey del valle de Baigorri y del valle de Baztán.

Además de mirar de lejos, y a vista de pájaro, con ojos de hombre, los dos valles, puede uno confortarse en las ventas cimeras con *productos del País*, expresión bienaventurada.

Y luego, bajar despacio hacia Erratzu, entre el color, el rumor, el olor y el frescor de las hayas, los avellanos, los robles americanos, y de las regatas que les refrescan los pies.

Unos caminos. Unas vacas. Unos almiares. Un camping. Unos caseríos.

*Y el rubio verdor de los campos nuevos*

– Siempre son nuevos los campos en Baztán, don Antonio.

# SIMANCAS

Sobre la ribera derecha del río Pisuerga, poco antes de caer rendido en el Duero, alza la villa defensiva y alertada de Simancas el grisblancuzco macizo de su castillo medieval y la torre románica de El Salvador con su robusto cuerpo de tres naves de salón, del siglo XVI.

El largo y parcheado puente románico de 17 arcos guarda aún polvo de la famosa *batalla de Simancas,* aquel 6 de agosto del año 939, en la que las tropas de Ramiro II de León y los contingentes pamploneses de García Sánchez II derrotaron al califa Abderramán III. Y el de de una nueva victoria, en 1813, de los soldados españoles, portugueses e ingleses, mandados por Wellington, contra el ejército napoleónico que se batía en retirada tras la batalla de Arapiles.

Desde que uno entra en el casco histórico simanquino, se encuentra en el pavimento con las figuras de las manos cortadas, omnipresentes en la heráldica, edificios y folclore de la villa. La leyenda nos trae las *siete doncellas,* de bellos nombres, Leonor, Lucía, Laura, Eva, Isabel, Yolanda e Inmaculada, que prefirieron cortarse las manos antes de ser parte del tributo al califa:

*Por librarse de paganos*
*las siete doncellas mancas*

*se cortaron sendas manos*
*y las tienen los cristianos*
*por sus armas en Simancas.*

Pero a mí me interesa más recorrer la memoria del mariscal don Pedro de Navarra, hijo, padre y hermano de mariscales, y uno de los jefes del bando navarro agramontés. Casado en 1498, por empeños del rey Fernando, con doña Mayor de la Cueva, hija del duque de Alburquerque –lo que disgustó no poco a muchos de los suyos–; colmado de favores por los reyes navarros, Juan y Catalina, no siempre les fue fiel, como cuando, en agosto de 1512, fue hasta Logroño a jurar fidelidad a su bienhechor don Fernando, pero los acompañó al destierro y defendió su causa tanto tras la conquista de 1512 como en 1516, siendo un buen embajador de la monarquía navarra durante esos cuatro años intermedios.

Isabel y Fernando habían convertido en prisión del reino el imponente castillo que la familia Enríquez, almirantes de Castilla y señores de Simancas, levantaron sobre la fortaleza árabe. En la torre redonda, llamada hoy Torre del obispo, estuvo preso desde 1522 el batallador obispo de Zamora, Antonio de Acuña, capitán comunero de Castilla, que tomó también parte en la conquista de Navarra; fue ejecutado el 24 de marzo de 1526 con garrote vil tras haber estrangulado al alcaide de la fortaleza y tratado de huir de la prisión.

Allá fue conducido desde la prisión de Atienza, el mariscal don Pedro tras ser vencido en el intento de recuperar el reino perdido, en marzo de 1516. Los embajadores navarros pidieron repetidamente su libertad. El mismo emperador, que prometió *hacer alguna cosa a favor del mariscal*, le pidió un día fidelidad a cambio de la libertad, bienes y honores, y recibió de don Pedro como respuesta que *no podría hacer homenaje a otros que no fueran sus soberanos*.

Prosper Boissonade, que ha estudiado bien al mariscal y su tiempo, nos dice que *desesperado de su larga cautividad, pero siempre in-*

*domable, se seccionó el cuello de un navajazo*. Otros sostienen, sin pruebas, que fue ajusticiado. Era el 24 de noviembre de 1522.

Su hijo, Pedro de Navarra y de la Cueva (+1556), su sucesor en la dirigencia agramontesa, preso tras las últimas resistencias en Noain, Maya y Fuenterrabía, aceptó el segundo perdón de Carlos I en 1524 –como los hermanos de Francisco de Javier y otros muchos– y sirvió al rey de España como corregidor de Toledo y Córdoba, asistente de Sevilla, gobernador del reino de Galicia y presidente del Consejo de las órdenes militares. Recuperó los títulos de vizconde de Muruzábal y mariscal de Navarra y fue premiado con el marquesado de Cortes.

Lo que un día fue cárcel es hoy uno de los mejores archivos españoles, en una villa próspera y creciente. Y una historia de paz alegre y reflexiva sucede a una compleja y triste historia de conflictos.

# SALDIAS

El Zaratustra nietzschiano, en su búsqueda ansiosa por liberarse de la náusea, reencontró el manantial del placer en pleno verano:

*un verano en lo más alto, con fuentes frías y silencio bienaventurado. Oh, venid, amigos míos, para que el silencio resulte aún más Buenaventura.*

Huyendo no de la náusea sino de un agosto pesado, lleno de manos calurosas, corremos esta tarde hacia y un verano alto, hacia el bienaventurado silencio de Basaburua la Baja.

Tomamos café en Oroquieta cabe el frontón recorrido de golondrinas. Seguimos luego, pasadas las floridas casas de la Ferrería, por entre un cerco doble de hayas, rejilladas por el sol; los ribazos verdes amarillados por las flores de la aliaga y del tojo, y enrojecidos levemente por los brezos.

Desde una curva despejada ya de arbolado aparece Saldias –una línea de tejados rojizos y fachadas blancas– en el recuesto de una ligera loma comunal sobre el valle del Ezcurra. Entre huertas, huertos, masas boscosas, pastizales, y murado a la espalda por unas montañas altas, con caseríos, bordas y antenas de televisión.

A la entrada descendente del poblado unos jovenzanos con bicis beben agua de una fuente con pila o descansan junto a ella. Están arreglando la casa consistorial, alta y fuerte, con una inscripción de 1769, una cruz, dos rostros humanos, rosetones, figuras geométricas y los nombres de los dos regidores del lugar.

En varias casas aledañas han puesto unos grandes tubos rojos desde la calle al desván para subir el forraje. Son casas a dos aguas, en hastial, bien caleadas, con puertas y contraventanas rojas o verdes, y geranios, fucsias y alegrías en ventanas y balcones. Sale de algunas de ellas el zumbido tenso del ordeño mecánico.

El río tranquilo y bien pavimentado de la calle de San Juan, la única del pueblo, sigue bajando suavemente en línea recta, aunque algunas casas céntricas lo dividen en dos. Sale a ofrecernos sus servicios la segunda fuente, también con pila, en medio de un yerbín. No lejos de la primera nos hemos dejado otra. No hay nadie en la calle.

Alrededor de una elegante mansión reciente en medio del pueblo lucen rosas, hortensias y hasta una palmera. En el costado que da al río han cubierto recientemente el frontón Aldapa, a cuya inauguración tuve el honor de asistir un buen día de aquel inolvidable 1982.

– Cuántas visitas aquí y allí, y cuántos esfuerzos costó este bendito frontón. No lo olvidará donde quiera que esté, aquel alcalde joven y simpático, de pelos pinchos, que se llamaba Jesús.

El cercano consultorio médico se cubre con una pirámide de cristal.

En la puerta de una tienda, entre rosales y otras galanuras, juegan y cantan unos canarios muy coloridos en una jaula. El escudo –*armarri*– ajedrezado de los Micheo nos recuerda a dos Pedro de Micheo Indacoechea (Saldías, 1781-Madrid, 1865). Marino a las òrdenes de Churruca, peleó después en América y en la guerra de la Independencia. Mandó fuerzas navales en Cataluña, Valencia y Cartagena. Llegó a general y a senador.

– Un saludo, ilustre colega.

Otra fuente cerca de la iglesia, y ya van cuatro. Una vivienda

muy renovada es ahora casa rural. Tiestos con petunias a la puerta, y jardín con asientos cerca de unos prados silenciosos.

Al otro lado, sobre la hondonada del regacho Ascolegui, varias niñas rubias salen de una casa grande y nueva, que debe de acoger una colonia escolar de verano. Otras les gritan desde unos balcones con mucha ropa tendida:

– *À bientôt, à bientôt.*

Parece mentira pero en Saldias no hay una sola pintada en las paredes.

La iglesia de San Juan Bautista (1909), restaurada en 1982, cierra el paso de la calle única con la torrecilla campanera, que da al conjunto ese aire pastoril (de pastor) que tienen los pueblos de montaña. La rodea por delante un pórtico corrido amplio con techo interior de madera.

El largo balcón de la casa parroquial, adosada a la iglesia, se asoma al sol sureño. Aquí vive, pero ahora no está, mi primer profesor de música, don Tomás, a quien le he visitado varias veces, y con quien hace poco recorrí los dos pueblos cuyas parroquias rige: Beintza y Labaien. Aún me canta en la memoria aquella primera y lejana lección:

– *Do, sol, la sol, mi, sol, la sol, mi, do...*

Por detrás se alarga una huerta de tapias altas, con abetos y cipreses de Lawson. Un camino de paseo, muy cuidado, lleva al camposanto, elevado en un cabo de la loma, contiguo a la ermita de Nuestra Señora de los Dolores.

Cruces, lápidas y algunas estelas de túmulos familiares, entre rosales y otras plantas de adorno, al pie de los cuatro muros. Sólo un

carnario en medio del recinto, donde está enterrado (1894) don José Erasun Mutuberría, párroco de Saldías, vascólogo, traductor, entre otras obras del *Catecismo* del P. Claret. Le acompaña uno de sus sucesores, muerto en 1947 a los 34 años.

Fuera del camposanto, prados y helechales, cerezos, fresnos, matorrales. Cerca, una granja de ganado vacuno, de donde llegan lastimosos mugidos.

Allí abajo, hondo y rojiblanco, el pueblo vecino de Eratsun.

Ya Sancho el Sabio, en 1192, aforó el lugar de Saldías, liberando a los labradores de trabajar en obras reales fuera de los términos lugareños.

Y Juan II, que en 1431 donó a su escudero Martín de Azpilcueta el censo del lugar, liberó a sus habitantes, antes más, de la pecha llamada quinta *(eyurdea)* sobre los puercos que pastaban en los montes reales, y también del herbático, tributo por el disfrute de las hierbas.

Pueblo ganadero y montañés, sus nueve kilómetros cuadrados de superficie se adentran hacia el sur en forma de hacha paleolítica.

Desde este altirón, Saldias es una barcaza longa y bien compuesta en medio de un lago vasto y profundo de prados, maizales y helechales, vallado de montes por todas partes: montes de robles –el símbolo del lugar– y de hayas, con rodales entreverados de pinos y alerces. Entre el Suparrobi por el suroeste, el Sorachipi por el este, y por el norte y noroeste, la enérgica orografía de Erakurri e Iruñarri, cuyas ondulaciones llegan hasta Endarlaza.

*Verde puro, sin azul,*
*sin amarillo,*
*sin cielo ni tierra, sólo*
*verde nativo,*

*verde de hierba que sueña,*
*verde sencillo,*
*verde de conciencia humana*
*sobre camino*
*sin suelo, orilla ni término,*
*verde vacío,*
*verde de verdor que pasa,*
*de roble altivo,*
*¡para mis ojos sedientos*
*abismo místico!*

Son versos de Miguel de Unamuno, escritos cerca de aquí.

Sólo que aquí hay verde y azul, y amarillo, y cielo y tierra, y suelo y orillas y términos.

Pero el verde sigue siendo puro.

# JUAN DAVID GARCÍA BACCA
# (1901-2001)

Juan David García Bacca, el mayor de cuatro hermanos, hijo de un maestro de párvulos, nació en una casa de la Plaza del Castillo, en Pamplona, el 26 de junio de 190l, y murió en Quito, el 5 de agosto de 1992. *Soy navarro, vasco, por nacido en Pamplona* –escribe en su autobiografía–; *aragonés por mi padre, zaragozano; castellano por mi madre, de Zamora; catalán porque desde los 17 a los 37 años, hice toda mi carrera (…) en Cataluña, en Barcelona sobre todo. Y hablo el catalán, y aun lo escribo, como mi segunda lengua.*

Es autor de numerosos libros de filosofía, de todo género, especialmente de historia de la filosofía; antropología; filosofía de la ciencia, de la literatura y de la música, sin contar varias traducciones (las obras completas de Platón, entre otras); de incontables artículos, entrevistas o conferencias. Muchos críticos españoles e hispano-americanos han glosado y estudiado su obra polifacética. La revista *Anthropos*, de Barcelona, le ha dedicado varios números y su editorial ha dado a luz muchas de sus obras. En Caracas se han constituido recientemente la Fundación Juan David García Bacca. Y, para no ir más lejos, la universidad de Deusto acaba de celebrar el centenario del nacimiento del filósofo navarro con un congreso internacional sobre su obra filosófica.

Desde sus 10 a sus 37 años, va a vivir dentro de la congregación claretiana –los popularmente llamados *corazonistas*–, como postulante, novicio, estudiante de filosofía, teología, cánones y teología moral, pasando después a ejercer como profesor de filosofía. Alagón, Cervera, Solsona, y otra vez Cervera, fueron sus lugares de estudio y magisterio. De 1928 a 1931 vive en la residencia claretiana de Munich estudiando matemáticas, lógica matemática y física atómica con maestros como Perron, Tietze, Hartogs o Sommerfeld. En Lovaina y Friburgo completa algunos de sus estudios filológicos y filosófico-teológicos. Desde 1933 es profesor encargado de Lógica y Filosofía de las Ciencias en la recién creada Universitat Autònoma de Barcelona. Gana después la misma cátedra en el Centro de Estudios Universitarios (universidad católica, de hecho),dirigido por Ángel Herrera, y en febrero de 1936 la cátedra de Introducción a la Filosofía de la universidad de Santiago de Compostela. En la Universidad católica de verano, palacio de la Magdalena de Santander, donde coincide, entre otros, con el joven profesor Joaquín Ruiz Jiménez, le sorprende la guerra civil.

Por Bilbao y Francia llega a Barcelona, donde el rector y otros amigos le buscan una residencia segura. Los claretianos han sufrido en Aragón y en Cataluña una de las matanzas más atroces dentro de la Iglesia española. García Bacca se hace, como tantos, con un carnet de la CNT para salvar el pellejo. En un pequeño salón de un gimnasio puede oír las confesiones de algunos fieles que se han enterado de la presencia del religioso. Pero ni siquiera *los terribles horrores*, como él los llama, padecidos por tantos de sus hermanos, le apartan de la causa republicana.

En un encuentro con Manuel Irujo, entonces ministro de Justicia del Gobierno de la República Española, consigue un pase para viajar en avión a París. Irujo le propone constituir la facultad de Filosofía y Letras en la hipotética universidad vasca de Bilbao. Cuando García Bacca llega a París, le llaman los suyos desde Roma. El futuro cardenal claretiano, el profesor y canonista prestigioso, Arcadio Larraona, nacido en Oteiza de la Solana, quiere que trabaje con él. Pero Juan David quiere ir a Gottinga a estudiar lógica matemática con Hilbert. Vuelve por ahora a París, donde se matricula en el instituto Henri Poincaré para estudiar teoría de los conjuntos y cálculo

de probabilidades. En ese tiempo le ofrecen cátedra en Ecuador, Argentina, Méjico y Estados Unidos. También le llaman desde la España franquista (Ibáñez Martín). El superior general le pide que acepte esta última oferta.

Su salida de la congregación fue todo un episodio novelesco. Un día, después del almuerzo en su residencia parisiense, a modo de despedida, se arrodilló y pidió perdón a la comunidad por los malos ejemplos que había dado, a la vez que agradecía su fraternal y generosa hospitalidad. Se retiraron después todos a la siesta. *Subí a mi celda, me despojé de la sotana, la colgué en el armario; me vestí íntegramente de seglar, cogí mi maleta, bajé, pero en vez de pasar por la portería, salí por la iglesia. Me hallé en la calle. Me sentí libre, por primera vez en mi vida. Me encaminé a la modesta pensión que había reservado…*

Se sintió *liberado de un secuestro que había durado de 1911 a 1938*. Según propia confesión, había perdido la fe ya en Munich. Todo lo posterior había sido hipocresía y dualidad. Continuó en París dando clases de castellano, estudiando en la Biblioteca Nacional y preparando las próximas clases. Llegado el día, embarcó en Le Havre rumbo a Quito.

Su fondo filosófico aristotélico-tomista, poco posado aún, recibió lo que el autor llama *choques filosóficos*, a los que él respondió siempre con una obra de reflexión, comenzando por los comentarios del cardenal dominico Cayetano a ciertas obras de santo Tomás, con la idea cayetanista de transcendencia –Dios como super-Ser y super-Uno– y su interpretación óntica de la transubstanciación. Después en Munich, el conocimiento de la física de Newton y la teoría del conocimiento de Kant, capaz de dar razón de la ciencia matemática: proyecto en vez de esencia. Y más tarde, el estudio de la ciencia económica clásica y la lectura de los *Manuscritos* de Marx. El libro de Heidegger sobre Kant y la metafísica fue más tarde la bomba atómica filosófica de lo que de ontología general quedaba en su fondo. Hasta que la categoría de *creatividad* de Whitehead, superior a la de

ser y a todas las categorías aristotélicas y kantianas, volvió a remover el fondo de sus fondos en 1945.

De los *choques científicos*, unidos a los filosóficos, menciono brevemente la teoría de los números y conjuntos transfinitos, de Cantor; la lógica matemática de Hilbert-Ackermann; la pluralidad de geometrías; la gramática de la física matemática (función en vez de sustancia); la física post-newtoniana, y la teoría cuántica de Heisenberg…, que le turbaron, enriquecieron y condicionaron hasta los años ochenta.

Es, pues, bien comprensible que a través de los años García Bacca haya ido modificando el modo de concebir la filosofía, aunque demasiado subordinado al provisional y a veces dogmático imperio cientifista. La suya es una metafísica natural y a la vez espontánea: la actividad pensante del hombre como ser que trabaja y organiza los frutos de su trabajo y se esfuerza por comprender el mundo en su *intra-mundanidad*. La metafísica es para él un *acontecimiento*, que hace cambiar los estados de la realidad, trocando el estado de *cosa* en estado de *ser*. En sus varios estudios de antropología el hombre aparece poseedor de una potencia *transfinita* (transcendente, tendente hacia el infinito), transespiritual y transcorporal, franqueadora de límites. Muy suya es también la atención prestada al lenguaje filosófico en relación con el científico y con el literario, presentes en toda su obra. Muchas páginas tiene consagradas a lo que de filosófico hay en la literatura (Cervantes, San Juan de la Cruz, Calderón, Machado) y a lo que de literario hay en la filosofía (Platón, Plotino, Ortega, Heidegger).

Su primer destino será la universidad de Quito (1938-1942). En Guayaquil, aquel *caballero español*, como él suele calificarse, alto, rubio y de ojos azules, se casa con María Fanny Palacios Vásconez Borja, de rancio abolengo, de la que tendrá dos hijas y un hijo. En 1942 se traslada a la Universidad Nacional Autónoma de México. Y desde 1946 enseña en la Universidad Central de Venezuela, en Caracas,

hasta su jubilación en 1971. A partir de 1977 viene varias veces a España, y en dos ocasiones visita Navarra.

Miembro de numerosas sociedades, institutos y centros científicos y culturales, entre ellos, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, de Madrid; doctor honoris causa de muchas universidades, entre ellas, de la Complutense; correspondiente de varias Academias, v.g., de la Platónica de Atenas; galardonado con un sin fin de premios, honores, diplomas, cordones, cruces –de la Orden de Isabel la Católica (1982)–, medallas –de la Universidad Autónoma de Barcelona–, el Gobierno de Navarra le concedió la Medalla de Oro en 1990, que recogió en Santo Domingo de Estella su hija Ana Rosa. Juan David no asistió por problemas de salud.

En enero de 1992, pocos meses antes de morir, Juan David García Bacca glosa, como lo había hecho ya en un libro anterior sobre Dios, un breve poema de Rilke, –halcón, tempestad o un gran cántico girando alrededor de la Divinidad–, y comenta: *"Con la medida con que midiereis seréis medidos", es sentencia de Jesús. El autor se ha medido a sí mismo con la triple medida: "Halcón, Tempestad, Gran Cántico. Y ha de reconocer que no es Halcón con tal poder que pueda apresar para sí a Dios: hacer de Él mi Dios. Que no es Tempestad tan potente que pueda arrebatar para sí a Dios: hacer de Él mi Dios. Que mi prosa y quisiversos ocasionales no son capaces de encantar a Dios para mí con Gran Cántico: hacer de Él mi Dios.*

Tal es el balance que el autor hace de sí mismo en 1992.

# POR LOS BOSQUES DE VALCARLOS-LUZAIDE

La tarde de julio se ha puesto tonta y carilarga. Barrio de Azoleta: villas nuevas o renovadas, huertos y jardines, plataneros, castaños, fresnos, avellanos, árboles frutales, acebos y hortensias. Bajamos hacia Satan Erreka, o regata del diablo, teniendo al fondo una teoría dispersa de casales blanquirojos. Sobre los helechales y entre los esféricos castaños de grandes hojas aserradas y correosas, vemos algunas palomeras.

Por una pista de seda pasamos junto a un caserío, que es también pensión y huele a heno recién cortado. Entre las nubes densas se ha abierto paso el arco iris, una guirnalda multicolor en el cuello del horizonte. Una vez pasado el puente de Lezta, llevamos cerca la regata prieta, dura, cantarina, formada más arriba por los arroyos de Azoleta y Xokoto, que alegra la sonsera de la tarde. Una casa con terracita, tiestos, dos bombonas de gas, tendedero, cobertizo de aperos y un hortanco con cebollas. Camino adelante encontramos la casería Sorgiñe al pie de montes y prados espesos, donde parecen bordados rebaños de ovejas y altos caseríos blancos. A orillas de la pista se me iluminan por unos instantes unas flores humildes y esdrújulas: campánulas, verónicas, tréboles y oréganos.

Tras cruzar un pequeño afluente por un puente de madera, llegamos a un rincón idílico, de esos que se describen en las nove-

las románticas o en los cuadros paisajísticos arrebatados. La regata del diablo, que huye entre hierbas altas, es el centro del cuadro, con sus remansos, pozos, cascadas, remolinos y rápidos. No falta ni un chopo lanzal ni una cabaña de piedra, tejado de lajas y puerta de madera. Sube la trocha bajo un toldo de avellanos, y damos con un arroyo que se precipita junto al camino. Es cosa de ver varios troncos de castaños todavía en pie pero hendidos, y algunos en tierra, enfermos tal vez un día de cáncer cortical, o caídos de centenarios, con el libro abierto en canal: enormes animales vegetales que devuelven al bosque lo que el bosque les dio. Estamos en la Gaztainadiko Malda (cuesta del castañar). Marimaitaren Borda, otro título romántico, da nombre a una vieja borda de piedra con tejado de lajas y tejas metálicas.

En el último tramo del sendero, muy húmedo, gruesos limacos marrones van y vienen con lentitud rítmica y lustrosa. Desde el altillo, vemos otra media docena de casales en el vallecico inmediato. En el altillo está la ermita de Santa María Magdalena, reconstruida con ayuda privada en 1976, en memoria *(oroitzapenean)*, como dice la leyenda en vascuence, de la difunta Cipriana Setuain Arostegui. Con forma de humilladero, en un cuidado entorno natural, tiene una planta trapezoidal, muros de sillería, y cubierta de pizarra. El interior, muy reducido, se comunica con el exterior por medio de una reja. La preside una talla popular de la santa y le cuelga una campanita por el oeste.

Nos quedamos mirando y gozando el hondo, lírico y épico Valle de Carlos. Las hayas ascienden y descienden, ya con alardes bélicos ya con gestos de humildes andantes, hacia las dos rutas de los metales, de los imperios y de las peregrinaciones. Mugen, como un cuerno guerrero y lejano, unas vacas pacíficas y cercanas.

Hace casi veinte años recorrí todos estos terrenos con el alcalde y los concejales de la villa. Hoy me parecen paisajes nuevos. Y es que la mitad del paisaje lo llevamos en el alma.

A mediados de agosto, vuelvo con Santi desde Roncesvalles a Valcarlos. Salimos por el camino del cementerio, que levanta cedros y cipreses, hacia el barrio de Gaindola, alto como su nombre. Deja-

mos atrás varios caseríos con sus almacenes, cobertizos y huertas. Blanquísimos nos parecen desde aquí, bien distribuidos y comunicados, los del pueblo francés de Ondarolle, tan ligado a Luzaide.

Una señora y un joven que vienen en coche a uno de los caseríos nos confirman que vamos en la buena dirección. Ahí está el indicador de madera, pero algún bárbaro le ha arrancado el mapa. En el término de Berraguko Pentzea (pradera o pastizal de jaras), rodeados de hayas, acebos y helechos altos, vamos por un camino mirador que da a la hondonada de Satan Erreka, que recorrimos hace un mes. Pronto alcanzamos Ilarramuñe, donde hay dos bordas con vacas. Espesos helechales colonizan todas las laderas. Desde el collado de Iralepo (collado de helechos) nos llegamos al calvijar de Karrobiskarra (¿espalda de hielo?), un buen mirador sobre las caserías de Gaindola: Mikelarengo Borda, Martiñorenea, Zubialdeko Borda, Pagazar..., y mucho más allá. Corre ahora una brisa ligera. El camino desciende plácidamente entre prados y fresnos cabeceantes.

Tampoco hoy ha lucido el sol. Sin sol los bosques se vuelven más tímidos, más silenciosos, más replegados en sí mismos. Tengo oído que por la noche se recogen como las castañas en sus erizos y que de día no acaban de abrirse del todo.

Los hombres primitivos, o muy líricos en algunos casos, vieron en los bosques toda clase de seres fantásticos, monstruosos o divertidos. Hoy vemos sólo su belleza no personificada. No hace falta temer a Fauno, amante de Marica; a Mari o al Basajaun. Pero la belleza de la naturaleza es tan grave, que agrada, encanta, impone y a veces espanta. Antes como ahora.

# POR LA SIERRA DE LÓQUIZ

Después de tomarnos unos suculentos bocadillos sobre una mesa de piedra en el choperal de Murieta, habitado de nostalgias juveniles para el viajero, enfilamos con ganas la poco conocida carretera de Ganuza. Tiembla por los campos de Valdega y Distrito de Metauten

*el mediodía cereal y puro,*

que vio temblar tantas veces en su Castilla natal y también en Navarra el fino poeta Dionisio Ridruejo.

En el interior del nuevo frontón de Ganuza pusieron, allí arriba, una ikurriña. Hay varias granjas nuevas alrededor del pueblo. Seguimos hasta Larrión bajo los escarpes o acantilados subverticales calizos de la Sierra de Lóquiz, entre campos de mies ya recogida. En el viejo y espeso encinar vemos un caballo blanco y pensamos si no nos lo envía el mismo apóstol Santiago para ir a visitar luego su ermita en Lóquiz. Pero lo dejamos estar.

Arboleado y estival Larrión, casi turístico. Tomamos un café

impulsivo y grupal y marchamos a toda prisa hacia la Sierra, que las tardes de agosto no son eternas.

Sin querer y queriendo voy comparando estos pueblos queridos con lo que recuerdo de mi última, lejana visita. Han sido bien pavimentados: se han arreglado las casas; las han revestido de flores; se han construido muchas viviendas, dentro o fuera del caserío: quintas o villas: Eulz, Arteaga, Metauten, Ganuza, Ollobarren, Ollogoyen...

Benditos campos de cereal cosechado, algunos almendros en laderas y cabezos, bosquetes de encinas, algún que otro choperal. En la plaza de Ollogoyen, más allá de los rosales blancos y de los adelfos rosados, sigue rigiendo la seudoplaca que dice: *Plaza de Luis Ladrón*, aunque sólo la última letra del apellido sea la original de 1982. Es una de esas plazas calderonianas, donde el pueblo dramatiza como puede sus deseos de justicia popular.

Desde Ollogoyen subimos, metidos entre enebrales, bojerales y espinales, por un camino ancho, largo y curvo, que es un cantizal. Dejamos a nuestra izquierda la ermita de San Cristóbal. Al llegar a la campa, pega un airaz que casi no nos deja andar. Nos asomamos rápidamente sobre Ganuza y su entorno. Qué gozo contemplar desde lo alto para saber qué y cómo es cada cosa, su forma, su color, su lugar, su consistencia. Y para poder contemplarla mejor de nuevo. El aire, como en *El horizonte* de Jorge Guillén, está en colmo:

*dorado, duro, cierto:*
*tansparencia cuajada.*

Nos acercamos a la ermita, situada en un manso declive, en medio de la campa, entre un plantel de jóvenes plataneros. Buen color y figura tras la restauración. Tejado de teja clara y dos chimeneas. Una placa de piedra sobre la pared nos precisa: *Basílica de Santiago de Lóquiz*.

Vienen dos muchachos altos y rubios desde el norte y pasan de largo no muy lejos de nosotros. ¿Dos peregrinos, dos montañeros, dos ángeles andantes? A pocos metros pastan unas yeguas, nobles y silenciosas.

En el costado sur del complejo edificio de sillar irregular, se abren tres huecos y dos saeteras, que corresponden a la antigua casa del Ermitaño y hoy casa de Juntas. Un caño recoge el agua del tejado, llena un recipiente interior, y sale en forma de grifo al exterior. Tres contrafuertes prismáticos, que se prolongan en los ángulos de la cabecera protegen el costado norte, batido por todos los cierzos.

Santiago de Lóquiz pertenece a una Comunidad de 25 pueblos, que administra el *Monte de las cinco Comarcas* (Améscoa Alta, Améscoa Baja, Val de Lana, Valdega y Val de Allín), de la que es símbolo y patrón. Se levantó probablemente a finales del siglo XIII, aunque las reformas hayan sido muchas en tiempos posteriores. Su advocación primera hasta 1630 fue San Cucufat o Cucufate, martirizado el año 306, donde un día se levantó el monasterio que llevó su nombre, San Cugat del Vallés. Escogida como sede y casa social de la Junta de los Diez, o Junta *de Dieces* (dos por cada un de las cinco comarcas o valles), a ella subían por San Miguel con el capellán, el ermitaño, el escribano, algunos pastores y ganaderos, cazadores de lobos que venían a cobrar el estipendio, y las imprescindibles guisanderas que aliñaban cocido o guisado de carne y cordero asado, o freían 29 libras de truchas, si la fiesta caía en viernes.. En el siglo XVII las juntas pasaron a ser tres: en san Miguel, (29 de septiembre), en la fiesta de los santos Simón y Judas (28 de octubre), y el día de Santiago (25 de julio). Ésta oscureció en tiempos de fervor santiaguista a las otras y se impuso la advocación actual, mucho más nacional y popular. Ya en 1700 *los Dieces* acordaron reparar la ermita y hacer un nuevo retablo *de corazón de nogal, cortado con buen aire y en buen tiempo*.

Todo esto conviene saber para entender siquiera el edificio por fuera y sobre todo por dentro. Bajo el pórtico exterior hay un fogón

con dos parrillas, todo bastante sucio, una mesa de madera y escay, con poyos de piedra para sentarse. No faltan las infames pintadas a favor de la banda terrorista y las inútiles contra ella, a pesar del aviso que aconseja dejar el lugar como nos hubiera gustado encontrarlo. Pero hay gente a la que le importa poco encontrar un lugar tan sucio como es ella misma. La puerta interior de chapa ha sido blanco sucesivo de tiros de perdigón y de bala.

Abierta la puerta con dificultad, subimos al primer piso, donde, al lado de un cuarto de entrada o de espera, con un perchero y bancos, se abre una sala embaldosada, con mesa larga, sobre la que hay algunos viejos ceniceros, y asientos corridos; y en las paredes, cuadros piadosos y tradicionales, un crucifijo y una pizarra. Cerca de ella, una cocina con suelo de madera, pintada de almazarrón rojo y azul, donde cuelga un calendario de 1996. Sarmientos, parrillas, asador, hierros de marcar, banco, banquetas, fregadera, armario con vajilla antigua y detergentes. Una ventana con reja.

Por unas escaleras bajamos hasta la entrada de la ermita, cubierta por una gran una viga de madera. Una leonera contigua, llena de troncos.

La iglesia es una nave rectangular en cuatro tramos, cubierta por una bóveda de crucería simple con nervios y arcos fajones apoyados sobre ménsulas. Ocupa la cabecera un retablo neoclásico del siglo XIX, que cobija una escultura de mármol de Santiago: *Hoy, día 25 de julio de 1946, es colocada la imagen del Apóstol Santiago*.

A la salida, vemos un aljibe exterior de piedra lleno de agua, junto a la cabecera del templo.

Se acerca un deportista de la zona, con su bicicleta montañera. Pegamos la hebra sobre el último escándalo del Tour, y él dice riendo que sólo bebe agua. Nos hacemos dos fotos, una con el fondo de la basílica y otra con el fondo de los peñascales cercanos.

Vamos hacia el cercano mirador natural –vasta balconada sin barandilla– por un suelo calizo y agrietado, poblado de bojes y enebros enanos, y alegrado por escabiosas y brecinas en flor.

Javier ha traído el catalejo con el trípode para poder mirar con tranquilidad. Pero el airazo no nos la hace posible esta tarde. Con todo, miramos y volvemos a mirar los buitres encalados y satisfechos en las repisas de las peñeras sureñas de Lóquiz, aunque sean menos que los de las buitreras de las Limitaciones. Luego instalamos el observatorio de cara al valle, y nos vamos turnando todos intentando identificar y describir pueblos, sierras, bosques, polígonos...

Allí lejos, el lomo abrumado y brumoso del Perdón. Y el peñalón encinado de Echauri. Más cerca, el gris polígono industrial de Villatuerta. El castillar-costillar grisencino, inconfundible, de Montejurra. La leve pirámide de Monjardín, desgastada por la historia y la intemperie geólica. Y ya más cerca de nosotros, Arizala y su torre altiva, Larrión caminero, Igúzquiza rehogado en encinares, Zufía entre casas nuevas, los pueblos del Distrito de Metauten. Y, después de dudas y discrepancias, Arbeiza y Zubielqui, que desde aquí parecen todo uno.

Nos lleva el cierzón, nos lleva, con trípode y todo, a pesar de que nos hemos puesto por resguardo la mata de boj más alta de este mirador descarado y desafiador. Los buitres, en cambio, seguros, tal vez hartos, sesteadores, no se mueven, tampoco miran, y menos contemplan.

Íbamos a ir a ver la *balsa grande*, que está cerca de aquí, pero al fin no vamos. No sea que el cierzo loco nos precipite en el agua.

La Sierra de Lóquiz (por los dientes serrados que acabamos de ver), una de las menos conocidas por los navarros, tuvo en don Luciano Lapuente, el etnógrafo y escritor y el párroco inolvidable de San Martín, uno de sus más lúcidos conocedores y de sus más fervorosos propagandistas.

Plegada y desplegada al sur de Urbasa-Andía, cierra con su flanco septentrional el Valle de las Améscoas, y el alavés de Arana, y hace de línea divisoria entre el clima cantábrico-atlántico y el mediterráneo, asomándose por el sur a los valles abiertos del Ega y la Berrueza y rodeando el *brey* o cubeta del Valle de Lana.

La Sierra de Lóquiz es alargada de oriente a poniente, con unos 22 km. de longitud. Su superficie es de 3.372 ha. El almenar amurallado, grisrosáceo y cobrizo, que da al valle de Allín, estira su cintura acantilada hacia la sierra madre de Urbasa, pero ante el desfiladero imposible del Urederra y el reto provocador de las Peñas de Echávarri y de san Fausto se encabrita, para poder competir y dominar los aledaños, en la cima de San Cosme (1.092 m.), frondosa de hayas y regalada por una fuente, que es la única de la Sierra.

Por dentro Lóquiz es montaña dura y pobre. Pero a lo largo de los siglos los veinticinco pueblos navarros y seis alaveses vieron en ella la prolongación de sus pequeños pegujales, cortaron madera para sus cocinas y sus casas, llevaron allá sus rebaños –vacas, yeguas, ovejas, cabras y cerdos–, levantaron majadas, clavaron mojones y abrieron caminos. Allí se encontraron con los paisanos de los pueblos vecinos, con los que discutieron, riñeron o amigaron. Pero al fin, distinguieron entre todos lo que cada pueblo llamó su *monte común* o *limitación* –el terreno de la Sierra más cercano– del *Comunal* o *Monte de las Cinco Comarcas*, que, andando el tiempo, se llamaría *Parzonería o Mancomunidad de la Sierra de Santiago de Lóquiz*, formada por 25 pueblos faceros que circundan la Sierra. La originalidad está aquí en que cada pueblo agrega durante una parte del año su *limitación* al disfrute común de todos ellos.

Además de la facería de Santiago (3.372 ha), la Sierra cuenta con la facería de Zúñiga-Gastiain, con 141 ha; la de Legaria-Oco-Etayo, que goza del charal denominado Sarza la Baja en unión de los 25 congozantes de la Mancomunidad de Santiago, y la que mantiene la villa alavesa de Contrasta con dicha Mancomunidad en 259 ha. de la Sierra, en zona fronteriza.

Seguimos avanzando con el andariego de José Luis por el carrascal, trufado de bojes, espinos y enebros. Cuando remontamos los 700 metros de altura aparecen, sin sorprendernos, las hayas, las hayas

madrinas, y el suelo comienza a humedecerse de helechos. Vemos una pequeña balsa, de las muchas que encontraremos en la Sierra. Impermeabilizadas con cemento, en ellas se recoge el agua de las lluvias y se conserva durante mucho tiempo en este monte sin agua.

Y va y encontramos al subcelador Ángel Mari, que lo fue también con Manuel Mari en Aézcoa, y al vicepresidente de la Junta, Aniano, que andan esta revisando los acotados del monte. Nos han tomado en un principio por cazadores, pero ya han visto pronto que no. Como cuatro son amescoanos, parzoneros todos ellos de Lóquiz, se entienden pronto entre sí y después con los demás.

Les pregunto por la situación, los trabajos y las economías de la Mancomunidad. Me dice el vicepresidente que durante los años cuarenta y cincuenta, años de dificultades generalizadas, se le dieron demasiados tajos al bosque, que tiene un 35% de encinar, un 17% de hayedo, un 10% de bosque mixto y el resto de pastizales. Eran años de pobreza y hasta de miseria para ciertas familias, como vimos cuando visitamos el Monte Limitaciones, años en que la gente sacaba lo que podía de los bienes comunales, tenía el leñeo gratuito, no digamos la recogida de frutos silvestres, y hasta deforestaba donde le mejor le parecía para sembrar patatas o cualquier otro producto inmediato.

La Junta decidió por todo eso que en estos últimos años no hubiera reparto alguno, que fueran años de conservacionismo intenso, y que los escasos bienes de la Mancomunidad se reservaran para el mantenimiento y el fomento del Común: nuevas plantaciones, acotados, pistas, vallados, balsas, arreglo de la ermita, etc. Nos despedimos, prometiendo nosotros volver con un poco más de calma a esta enorme Sierra desconocida, y nos acercamos al largo mirador de la Sierra de Lóquiz sobre las Améscoas.

Ninguna exposición sobre la Améscoa Alta será nunca comparable a esta vista grandiosa, donde humildemente se dejan retratar por el sol y el aire de la tarde todos y cada uno de los pueblos amescoanos, todos niños, menos Eulate, que ha alargado un poco más.

Ecala, el más pequeño, es desde aquí el más cercano y visible, subido al taburete de su alcor.

Pastan cerca unas vacas barcinas. Tenemos delante unos cuantos opulentos ejemplares de tejos (*aguinas*), con muchos plantones, rodeados de espinos, fresnos y enebros. De un aljibe algo elevado baja el agua a unas pilas

Dejamos el placentero mirador sobre las Améscoas, cerca de donde parte el viejo camino a San Martín y enfilamos, hacia poniente, el estrecho corredor de la Sierra. El monte de la Mancomunidad hace sobre el mapa la figura de un renacuajo, con las patas traseras extendidas, entre el pico de san Cosme y el brazo de Gogorra (Murieta); el lomo corto; una única pata apoyada al oeste del Raso de Viloria; cuello largo y mínimo, y la cabezota sobre la muga alavesa, entre Larraona y Gastiáin.

La primera referencia documental es el *Apeo General y Limitaciones de la Sierra de Lóquiz*, de 4 de marzo de 1357, sentencia de don Gil García de Yániz, señor de Otazu, que presidía la Corte Mayor de Navarra, como representante del infante don Luis, hermano de Carlos II, a quien el rey había nombrado lugarteniente del reino durante su ausencia.

La sentencia, que indica los motivos por los que se lleva a cabo, concede a cada concejo los términos y montes contenidos en la respectiva *limitación* hecha por sus procuradores, reconociendo a la vez el derecho de las cinco comarcas a los árboles y sus frutos, yerbas y aguas, como cosa propia común en los otros términos y montes de la Sierra; constituye un órgano de gobierno y administración, la Junta compuesta por diez *hombres buenos* –los *Dieces*–, dos por cada una de las comarcas.

En 1895 la Diputación Foral aprobó las primeras ordenanzas para el régimen y la administración de la Sierra de Santiago de Lóquiz, aprobadas antes por los representantes de los pueblos, con un

vigencia de seis años La Junta quedó reducida a cinco miembros, uno por cada comarca, que debían tomar posesión el día de san Miguel, y se añadieron dos sesiones a las tres tradicionales: el 22 de enero y el 22 de abril.

En las nuevas ordenanzas de 1936, año en que de los 25 pueblos salieron masivamente a la guerra los jóvenes con boina roja, la Junta pasó a tener 25 miembros, elegidos por los concejos, mientras las reuniones anuales se redujeron a cuatro.

Las últimas ordenanzas fueron aprobadas por la Diputación Foral por decreto del 3 de febrero de 1961 y son las ahora vigentes. Según ellas, las sesiones de febrero y octubre se celebran en la casa consistorial de Estella, donde también pueden hacerse las subastas de venta de árboles, y las de julio y septiembre en la basílica de Santiago. Pero una orden foral, de 30 de noviembre de 2000, ha introducido tres disposiciones importantes: que el cargo de representante se corresponda con el mandato legislativo, y que las dos sesiones ordinarias de la Junta se celebren el último sábado de febrero y septiembre, la primera en el local del pueblo que ejerza la secretaría, y la de septiembre en la basílica de Santiago.

Se ha roto así la tradición del día de san Miguel, que venía desde 1357. La comodidad del sábado ha prevalecido frente a siete siglos de costumbre y devoción. Una tercera modificación devuelve la originaria soberanía a la Junta sobre aprobación y modificación de las ordenanzas, cuyo texto se remitirá de ahora en adelante al Gobierno foral para su registro y toma en consideración.

Nos lleva José Luis por pistas para nosotros invisibles, despacio y buena letra, para que podamos ver y contemplar a nuestras anchas la parte central y occidental de la Sierra. Pasamos cerca de los

Corrales de Viloria, al resguardo de una ladera, donde pastan unos cerdos altos, gordos y bien parecidos (*la montanera*). De los corrales, sólo dos están en pie; los restos de otros cinco se hunden ya en la maleza. En la balsa concejil dentro del Raso, llamado también de Viloria, abrevan yeguas y potros, relucientes castaños al sol. Más allá, la mota blanca de la ermita de santa Quiteria.

Envuelve un cendal de calima los últimos bordes del horizonte. Pasan unas nubes blancas, ligeras. El sol reverbera en los acerados rastrojos de los somontes cerealeros de Valdega, Mendaza y Los Arcos. El enebral y el matorral se reparten ahora el suelo. La columna vertebral de la Sierra va elevándose poco a poco hasta Monte Santo (1255), en el cabo suroccidental. Vuelven las carrascas, unos espinos altos, algunos arces. Vemos bien, a 1028 metros, Montejurra y Monjardín, las Dos Hermanas, y Acedo, bajo el Estemblo. Enebros, juncos, escaramujos, chaparros. Nos acercamos al Puerto de Ulíbarri, al oeste del monte La Reineta. Una amplia vaguada con hayas. Los Corrales de Narcué, en las faldas de Artachueta, nos evocan el lugar más próximo, al sur del prieto encinar y de los cortados de Lana. Me acuerdo del *Andasolo*, personaje novelesco de Fernando Videgain, que vagabundeaba por aquí.

Intenta nuestro prudente y a veces audaz ductor llegar al Puerto de Narcué, pero las anfractuosidades del terreno se lo impiden. Cambiamos de rumbo, y rodeando una pequeña loma, hacia el norte, llegamos a la caseta de los bomberos de Navarra, observatorio de Ulíbarri: *Puesto de vigilancia para la defensa contra incendios forestales*.

Desde aquí la visión es inmensa, más seductora todavía con el penúltimo sol y con un cielo de paleta de pintor. Gracias a la caseta podemos resistir el cierzazo. Vemos bien los pueblos de Améscoa Baja.y de Valdeallín. Y hasta el Moncayo, Cameros y la sierra de Cantabria. Crepita de luz final toda la vega del Ebro. El verde crudo carrasqueño del espaldar de la Sierra se deja caer por los costados verdehayedos del norte y del sur.

*Riguroso horizonte. / Cielo y campo, ya idénticos,*
*son puros ya: su línea.*
*(...)*

*Pero la luz resbala | sin fin sobre los límites.*
*¡Oh perfección abierta! | Horizonte, horizonte*
*trémulo, casi trémulo | de su don inminente.*
*Se sostiene en un hilo | la frágil, la difícil*
*profundidad del mundo.*

Volvemos a casa, que ya es poca la luz, subiendo y bajando por muchos turrutales. El regreso desde aquí merece otra crónica.

Al pasar Larraona, damos con una hija de Satur. En Aranarache han puesto un gran espejo retrovisor. Ecala es ya cinco lucecitas. Eulate ha estrenado nueva casa consistorial y les da la luz a los plataneros del atrio– Y en San Martín nos espera la Loli con su corte de damas, para darnos una cena todo menos fría, que no nos merecemos por llegar tan tarde.

# VILLATUERTA

Vuelvo durante unas horas a Villatuerta. Es un domingo vestido de domingo. Voy por unas calles con casas nuevas y renovadas hacia su hermosa iglesia gótica, sostenida por altos contrafuertes sobre un altozano, que domina la vega del ya derengado Iranzu, corrido desde Usuaran y los montes de Lezaun. Celebra la misa de doce el P. Rufino, aquel joven *verbita*, a quien conocí como reputado gestor de la casa de los misioneros y de su editorial estellesa. Canta un coro de voces altas y vibrantes. Recuerdo mis anteriores visitas, sobre todo aquélla de finales de enero de 1975, cuando me refugié por unos días, huyendo de una justicia represiva, en la casa parroquial de mi condiscípulo y amigo, Jesús. Yo le acompañaba en la misa, y después iba solo por el campo y los montes Musquildia y Maurien, que desde entonces miro siempre doblemente agradecido. Leo en los anuncios del atrio los programas de muy diversas actividades de dos asociaciones culturales, San Veremundo e Iranzu.

En el atrio exterior y en la Rúa Nueva encuentro varios peregrinos, bien equipados, que hacen el Camino. He visto en misa a varios de ellos, muy devotos. Yo también pasé por aquí y describí aquel paso, viniendo desde Mañeru y yendo hasta Ayegui.

Tiro hacia la Ronda de la Iglesia, entre nuevos chalecillos ado-

sados, con sus jardines de miniatura. El Iranzu, ya muy corto de estatura, que acaba de recibir aquí mismo la regata de Maurien y está a punto de rendir viaje en el Ega, pasa entre hermosos cerezos silvestres, álamos, fresnos y alisos prietos. Luego me pongo a leer un rato en un banco del cercano sotillo de catalpas, detrás del centro de salud. Un padre joven y paciente juega con su hijo en el parque infantil. La sombra es buena, el entorno delicioso, pero las moscas no paran. Salgo por el paseo a orillas del Iranzu, contemplo el puente medieval, cargado de siglos andariegos y me meto por la Rúa Vieja, desviándome una y otra vez para ver mejor cómo ha crecido la villa, a veces a la buena de Dios, en número de calles, de bloques, de pisos exentos, adosados, de todo tipo. Sobre todo en estos terrenos bajos, en los que el pabellón polideportivo fue un reclamo madrugador.

Aguas arriba del puente, el río lleva una guardia ecológica y espesa de sauces llorones, que es un primor. Por andar y andar, me alejo de la carretera, a donde tengo que volver. Subo un pequeño desmonte y espero en el jardín de una de las primeras quintas levantadas junto al viejo camino real.

Caemos en el hostal de Arandigoyen, pueblo que encuentro más caleado, limpio y luminoso que la última vez. Resulta que es hoy el tercer día de las Fiestas. Hay un corro de gente tranquilamente festiva en el anchurón central. Como hoy se come tarde y en casa, estamos casi solos en el comedor hostelero, junto a dos deportistas venidos de lejos. Será tal vez por eso que nos sacan una lubina, tan grande que parece pescada en el Iranzu.

–Sí, señor, en el Iranzu, me dice con retintín y sonrisa satisfecha la dueña o con-dueña, cocinera y camarera al mismo tiempo

El abuelo, en una mesa cercana, come y juega con la nieta, que no le deja comer. Para ella también es un día de Fiestas.

# LA NIEBLA
## (Homenaje a las víctimas de los hijos de la niebla)

### I

La situó el novelista Stephen King
en un pueblo del estado de Main,
en la profunda América del Norte,
convertido después en  todo el mundo
por el arte cinética de Frank Darabont.

Era una niebla nunca antes vista:
espesa, envolvente, adhesiva, constrictora,
destructora implacable
de la vida en la tierra.

Sólo unos pocos pudieron evitarla,
metidos de prisa en un supermercado,
que cerró a tiempo todas las salidas.
Paradójico símbolo de una humanidad
sitiada por el pánico a la muerte.

Allí compartieron unos días agónicos
los guapos y valientes Thomas Jane, Marcia Gay Harden,
o André Braugher
–actores, al fin y al cabo, de películas–
con decenas de pobres diablos
huidos de la niebla,
monigotes del pavor,
subhombres terrificados.

Era una niebla al servicio de la muerte cercadora,
madriguera de monstruos de fiereza mecánica,
de forma extraterrestre,
de tentáculos ubérrimos, prensiles,
viscosos, repugnantes.
Convertidos de día en aves crueles de rapiña,
violentos se cebaban
en la carne feraz y temblorosa
de las víctimas más jóvenes y bellas.

## II

Una niebla monstruosa
–lo sabemos–
va recorriendo el mundo.
Esa niebla que llamamos *el mal*:
el hambre, el odio, el dolor,
la injusticia, la guerra, el terrorismo…

Una niebla, invisible con frecuencia,
y a veces bien visible y espantosa,
nos ha salido al paso de continuo
en los últimos años.
Conocemos los confusos orígenes,
pero ciertos,

de sus monstruos camuflados y serviles,
sus inicios cautelosos,
sus avances certeros,
sus cercos compulsivos y tenaces,
sus ataques iracundos,
su perversión sin límites.

## III

Cuántos años llevamos per-seguidos,
compelidos, rodeados, acosados,
por la burla, el dicterio y el estigma,
la injuria, la calumnia,
el desprecio, el olvido o la revancha,
el crimen, y la infamia final después de muertos.
Son las armas maestras de los monstruos escondidos
y de todos sus cómplices, a veces manifiestos,
que niegan la existencia de esa niebla,
su envoltura terrífica,
su amenaza, su peligro, su nequicia o sus horrores;
que la explican en su caso, la adoban, la maquillan,
cuando no canonizan
–dioses endemoniados de ese infierno–
de progreso o justicia sus excidios.

Cuántos años de lágrimas, que parecen inútiles, como una
[lluvia seca;
de palabras impotentes, que parecen grabadas en un
disco oficioso;
de promesas, que duran unas horas: ¡cada uno a lo suyo!
Cuántos años volviendo a lo peor
de la historia universal.

Quien ha visto y oído llorar a tantas viudas,
a tantos padres, hijos, hermanos, amigos, compañeros
de las víctimas
–todas inocentes–
ya no puede ser lo alegre que antes era,
ya no puede no tener en las pupilas
la sombra indeleznable de la pena solidaria
y una triste pregunta decisiva
sobre la inmensa finitud del hombre.

## IV

Tiempo hacía que la niebla
rondaba Berriozar,
pueblo de pueblos, país de países,
por las cuatro vertientes del denso submontano:
desde Ezcaba y Artica,
desde Aizoain y Pamplona.
Lo rondaba con el ímpetu del odio y el terror,
ensayando sus tentáculos de caza.

Un día se adentró en la calle *Askatasuna*
y la hizo la calle del delito cruento,
el ludibrio y la mofa sangrante de toda libertad.
Sus monstruos arrastraron la vida
floreciente y madura
de Francisco Casanova Vicente:
*askatasunaren kalea*,
*askatasunaren etxea*,
*askatasunaren izena*,
*sekulako*
(calle de la libertad,
casa de la libertad,
nombre de la libertad,
excelente y para siempre).

Los monstruos se llevaron también entre sus garras
recios trozos de la vida más íntima
de Anuncia y de Francisco,
de Javier, de Laura y Rosalía:
–nombres de santoral glorioso,
de huerto y poemas petrarquistas–
y de todos los parientes, compañeros y amigos,
que con él, condoliendo y congozando, convivían.

## V

Yo no le conocí. Pero sé que ni siquiera
era un hombre *importante* y menos de poder.
Y que, por ser, como él era,
débil y fácil presa cotidiana,
le arrebató esa niebla insaciable y asesina.
Hijo de emigrantes,
el tren de ganarse la vida les llevó,
como a otros muchos,
a la estación nodal de Castejón de Ebro.
Servidor de su pueblo en la milicia,
estudioso hasta el fin, por oficio y por querencia,
de cuestiones sociales, derechos y deberes;
músico alegre, alegrador de gentes,
con su voz de canario y jotero juglar,
no había en su limpia ejecutoria otro elitismo
que el de un alma noble en servicio constante.

Felices…, sí, felices,
aquí y allí, y en todo tiempo,
los limpios de corazón.

Y no usemos –ingenuos, mezquinos o cobardes–
vocablos abstractos, rimbombantes, bien vistos,

para decir por qué le acribillaron.
Ser español, y español simbólico además,
era aquel día, lo mismo que es ahora,
motivo principal
de condena suprema y parabellum.

Pero un pueblo paciente y condolido,
viento de pueblo, justiciero nato,
se despertó sobre la tierra maldita por la sangre del
[crimen,
se puso en pie por fin para espantar los monstruos
entre la niebla huidiza,
y confortar después a tantas víctimas
del miedo derramado.
No fue vana la muerte de Francisco Casanova
ni siquiera en su pueblo.
Su testigo de inmediato testigo
de la vida y su valor primerísimo
va pasando, más vivo que nunca, entre miles de personas,
como nunca imaginaron sus aleves matarifes.

## VI

En aquel infeliz supermercado
de Main, que hacía de refugio,
salieron también de su escondrijo
los vicios capitales que, entre nieblas, nos acechan.
No faltó la fanática devota,
que blandió la santa Biblia lo mismo que una espada
para anunciar castigos ejemplares
de manos de un dios apocalíptico,
mal entendido y peor manipulado,
exigiendo, lunática, expiación y sacrificios personales.

Todo terror desempolva o inventa las culpas que le sirven.
Todo terror se nutre de fríos preparados de venganza,
y se erige en profeta febril de expiaciones.

Nosotros creemos en el Dios de Jesús de Nazaret,
padre y madre de toda criatura.
Jesús, el hombre justo, en su intensa humanidad,
nos reveló el amor y la entrega de Dios
hasta el fin de lo posible,
no su cólera o su noble, mayestática,
dignidad ofendida.
El fue el mártir-testigo ejemplar
de una vida volcada, contra viento y marea,
en la felicidad de los mortales,
de aquéllos, sobre todo, apartados de la dicha:
míseros, enfermos, apestados, *pecadores*…,
excluidos de la vida común, del templo, de la ley,
y de un Dios excluyente y vengativo.

Él no buscó el dolor, la desgracia y la muerte tormentosa.
Él buscó el compromiso civil y religioso con todos sus
[rigores.
Él bebió el cáliz vital y fraternal hasta las heces.

Es lo que aquí y ahora estamos celebrando / reviviendo.
El memorial más vivo de aquel ser admirable
–cuerpo y sangre, en términos hebreos–
es , porque él quiso, un pan que nutre y fortalece,
y un vino que reúne y regocija.
Real-sacramental presencia de su vida y de su muerte
por amor a los suyos.
Fácil de sentir, de explicar, y fácil
de imitar y de heredarlo por los siglos.
Una cena que contagia y compromete,
fraternal / sororal comunión constitutiva
para gozo, plenitud y pervivencia de los hombres.

## VII

Hoy, a nueve de agosto, en Berriozar,
octavo aniversario
del feroz exterminio de Francisco Casanova.
Fiesta cristiana también del martirio-testimonio
de aquella joven filósofa sutil,
judía y alemana, Edith Stein,
–Sor Teresa Benedicta de la Cruz–
carmelita arrastrada
al campo de exterminio de Auschwitz-Birkenau,
a manos de los mismos devotos de los ídolos
de la sangre, de la tierra, de la raza,
de la fuerza, del dominio, y de la muerte
del otro, del extraño o del impuro.
Fue una víctima de los hornos de gas,
otra niebla *científica*
de los hijos de la niebla antropofágica.

*

Juntos, aquí, en concordada voz, la conjuramos.
Juntos, aquí, desde su misma raíz, la maldecimos.
Juntos, aquí,
prometemos a Dios nuestro Señor
–el único Señor en quien creemos–,
no dejar de alejarla y anularla,
con todas nuestras fuerzas,
con su ayuda y la ayuda
de todos las personas de limpio corazón,
en todos los momentos de nuestra corta vida.

*

(Simancas-Berriozar (iglesia de san Esteban, 9 de agosto de 2008)

# POR TAFALLA SURESTE

Hoy, que tengo un tiempo libre, parto de la avenida Severino Fernández y bajo hasta la comba que hace el Cidacos, recostado en un cerrillo de pinos que parecen querer desprenderse de la frágil pendiente a cada momento. Las dos residencias de ancianos –la de los ricos y la de los pobres, como se decía antes más–, que durante muchos años fueron las únicas en toda la zona, han ampliado y renovado sus conjuntos residenciales y se han rodeado de bonitos jardines y de amplios espacios de recreo. En la parte posterior de uno de esos edificios se han instalado los juzgados del Partido Judicial de Tafalla; tal vez el olivo, por raquítico que sea, de su mínimo jardín quiere ser todo un símbolo.

Voy descubriendo toda esta Tafalla sureste, que sólo había entrevisto antes en construcción. Son, en general, bloques de casas de media altura, de noble arquitectura y buen material, todavía en expansión, y varios rodales de villas ajardinadas. Todo cristal y luz es la escuela infantil de la ciudad. Las calles llevan los nombres de los lugares de la Valdorba y de Barasoain.

Tras el pecinal que asoma entre los carrizos más acá del puente, los tafalleses han inventado un río que parece de verdad y hace posible el muy agradable y silencioso paseo –Camino del río Cida-

cos–, que llega hasta la presa, al pie de las traseras de las casas de la avenida Sangüesa que dan al Paseo de las Ruedas. Sólo turba la calma el paso próximo del tren, pero ese ruido es un ruido entre turístico y civilizador. Me siento en uno de los cómodos bancos y sorbo el sol de la tarde dominguera. Pasea a estas horas, pausada, alguna persona mayor, y de vez en cuando pasan de prisa algún grupo de adolescentes. Huertas y villas circundan al viejo frontón Ereta, junto al de los escolapios, dentro del complejo deportivo del mismo nombre, donde me tocó dar algún mitin con mucho frío en el ambiente.

El Cidacos valdorbero, cuando baja seguro y cabal en invierno o en la primera primavera (redundancia lírica), se pasea por aquí entre orillas muy verdes como un galán que fuera un río hecho y derecho, y da gusto verlo torcerse en la presa –de donde se tomaba antiguamente el agua– y saltar deportivamente entre los robustos plataneros del Paseo Nuevo o Paseo Ereta. Pero en verano y durante los días secos de otoño, el río recrecido, que se disimula mucho en el tramo anterior, llega al remanso de la presa cansado y exiguo, y la presa se convierte poco menos que en un basurero espumoso, que nadie se anima a limpiar.

Hoy que el agua es aún poca y la ocultan los carrizos que se han apoderado del cauce, llego hasta el puente de Errecalde (cerca del río o regata), ampliado en 1865, y ando la calle que lleva a la estación, esa típica estación de pueblo grande o ciudad pequeña, que yo recuerdo casi siempre de noche, a la intemperie, junto a unos pinos, un cobertizo de tablas oscuras, un silo, y un andén solitario. La avenida de Nuestra Señora de Ujué se me aparece en la memoria con el fogoso clamor de los romeros, el último domingo de abril.

Vuelvo sobre mis pasos hasta el puente del viejo camino a Pamplona, de tres arcos de sillería rebajados, muy peraltados, y tajamares pequeños que suben hasta la calzada, frente al polígono industrial Fuente del Rey. Entro por la calle Baja Navarra, típica calle de los años cuarenta, con casas de cinco alturas, tendederos exteriores y muchas antenas, y hago el Camino de Rekarte o Camino Macocha, por el que llego hasta el austero y discreto Instituto Santo III el Mayor, con sus campos deportivos, bajo la sombrillas unos ralos pinares. Una línea de duplex adosados, con grandes garajes, ha crecido al otro la-

do del Camino. Subo por la calle Panueva hasta el viejo matadero y el reciente Centro Comarcal de Salud, de ladrillo claro, junto al taller de Tasubinsa, para trabajadores con alguna discapacidad intelectual, a cuya inauguración tuve el honor de asistir en su día. Miro desde aquí la Higa, la Peña Unzué, esta tarde un poco borrosas de nubes, y una buena parte del intrincado caserío tafallés.

Por estos altos parajes la Tafalla de las casas económicas pero dignas, desde la calle San Martín de Unx en el extremo oriental, hasta la Tras Felipe Gorriti, ha dado un gran estirón y ha trepado por el montecillo buscando acomodo hasta donde ha podido, con casas de muchos pisos y grandes ventanas, integrando algunas antiguas urbanizaciones más baratas Se han abierto unas plazas y anchurones nuevos, bien arbolados, con parques infantiles, y se ha levantado un frontón. La ancha vía Arturo Monzón, siempre con mucho tráfico, separa verticalmente el nuevo barrio del casco viejo.

Estoy en el extremo de la calle de San Juan. Por el jardincillo de la iglesia gótico-renacentista de San Pedro, me llego al atrio, nidal de plátanos silvestres y de sosiego, uno de los rincones más lindos que quedan de la Tafalla labradora y artesanal. Como hay un funeral temprano, puedo ver el templo por dentro: me dicen que van a colocar pronto en el presbiterio el precioso retablo de las Concepcionistas, de los célebres maestros Rolán de Mois y Pablo Schepers.

Por el paseo Padre Calatayud caen unas gotas gruesas que van apagando la luz de la tarde.

# VIAJE A ERRATZU

Aquella mañana otoñal, Irurita, más palaciana que nunca, se dejaba impregnar por el otoño, que da la pátina genuina de la belleza perdurable. En cambio, los plataneros afrancesados y tardineros, a la entrada de Elizondo, aún vestían estivales. Y en Arráyoz las casas engeraniadas del barrio de abajo tenían un aire amodorrido, despreocupado, solar y veraniego.

Erratzu, en el *cuartel* baztanés de Baztangoiza, o Baztán Alto, está plantado a los pies del Autza (1.306 m.) –cuadros clásicos de J.M. Apezetxea–, y cabe la confluencia de la regata Aranea, que baja desde el Puerto de Izpegui, y de la regata Istauz, nacida al sur del Auza, al que rodea largamente por el oeste. Erratzu es también sus barrios Aranea, Azcárate, Gorostapolo, Iñarbil, Iñarbegui, Larrea, Unchide y Zulayeta. Pueblo fronterizo y aduanero, aduana y frontera han sido dos factores importantes en su vida.

El otoño incipiente se cernía sobre el poblado, seguro bajo su rojo tejerío. Colinas, lomas, y cabezos sobre praderas y vallecicos sostenían el verde perenne baztanés. Robles y avellanos, repartidos entre terrenos comunales y lindes de heredades, le ponían unas paletadas de ocres y amarillos pálidos. Vacas y ovejas vivaqueaban por aquí y por allí, ajenas, perdidas.

Las orillas del río Baztán estaban esa mañana pobladas de plátanos, alisos y fresnos; hasta de una higuera. ¿Quién recordaba ya allí mismo la mayor catástrofe de la historia del pueblo?

Eran las ocho y media de la mañana del día 2 de junio de 1913. Un turbión, originado tal vez por una *gota fría* que el nublo descargó en la cumbre del Auza, comenzó a precipitarse con espantosos rugidos desbordando las dos estrechas regatas. Testigos presenciales lo describían como *un gran bloque sólido*, *una formidable columna*, *como un muro alto*, *de unos catorce metros*. Derribó una casa vacía y luego otra. La gente se subía a los pisos más altos. Al horrísono bramido del aluvión se unía el estrépito de los edificios al caer. Los guardias civiles y carabineros disparaban al aire queriendo hacer pública la tragedia. El ganado se ahogaba en las cuadras. Los vecinos tuvieron que salir de las casas porque comenzaban a hundirse o a caerse. De la iglesia quedaron dos paredes sosteniendo la bóveda. Desapareció el frontón. Los puentes entre el pueblo y Arráyoz no resistieron la crecida y la carretera a Elizondo quedó destruida o inservible.

Un *milagro* parece que no hubiera víctimas mortales. En la capital del Valle, siendo la tromba mucho menor, murieron dos mujeres arrastradas por las aguas. Pero en Erratzu los daños de la manga fueron muchos: destruidos tres caseríos, dos atahonas, muchas bordas; hundidas doce casas y hasta ochenta caídas parcialmente o averiadas; arruinados comercios y tiendas; ahogados muchos animales, arrasados miles de árboles. Y todo el pueblo convertido en un lodazal intransitable.

El diccionario de Madoz llama a la actual Herriko Plaza *una espaciosa plaza o más bien prado, con buenos y sólidos edificios*. En Etxebeltzea (Fagoaga Iturralde), con arcada de entrada *(gorape)* y un bello jardín, nació mi profesor de ontología escolástica y vascólogo don Blas Fagoaga.

El casal Buztinaga, de cuatro plantas, hoy Herriko Etxea-Posada –una de las pocas que quedan en el Baztán–, luce orgullía de

blasón y dos víctores de madera más dos inscripciones que celebran a los hijos del solar, Juan Lorenzo Irigoyen y Dutari, doctor por Alcalá, prior de Belate y obispo de Pamplona (1768-1778), y a Miguel José Irigoyen y Dolarea, senador en Madrid entre 1838 y 1843, y después obispo de Zamora y de Calahorra.

El cercano frontón cubierto, construido en 1923, estaba sucio y descuidado, con *goras* a ETA, con el hacha y la serpiente, un *Guardia civil-jo ta hil* (pegar y matar), un *María chivata*, y barbaries así.

La iglesia parroquial de san Pedro, del último XVI, fue reformada posteriormente y reconstruida tras la riada. El airoso Crucificado del sotocoro, de muy bella talla, se atribuye a Luis Salvador Carmona. Un bonito claustro del XVII se yuxtapone al pórtico que recorre el lado de la epístola y contornea el muro hastial. Tuyas, rosales, hortensias, calas, y un pimpante magnolio en el jardín. En las losas claustrales, inscripciones de familias antaño enterradas aquí: Agerrea, Mapinea, dos sepulturas de Echeniquerena (del palacio de Iñarbil).

Frente a la iglesia, el palacio Apesteguía, del XVII, a cuatro vertientes y doble alero de madera, con una solana cubierta en uno de sus ángulos, seguía esperando alguien que le asegurase la supervivencia. Me dicen hoy que ya lo encontró y que se le ha devuelto su antigua majeza.

Pasaba por allí el panadero cantando los viejos y alegres aires de *A Madeleine*..., que evocaban otros años igual de felices e infelices.

– Buen oído, eh?
– Se hace lo que se puede.

El palacio barroco y con dos torres, llamado *de la Aduana*, tan desvencijado como estaba antes, lo vi ese día felizmente reconstruido. Los balcones del cuerpo central sobre ménsulas pétreas, los vanos verticales de los tres cuerpos, la portada recta entre columnas dóricas, los dos escudos, su combinado color blanquirojizo... lo hacen digno de llamarse Iriartea (de los Gastón de Iriarte, sobrinos de don Juan de Goyeneche) y de pasar a ser, junto con Reparacea, Arizcu-

nenea, y el gemelo de Irurita, levantado también por los Gastón, uno de los mejores de Navarra en su género..

Las casas entre huertos de la Iturri Zaharra kalea (Calle de la Fuente Vieja), donde hay una fuente con caño nuevo, son muy lindas, con aleros volados, escudos varios, belenas, parras y flores. Una de las más altas mostraba un escudo de madera con águilas bicéfalas. Hacia el oeste se sitúan los nuevos bloques de viviendas.

Subimos a los barrios más poblados, primero a Iñarbil y luego a Gorostapolo. Casas rurales, con entramado de madera en el piso alto. En el primero nos gustó un lavadero con agua limpia y techo de madera. Un viejo aviso sigue multando, en vano, con 25 pts. *arrojar porquerías y limpiar objetos que no sean de tela*. Junto a la ermita de san Gegorio, con pórtico enrejado y ventanas con malla, una fuente de mármol (1908), *obsequio de México por los hijos de Aldacoechea*, *Juan Martín y José Irigoyen*.

En Gorostapolo toda una familia cortaba la hierba. Ante su casa nativa recordamos al gran misionero (padre blanco) y amigo, Manolo Daguerre, apóstol de Rwanda, con quien conviví en Nemba.

A la bajada visitamos en Zubietea el taller de J.M. Apezetxea, sobrino de Javier Ciga, profesor de Pauli. Estaba lleno de libros, de cuadros, de útiles de pintar. Animador muy querido de pintores baztaneses, amable y parlero, es pintor avezado de paisajes, retratos y bodegones, siempre en busca de la abstracción en el realismo y del realismo en la abstracción.

No se conoce bien Erratzu, ni el Baztán, ni la pintura navarra, si no se conocen las creaciones de erratzuartarra José María Apezechea.

# SE SUBLEVA O'DONNELL EN LA CIUDADELA

Ha sido éste de 1841 un año de gracia y también de muchas desgracias en Navarra y en toda España. Las Cortes, de mayoría progresista, eligieron, el 8 de mayo, regente del Reino al muy laureado general Joaquín Baldomero Fernández Álvarez Espartero, duque de la Victoria, quien juró solemnemente la Constitución y también fidelidad a Isabel II como *reina de los españoles*.

Las Juntas Provinciales han seguido campando por sus desafueros en algunas partes del país: cuando les parece bien, deponen a un párroco, a un canónigo o a un obispo. La reina madre doña María Cristina, ex gobernadora y regente, no pierde sus esperanzas en su exilio francés, consolada por su marido secreto Fernando Muñoz. La nunciatura, mucho tiempo ya sin nuncio, ha sido cerrada por fin y el vice-gerente expulsado y conducido hasta la frontera, mientras el Tribunal Supremo despacha por su cuenta los negocios del Santo Tribunal, suspendido, de la Rota.

Y entre tantos males, resaltemos lo que muchos han calificado como un bien, por relativo que pueda ser. En nombre de la Reina, el regente sancionó y promulgó el día 16 de agosto, la ley de Fueros, votada por las Cortes, tras el acuerdo con la Diputación de Navarra.

El partido moderado, tras la renuncia forzada de la reina madre, está en plena conspiración. En el palacio parisiense de Braganza, en la calle Courcelles, lugar del real refugio, se agita hace meses un avispero de conspiradores, al que pertenece, según voces autorizadas, el teniente general don Leopoldo O'Donnell y Joris, conde de Lucena, ex jefe del estado mayor de Espartero en la reciente guerra contra los carlistas y ex capitán general de Valencia y Aragón, que el pasado mes de julio, pidió poder residir en la plaza de Pamplona. Sabía bien lo que pedía.

Todo eran rumores, los últimos días, de intrigas y de posibles asonadas y pronunciamientos. Pero esta mañana, 2 de octubre, al rayar el alba y antes de que lo dorase la aurora, ha retumbado un cañonazo en la ciudadela, se ha izado la bandera española en el baluarte de San Antón y se han oído gritos de ¡*Viva la Reina*! y ¡*Viva la Reina Gobernadora*! También aunque menos, contra el general Espartero.

Dicen que O'Donnell, con uniforme de general, ha recorrido por la noche los cuarteles de la ciudad, llevándose con él un batallón del regimiento de Extremadura, del cuartel del Carmen. En la ciudadela arengó a las tropas en favor de la reina exiliada, asegurando que unas horas antes había sido arrestado el regente en Madrid. Dicen asimismo que un grupo de sublevados ha intentado apoderarse del jefe político de Navarra, Fernando Madoz, abogado pamplonés, quien había recorrido la ciudad, estando ya sobre aviso de lo que se tramaba, pero que, hacia las tres de la madrugada, pudo escapar, y refugiarse en el cuartel del regimiento de Gerona, sito en la plaza del Castillo. Allí debió de reunirse con el capitán general Felipe Rivero y Lemoine, que había asistido al teatro por la tarde, y al que muchos dan por simpatizante con la insurrección de sus subordinados.

En cuanto estalló la sedición, el jefe político mandó tocar generala y se formó de inmediato el batallón de la milicia nacional, que fue distribuido luego por los lugares de mayor peligro, al mando del segundo comandante del batallón de la milicia nacional, Luis Iñarra Reta, –futuro alcalde de Pamplona, presidente de la Diputación, senador y diputado–, que, horas después, entregó la fuerza a su primo Luis Sagasti García Herreros, primer comandante de la milicia. Acababa de llegar éste de Vitoria, cuando se disponía a viajar a Madrid,

enviado por Madoz para pedir el traslado de O'Donnell y de Rivero y la ocupación de la ciudadela por el regimiento leal de Gerona.

Siempre bajo la dirección del jefe político y con la colaboración entusiasta del Ayuntamiento constitucional de Pamplona, presidido por Facundo Jarauta, ex presidente de la Diputación (1838-1840), y constituido en sesión permanente, se han publicado bandos, esparcido proclamas, armado paisanos... Se ha formado una partida al mando del comandante de infantería don Urbano Igarreta, apodado *El Mochuelo*, activo guerrillero liberal, aunque cojo, contra los carlistas. Se ha obsequiado a la guarnición con vino, aguardiente y una peseta; bastante menos, de lo que ha repartido –un duro, al parecer– O'Donnell a sus fieles, gracias a la ayuda, según cuentan, del comerciante y ex diputado a Cortes Juan Pablo Ribed y, sobre todo, del banquero Nazario Carriquiri, que acaba de llegar de la capital del Reino.

Pamplona está en un ay.

El domingo, día 3 de octubre, la Diputación Provincial, a petición del Ayuntamiento pamplonés, acordó pedir a todos los ayuntamientos navarros que, por deber patriótico, abonaran las exacciones regulares que pudieran hacer las tropas leales al Gobierno; pues de eso dependía en gran manera que la Provincia se viera libre *de la guerra civil*, que, de lo contrario, le amenazaba.

Ese mismo día, el capitán Santos Ayerra, encargado de observar los movimientos de los sediciosos desde la torre de San Lorenzo, donde no tenía siquiera una mesa para escribir, veía entrar por la Puerta del Socorro 36 caballerías cargadas de grano, que habían llegado por el camino de Puente. Durante las jornadas siguientes vio entrar y salir por la misma puerta fuerzas de infantería y caballería, paisanos desarmados, cargas de pan... desafiando alegremente el bando del Ayuntamiento.

El lunes salieron *como setenta caballos… en dirección a los Cizures*.

Y es que O'Donnell ordenó en esa fecha al brigadier Ortigosa que ocupara Cizur Mayor, donde reunió y organizó grupos de antiguos carlistas acogidos al Convenio de Vergara.

También el lunes, el gobierno de la Regencia envió al primer batallón de Gerona y a un escuadrón del Príncipe para someter a los rebeldes en Cizur. Hubo un duro enfrentamiento y muchas bajas, contadas por cada uno a su manera. Mientras tanto, desde la ciudadela comenzaron a bombardear la ciudad, lo que provocó el pánico en la gente. Desde ese momento y en los días sucesivos muchas personas, excepto varones adultos y ancianos cabezas de familia, pudieron abandonar la capital por las puertas de Tejería y Rochapea.

La insurrección militar ha ido extendiéndose a Vitoria, Bilbao, Zaragoza y Madrid. El mismo día 4, el ex ministro de marina Manuel Montes de Oca, cabecilla de los levantados en armas y aspirante a presidir la Regencia interina, publicó un manifiesto en Vitoria, en el que prometía a los *nobles y esforzados habitantes de las Provincias Vascongadas y Navarra* los *fueros en toda su integridad*. Item más:

*La ley que modifica las instituciones de Navarra será declarada sin ningún valor ni efecto. Ni ahora ni después, vascongados y navarros, tendréis más modificación ni arreglo en vuestros fueros seculares que aquellos que vosotros mismos (…) queráis establecer...*

Pocos se lo han creído. Dos días después, desde su residencia en Bourges, don Carlos María Isidro ha desautorizado la intentona: cosa de cristinos y no de carlistas, al fin y al cabo:

*¡Españoles fieles a mi causa! Un puñado de hombres ambiciosos acaban de levantar una bandera de guerra aparentando querer combatir contra la usurpación, siendo así que el nombre que invocan es el de la verdadera usurpadora de mis reales derechos y autoridades. Cerrad los oídos a sus gestiones y sus promesas. (...) Nuestra causa es más santa y más pura: del cielo bajará su triunfo cuando llegue la hora, si sabemos permanecer puros de todo contacto con nuestros mortales enemigos, que lo son de Dios y de su Patria, la hora sonará antes de mucho!*

El sábado, día 9, O'Donnell, que se hacía titular, falsamente, virrey de Navarra y de Vascongadas, tuvo la facha de enviar un oficio al Ayuntamiento pamplonés pidiendo raciones y alojamiento para los 3.000 soldados que habían de llegar de Zaragoza y para los escuadrones esperados de Vitoria.

El alcalde Jarauta no contestó. Más aún, se atrevió el fantástico espadón a intimar a su superior Rivero a que evacuara la plaza en el término de doce horas o reconociera el gobierno de doña María Cristina, so pena de ser tratado como traidor.

El domingo, día 10, florecían los 11 años de la ya espléndida Reina doña Isabel, todavía menor de edad. La artillería de la plaza disparó salvas en honor de Su Majestad, y poco después hicieron lo mismo los agresivos cañones de la ciudadela.

Poco iba a durar la alegría en la pobre ciudad de Pamplona. El jefe de la sublevación volvió a conminar al capitán general dándole dos horas para entregar la ciudad o evacuarla. A las ocho y media, antes siquiera de que venciera el plazo, los cañones del todavía llamado castillo volvieron a vomitar metralla, contestada por fuego de fusilería desde la torre de San Lorenzo.

El lunes continuó el cañoneo, pero O'Donnell, sabiendo que se acercaban desde Zaragoza las tropas del general don Ignacio Chacón, dejó al mando del coronel Azcárraga 300 hombres en la ciudadela y salió con otros 600 camino de Echauri, donde se alojó en casa de don Fermín Arraiza.

Por la noche entraban en Pamplona las tropas de Chacón, y al día siguiente lo hacían las del general Ayerbe, ambos procedentes de la capital aragonesa.

El miércoles, día 13, la Diputación Provincial de Navarra, con la firma de cuatro diputados: Añoa, Aperregui, Mutiloa y Elorz, presididos por Madoz, y la del secretario Yanguas, se dirigía otra vez a los navarros:

*Una insurrección militar ha llenado de consternación y de ruinas a vuestra capital y amenaza renovar las sangrientas escenas de la guerra civil de que habéis sido víctimas durante seis años. (…) No os dejéis, pues, engañar con halagüeñas promesas; permaneced tranquilos en vuestro hogares; obedecer y respetar a las autoridades constituidas y descansar confiados en el celo de vuestra Diputación.*

Llamaba al mismo tiempo a los navarros que quisieran tomar las armas en defensa del gobierno constitucional, y señalaba como puntos de refugio Pamplona, Estella, Tudela, Tafalla, Viana, Peralta, Lerín, Elizondo y Lumbier, bajo el mando de los respectivos comandantes de la milicia nacional. Ordenaba también el reparto de raciones de pan y dos reales de vellón diarios, adelantados por los ayuntamientos de esas localidades.

Las noticias que llegaban a Echauri eran cada hora más aciagas. Así que informado, el día 18, del fracaso de los suyos en las Vascongadas, salió el conde de Lucena en dirección a la Ulzama. Cuando se detuvo en Lanz, vio que le seguían los pasos de cerca.

Por el camino que tan bien conocían sus ayudantes carlistas, pasó bajo el Txaruta, descendiendo hasta Donamaría y Santesteban, atravesó el valle de Baztán, y por Urdax entró en Ainhoa, internándose luego en Francia, paraíso de sus futuras y muy rentables conspiraciones. El avispado Carriquiri era uno de sus acompañantes.

El día 21, recibió el jefe político de Navarra el bando del general Rodil, fechado en Burgos tres días antes, en el que le anunciaba que el Regente le había confiado el mando del ejército de operaciones del Norte y que como tal estaba dispuesto a no perdonar sacrificio alguno para restablecer la paz. Los cinco artículos que dictaba sin contemplaciones eran sólo un indicio. Una fecha después de firmar el bando, anuncia desde Briviesca que llegará cuanto antes a Pamplona, donde deben los leales sitiar la ciudadela sin dejar salir a nadie hasta su llegada.

El 23, sábado, hizo conocer Madoz en Pamplona el manifiesto de Espartero, publicado el día 18, antes de salir para el Norte, en el que utilizaba términos muy duros para con los *traidores*:

*No pudieron haceros retroceder a la época de los abusos y privilegios que ataban toda una nación al yugo de ciertas clases que la devoraban, y esto enciende su venganza.*

Tras llamar a todos los españoles a unirse en torno a la joven reina Isabel II y a su propia Regencia, elogiaba a los milicianos de Madrid y a sus *esforzados compañeros de Aragón y de Pamplona*. A los que, en una breve proclama adjunta, añadía Madoz los milicianos de Estella, Tafalla, Tudela, Echalar y Valcarlos, y a los regimientos pamploneses de Gerona, Zaragoza, Extremadura y Príncipe de caballería, *con poquísimas excepciones que se cubrieron de ignominia siguiendo la rebelión del ingrato y traidor O'Donnell*, que, *por fortuna* había *desaparecido ya del suelo español*, según acababa de comunicarle el alcalde del Baztán.

El coronel Azcárraga, ex carlista, mano derecha de O'Donell en los sucesos, rindió, por fin, la ciudadela, el domingo día 24, a las nueve y media de la mañana.

Los artículos del bando de Rodil se cumplieron a rajatabla.

Se ordenó entregar todas las armas de fuego, blancas y municiones. Se desterró a muchos habitantes de Pamplona. Se destituyó a varios ayuntamientos, entre ellos el de Estella –cuya guarnición se sumó a los rebeldes–, y el de Puente la Reina.

La Diputación Provincial –O'Donnell había nombrado inútilmente la última estamental, presidida ahora por el barón de Bigüezal– protestó firmemente contra todas estas medidas de fuerza, en agria polémica con el Ayuntamiento, que dio por bueno todo lo hecho. Apeló luego al regente, al que, se dice, han ido a ver Sagasti e Iñarra, hombres de clara adscripción liberal. En caso de que el Go-

bierno de la Regencia no satisfaga sus reclamaciones, piensa la Diputación elevar el caso a las Cortes cuando se reúnan.

Lo cierto es que hoy, 13 de noviembre, nuestra primera autoridad navarra declara *haber perdido del todo la esperanza de que se restablezca la armonía entre ella y aquel funcionario desacreditado en la opinión pública*. Clara referencia a Madoz. Y es que tras la guerra civil, el convenio de Vergara y la ley de los Fueros, no está el horno para muchos bollos.

O'Donnell, igual que otros militares, como Gutiérrez de la Concha, Pezuela, Marquesi, Nouvilas, Lersundi, el duque de San Carlos o Piquero, han sido condenados a muerte pero han logrado huir. El general Diego de León, conde de Belascoain, *la primera lanza de España*, que intentó apoderarse del palacio de Buenavista, residencia del Regente, ha sido fusilado, el día 15 de octubre, en Madrid; Montes de Oca en Vitoria; Borso de Carminati en Zaragoza... junto a otros muchos. Algunos han sido deportados.

Ha sido, como se ve, una insurrección militar, cortesana y partidista. *La Octubrada*, la llaman algunos. Oportunista y precipitada. *Sólo tenía cabeza*, *carecía de pies*, ha dicho de ella Pi y Margall. No tenía pueblo detrás: ni siquiera los carlistas descontentos tras la guerra perdida.

Hoy, 18 de octubre de 1998, van y vienen por la Puerta del Socorro gentes pacíficas. Los nuevos edificios no dejarían ver la torre de San Lorenzo, si existiera todavía. No hay hoy cañones, ni banderas, ni milicia, ni regencia, ni sedición alguna.

Sólo han comenzado a sublevarse de otoño los abedules, los álamos blancos, los sauces llorones, que guardan la hermosa, la fiel e infiel, la benemérita y malemérita, la ya desmochada ciudadela de Pamplona.

# EN LEITZA, DÍA DE LA GUARDIA CIVIL

Es 12 de octubre y llueve levemente en los primeros sembrados y en los baldíos de la Cuenca. Como si quisiera revalidar aquellos versos de Adriano del Valle, escritos en la revista navarra *Jerarquía* (1938):

*Paciendo está la lluvia en el sembrado,*
*paciendo está y rumiando trebolares,*
*lavando el majadal con azahares,*
*balidos de aguacero y sol mojado.*

Sigue lloviendo, nevilloviendo, en el valle de Larraun, donde los hayedos han comenzado a otoñearse. Unas nieblas altas y unas nubes bajas nos velan el horizonte. Ya en Leitza, resbala musitante la nevilluvia o la lluvinieve sobre los tejados grises y planos de Sarriópapel; sobre los alubiares, las cebollas, acelgas y lechugas de los huertos; sobre los rosales y geranios de las casas; sobre las hojas palmatocompuestas de los castaños de Indias, mientras subimos en zigzag a la iglesia de san Miguel.

Cuando llueve, Leitza aparece más cercada que nunca por las montañas –Aizan, Arrimía, Oyalde...–, que la circundan. Sus oscuras piedras sillares se oscurecen más aún y se ensombrecen las fachadas caleadas de las casas antiguas y nuevas. Parecen más débiles todavía las hayas y los robles autóctonos, de color ya desvaído, frente a la entereza verdinegra de los pinares de repoblación.

Hoy es la fiesta de la Virgen del Pilar, Patrona de España y de la Hispanidad, es decir de las Naciones americanas, que comparten nuestra fe, nuestra lengua, y una larga historia. Es también la Patrona de la Guardia Civil, y por eso venimos hoy a Leitza, porque la misa que encargó el mismo Beiro para el día de la Patrona se ha convertido en su propio funeral, tras haber sido asesinado cerca de aquí, el último 24 de septiembre:

*Juan Carlos Beiro, asturiano,*
*guardia civil en Navarra,*
*en los trampales de Leitza*
*ETA te tendió la trampa.*

Por tercera vez vengo a Leitza al funeral de una víctima del terrorismo etarra. Hay un buen grupo de gente del pueblo. Y también de fuera del pueblo. La misa es solemne, muy bien llevada desde el coro. El párroco, que canta muy bien, ha dicho una muy digna, firme y cariñosa homilía, que muchos, según me dicen, no se la esperaban. Mucho hemos adelantado si la comparo con la de aquel coadjutor desvergonzado, hace veintiún años.

Al final, el organista ha tenido la finura de interpretar con garbo el larguísimo y popular himno de la Virgen del Pilar, que he oído tatarear en voz baja en los bancos próximos:

*Virgen Santa / Madre mía / Luz hermosa / Claro día,*
*que la tierra aragonesa / te dignaste visitar...*

Terminada la función, y cuando salían los jóvenes guardias civiles, ha sonado un aplauso vigoroso, dirigido a todos ellos, pero sobre todo a su compañero asesinado y a los heridos con él. Nos ha evocado aquel otro aplauso multitudinario en el mismo templo a los restos del concejal José Javier Múgica, que en el cielo de Dios también habrá aplaudido hoy.

Desde el procesionario neoclásico de la altanera iglesia de San Miguel miro a sus pies el barrio de su nombre, entre huertos y jardines. En tres de las cuatro casonas más próximas cuelgan unas banderolas que dicen *Presoak etxera* (Los presos, a casa) ¿Qué presos? ¡No se les ha ocurrido poner *Asasinatuak bizira* (Los asesinados, a la vida)!

La población, casi doblada, se ha extendido hacia el oeste, el norte y el sur, sin contar los cinco barrios. Las grandes planchas metálicas a los dos lados de la carretera de entrada muestran bien claramente el principio de la nueva industrialización en una villa que ya era no sólo ganadera y agrícola sino incipientemente industrial: fierro, cobre, papel. La reciente y cercana autovía ha venido a completar el cambio. Quién lo diría hoy: una mañana soleada, muchos cargos públicos navarros nos plantamos en la casa consistorial y en la plaza de Leitza, en gesto de pública protesta por los atentados y amenazas de ETA contra la autovía, entonces en construcción.

Villa fronteriza y torreada, incendiada y arrasada por los guipuzcoanos (castellanos) a mediados del siglo XV; muy castigada durante las guerras carlistas, a las que Leitza dio el famoso guerrillero José Miguel Sagastibelza, hoy aparecen por todas partes los signos y las consignas de la banda terrorista: en la casa consistorial, en todo su entorno, en varios muros y fachadas. Esta antigua villa tradicional y

carlista, que votó mayoritariamente la Constitución de 1978, ha llegado a ser, por desgracia, en toda España un símbolo de pueblo acosado y amedrentado por el terrorismo. No sin motivo: cinco atentados y tres víctimas mortales –la mayor proporción en Navarra– lo fundamentan. En vano se empeñan el alcalde y sus colegas en decir otra cosa.

Apenas hay gente por la calle. Hoy no viene Aznar ni Mayor Oreja para poder salir a las puertas de las tabernas con aire provocador. Veo en el balcón de casa Martxenea unas manos blancas sobre fondo azul. Leo en una pared *ETA NO*. Y un *José Javier, gogoan zaitugu* (José Javier, te recordamos). Pues, mientras no borren los otros letreros infames, que queden éstos al menos.

El pobre cuartel sigue estando donde estaba, al borde de la carretera, junto al riachuelo Leizarán. Donde no debió estar, al menos desde hace veinticinco años, antes del primer ataque, que lo desventró parcialmente.

En el vestíbulo muchos centros y ramos de flores honran la memoria del guardia civil asesinado, con afectuosas dedicatorias. Nos informan del nuevo atentado etarra, esta misma mañana, contra el cuartel de Urdax. El consejero que preside la delegación del Gobierno de Navarra, brinda por el Rey y le acompañamos todos. Poco después, en nombre de los muchos navarros que hubieran querido estar aquí, se lee un poema en honor del último guardia muerto por España, completado después por "vivas", en castellano y en vascuence, a Beiro, la guardia civil, Leitza, Navarra, España, la Constitución, la libertad y la vida.

*Juan Carlos Beiro, le diste*
*tu vida entera a la Patria.*
*Como patria somos todos,*
*todos te damos las gracias.*

*Gracias con rabia y con ira,*
*y una esperanza,*
*que por tu sangre respira.*

En los prados faldosos del Okabio, bajo las tres suaves lomas redondeadas, pastan los rebaños. Pastan bajo la lluvia y con la lluvia, según el verso de Adriano del Valle.

# ALFANHUÍ EN QUINTO REAL

He ido con mis amigos Javier y Teodoro hasta el otoño de Quinto Real a darnos una vuelta larga y a coger castañas, porque nos han dicho que este año, con los calurones del verano, se habían adelantado mucho los castaños, los pocos castaños que, tras el paso funerante del cáncer cortical y otros achaques y arrechuchos, nos quedan.

Hemos llegado hasta el puerto y collado de Urkiaga, mirado hacia la dulce Francia, torcido hacia nuestra derecha y subido por un sendero de seda hasta poder contemplar beatamente la cuenca de Urepel, la cordillera boscosa de Hayra y los montes fronterizos y valcarlinos de Laurigna, Argaray y Adartza. Para verlo todo mejor hemos abierto una langa fácil, aunque herrumbrosa, y nos hemos subido a un nido alto de palomeros por una escala de tramos de madera, despacito para no rompernos la crisma. Luego hemos bajado con la misma posición y contención que a la subida, por si acaso.

Pero antes, poco después de pasar las minas a cielo abierto de Magnesitas, nos hemos bajado del coche junto a un recodo del riachuelo Arga, infante, casi recién nacido, con unas aguas silentes y temblorosas. El Arga no estaba terroso como el Henares de Alfanhuí, ni tenía a su costado negrillos sino sauces, alisos y hayas, ni la tie-

rra era negra sino verde norte, ni las montañas lucían aún nieve a lunares, porque es aún primer otoño. Pero se parece a él porque está hecho igualmente de las nubes olvidadas y refugiadas en los vericuetos del Enegorri y del Zuraun.

No les he dicho nada a mis amigos, que se afanaban como yo mismo en pisar las morcozas sobre la hierba y en el mismo borde del río y en dejar al descubierto las tres castañas escondidas en las tres edículas del triple zurrón espinoso, tan parecido al erizo, que se llama también así. Tres erizos unidos y defendidos entre sí. Los tres recordábamos seguro las calloncas, los calbotes y las magostas de nuestros años infantiles y juveniles, pero yo me acordé de repente de Alfanhuí y de su maestro y de los experimentos de ambos con el castaño del jardín, cosas de la fantasía de Rafael Sánchez Ferlosio, y ya no he podido quitarlos de la cabeza.

Miraba y remiraba las hojas de los castaños de Quinto Real: éstos no tenían las hojas teñidas de treinta colores y no se parecían en nada a aquel maravilloso arlequín vegetal que consiguieron hacer con sus mixturas, tinturas y coloraciones diversas los dos personajes fantásticos alcarreños. Tampoco veía por ninguna parte los *ojos de color* en las castañas limpias, relucientes, frías, recién nacidas.

Ni encontré dentro de ningún erizo castañil e*l huevo blando color verde*, porque seguramente nadie había injertado en aquellos castaños ovarios de pájaro, como Alfanhuí y su maestro en el suyo. Ni vi pájaro alguno posarse en las vastas ramas del castañar, entre sus hojas grandes y lanceoladas, que me evocaban las candelas erectas y blancas de sus flores primaverales.

Me daba un poco de vergüenza andar pisando las morcozas caídas, incapaces como éramos de sacudir los gigantescos y centenarios castaños que pueden vivir diez siglos, recogiendo los leves y duros frutos, sin pincharme mucho los dedos, y llenarme las manos con ellos para echarlos luego al talego común, sin haber hecho ningún experimento lírico ni químico-botánico como Alfanhuí y su maestro. Me sentía un ruin recolector de estación, un mezquino dominguero o semanero ocasional, un innoble recogecastañas sin imaginación ni espíritu de aventura.

Pero yo no quería darles el día a mis amigos, a quienes todos los años nos convoca la magia verde de Quinto Real y el rito ancestral, semipagano y semiromántico de las castañas.

Así que todo contentos hemos subido, como ya he dicho, hasta Urkiaga, y luego, siguiendo el itinerario fluvial del Artesiaga, nos hemos adentrado por los puertos y bosques del Baztán bajo la tutela montana del Sayoa, hasta llegar a la plaza de Irurita, la más palaciega de Navarra. Unos niños vascoparlantes que jugaban a pelota en el frontón cubierto nos han guiado serviciales hacia el *ostatu*, que, como su nombre latino euskarizado lo indica, nos ha hospedado durante dos horas. Solitos en una sala grande llena de mesas y platos, hemos dado rienda suelta a algunos de nuestros más humanos y humanizados instintos, regulados por algunas de las más exquisitas convenciones y convicciones.

Al salir, el mundo nos ha parecido casi perfecto.

# LA VENDIMIA DE 2003

A la entrada de la nueva y extensa bodega, reluciente de maquinaria y trepidante de vendimia automática y manual, se va organizando el pequeño futuro museo: prensas, sulfatadoras, barricas, embotelladoras... Los espacios del piso superior son amplios y luminosos: comedor, sala de catas, laboratorio, oficinas. Todos los días, y esta tarde también, llegan gentes a visitar las instalaciones y a gustar y comprar el vino.

Lo mejor es la visión de los viñedos a las dos orillas del río, interrumpidos sólo por las casetas de riego, un viejo caserío blanqueado y un corral. Todavía las cepas vendimiadas o sin vendimiar conservan el verde uniforme del verano con la sola excepción de algunas parras de garnacha, que comienzan a tabaquearse y los liños de graciano, a los que los rigurosos calores de julio y agosto han desteñido antes de tiempo.

Al otro lado del río se empina el terreno desde los 310 metros del cauce hasta los más de 500 en la línea alta del ligero cordal, con tierras pedregosas y húmedas, las mejores para la viña, como ya nos enseñaron los romanos –*a Baco le gustan las colinas*–, aunque ellos no pudieron regar las cepas con el *gota a gota* como aquí, ni conocieron la variedad *chardonnay*, pero sí *la pequeña e incomparable* uva blanca *argitis*.

Desde la pequeña altura, siempre acompañados por nuestros guías Juan Mari y Antonio, miramos los abandonados casales de Vergalijo –sitio de vergas o mimbreras–, que hace un siglo comenzó a ser una activa granja agrícola a los pies de la torrecilla neogótica de su iglesia. Hacia el noreste se dilatan los terrenos cerealeros de Rinconada, Aborral, Moncayuelo y Royas, fronteros ya con Monte Bajo de Tafalla y Monte Plano de Olite, desde donde un día el viajero miró como lejanas las tierras que pisa esta tarde. El río Arga gira en el término de Arquillo, nombre acaso debido a su comba, donde terminan los viñales de la bodega. Hacia el sur, saca su cabecita blanca entre pinos la ermita del Salvador, de Falces.

Atravesamos la parte central de la finca, que hasta hace poco fue mayormente tierra labrantía, y donde hoy dan las primeras uvas variedades caseras y tradicionales, como el tempranillo, o francesas, como el *merlot*, y se desparraman frondosas las *cepas madres*, raras en Navarra, que surten de injertos a muchos propietarios vinícolas. Tamaños, colores y sabores distintos, como distintos serán luego los vinos cosechados.

En uno de los extremos de la propiedad dos máquinas vendimiadoras, una amarilla y otra azul –*New Holland* y *Braud*–, con solo un conductor a los mandos, van palpando y como ordeñando las cepas, cuyas parras se alborotan unos segundos para comenzar, ya aliviadas de peso, a embellecerse de otoño multicolor. Las uvas pasan en poco tiempo de las tolvas al remolque y del remolque a la prensadora omnívora de la bodega, que distribuye el caldo directamente a los acerados depósitos, de fermentación controlada.

¿Qué tiene que ver esta vendimia con aquella otra vendimia (la *vendema* o *mendema* del habla popular), de nuestros años infantiles y juveniles, que ha durado hasta hace sólo unas fechas? Bien poco. Aquellos días de cestas, comportas y carros, de focetes y tijeras, de risas y cantas, de corros festivos y a veces pícaros, de madrugones, de comidas y cenas con fuentes, soperas y botas comunes?

*Al alba, moza,*
*que me voy a vendimiar.*

*Volveré lleno de sangre*
*lo mismo que un capitán…*

cantaban los versos del poeta Adriano del Valle.

Cuando nos oye recordar con nostalgia lo bien que lo pasábamos entonces, Antonio, que es todo rigor y entusiasmo empresarial, nos dice socarronamente:

– Sí, sobre todo cuando llovía o teníamos que currar varios días seguidos .

Un objetivo sigue siendo común y principal: hacer un buen vino.

Algunos de los propietarios latinos, que por estos parajes tenían sus villas y sus viñedos, leían sin duda no sólo al poeta Virgilio y sus cantos a las fiestas de la vendimia, sino también al poeta Tibulo, que en su elegía segunda ensalzaba las cualidades sosegadoras del mosto fermentado:

*Sirve un buen vino y con él calma dolores recientes para que el sueño rinda y cierre los ojos de quien está agotado.*

La verdad es que huele la tarde a uva amostarrada, a uva pisada, a los lagos de entonces.

PD. Siete años después, volvemos varios amigos a la bodega Inurrieta, a mediados de octubre. Han crecido los olivos y las cepas plantadas en derredor del edificio, que también ha sido ampliado. Han crecido también las plantas y los árboles de adorno. Se han enriquecido el museo del vino y casi no caben los diplomas, los banderines y las copas de los premios nacionales e internacionales. Antonio nos muestra la bodega, muy renovada. Faltan sólo dos días de vendimia. Los cubos están casi llenos, relucientes por dentro y por fuera. Los trabajadores prensan las *brisas*. En el comedor nos espera el cocinero Juan Mari, que nos prepara un sabroso almuerzo de estación: entremeses, pochas y solomillo, regado todo con el rosado nuevo y el tinto *400*, el vino de moda y premiado. Nos honran con su

presencia y su amena conversación Tomás, el hijo de Antonio, economista, y Kepa, el enólogo bilbaíno. Luego *cambiamos* en la vinotera cajas de vino por uvas garnachas. José Vicente me regala las suyas. Así que me duran casi dos semanas, me hacen uvamente feliz y reparto la dicha entre varias personas.

# PADERBORN

## I

Te encontré en las planas de una vieja historia
que seguía las marchas del fiero Carlomagno:
airado en Zaragoza, colérico en Pamplona,
asustado tal vez en Roncesvalles.
Allí nació la leyenda florida
que surtió de proezas heroicas la epopeya mundial.

## II

Te vi luego, un otoño de hermandades europeas,
encogida de nieblas, silenciosa de lluvias,
entre alegres repiques de campanas madrugadas,
que, invisibles, brotaban simultáneas,

igual que los doscientos manaderos
del claro y breve Padern,
que te diera su nombre de bautismo.

## III

Hoy te he visto más alta y luminosa,
tu románica torre por bandera,
celebrar la memoria de tu apóstol san Liborio:
todo incienso y latín,
y procesión cantante,
y cervezas sin cuento,
y risas y colores
de millares de gentes cercanas y lejanas:
imán de fe,
relieve de esperanza,
mesa común de gozo y convivencia.

## IV

*Libori t*e celebran los himnarios.
*Libori* los obispos, los alcaldes.
Los verdes tiradores de otros tiempos.
Los cofrades piadosos con librea.
Los urbanos y rurales feligreses.
Los vivaces tenderos, los feriantes.

*Libori* los cronistas, los pintores.
Y todos los astutos cocineros nos presentan
un buen *Libori Mahl**, a bajo precio.

## V

Westfálica ciudad, franca y sajona.
Claustro en el Camino Jacobeo.
Ciudad-Fénix, muy pronto resurgida
de las propias cenizas y los lutos
de una guerra, que Europa renaciente
ha hecho ya imposible por los siglos.

## VI

Río-ciudad, ciudad que el río,
en su fervor de voces manantiales,
congregó en torno a sí y, con la ciencia
de la Naturaleza que no engaña,
te hizo nacer, crecer y derramarte,
enseñándote el arte más bello de la vida.

* "el plato de san Liborio"

## VII

Europeo, navarro y español, yo te saludo,
ciudad hermana, hermanada y hermanante,
manante de hermandad y de belleza,
de historia bien vivida y orientada.

## VIII

Aquel año de gracia del Señor,
de setencientos setenta y ocho,
un joven rey cristiano, que quería
restaurar el imperio impar de Roma,
nos unió para siempre en la aventura
de una fe, de un empeño y un destino.

## IX

Como siguen brotando las fuentes del Pader,
*quellen wieder die Glocken des Domes hervor*.**

** vuelven a brotar las campanas de la Seo.

# DE OTAZU

Vengo de Otazu, con los ojos llenos de verdes claros y verdes limón en los largos liños de las cepas de tempranillo, y de verdes pálidos y rosicler maduro, rojo carmesí y rojo atardecida en los largos liños de cepas de cabernet-sauvignon.

Había llovido la pasada noche y estaba el suelo húmedo y el cielo cansado. Todavía quedaban algunas rosas rojas de sangre, blancas de alba o amarillas de te en las primeras cepas de los tupidos viñedos, como vigilantes de honor. Las cepas se habían hecho grandes y se habían unido o estaban a punto de unir sus recios y longos brazos leñosos, unas con otras, formando un coro viticultor armonioso y seguro. Había espacios donde las máquinas vendimiadoras apenas dejaron rastro de uvas ni de racimos, y otros, donde las uvas, ubres amoratadas, parecían pedir que las arrancasen de allí.

Estaban las nuevas bodegas serias y silentes y se olía a mosto en fermentación: *odor vinarius*. Unos cuantos olivos, de gordas olivas, cerca de las viñas, o sobre los jardines de hierba, nos recordaban que este es un país latino, donde se recolecta trigo – en las laderas de las colinas y altillos cercanos–, vino y aceite:

*Siento en pan, aceite y vino,*
*yo mi eternidad,*

cantaba Rubén Darío.

En los glacis, junto a la puerta principal de la bodega, sobre el estanque, asomaban sus cabezotas blancas la setas recientes.

Había misa de sábado por la mañana en la iglesita románica, guardada por un ciprés espeso y forzudo. Las palomas zureaban calmosas en la torre palomar. La fachada cambiada del palacio parecía estar desde siempre, y la piedra se había templado ya con los vientos y los soles del Valle de Echauri.

A la puerta de un sencillo edificio de piedra, donde viven las familias que trabajan las viñas, alejado del palacio por un inmenso jardín, se exhibían unos rosales espléndidos y casi cortesanos.

En medio del jardín una esculpida mujer clásica sostenía, en bronce, una gran cesta de vendimia.

El robledal del cerro próximo, que cierra el paisaje por el oeste, parecía tan misterioso y atractivo como siempre.

En la pradera cercana al viñedo pastaban unos caballos, que alguien con mala vista pudiera bien confundirlos, de lejos, con vendimiadores como los de antes.

El ciprés del empinado camposanto seguía levantando el índice hacia el cielo.

Por una senda mal conservada pero incitante bordeamos el río del que nos separaba una chopera alta y un descuidado sotobosque. Una higuera nos ofrecía unos higos abiertos por la lluvia reciente. Todo era suave, tentador y reconfortante.

Desde el puentecillo, ahora con dos barandillas un poco más seguras, el Arga parecía el Loira. Una cigüeña se posó en la orilla, ella sabría para qué. Dos álamos de la orilla estaban recostados sobre la corriente, empujados por el viento o entumecidos en sus raíces

En la vieja fábrica harinera de Irujo todavía pudimos entreleer el último letrero electoral que queda en Navarra desde febrero de

1936: *Católico: viva la religión. Vota al Bloque de Derechas.* Los de Echauri así lo hicieron. Varias pintadas muy posteriores vitoreaban a ETA sobre y junto al letrero de marras, a imitación de otras esparcidas por el lugar.

Seguimos a la regata que vimos lanzarse con arrojo al río y llegamos pronto hasta el viejo molino, convertido parcialmente en una vivienda. Relucían las verduras de las huertas próximas, algunas con cercas de piedra, atravesadas por las acequias: acelgas, cardos, borrajas, alubias verdes, pimientos, berzas, cebollas… Un hortelano, azada en mano, nos dijo que el tubo de piedra, ya muy agujereado, junto a la corriente, bajaba el agua desde el molino al río.

Y allí cerca estaba el lavadero mujeril, rectangular, oscuro, bajo un tejadillo de madera y tejas rojas. Las mujeres, como en tantos sitios, tenían que subir y bajar con los baldes a la cabeza, cuando no, con suerte, en alguna caballería.

Bajo el terraplén que sostiene el poblado, media docena de casas adosadas, de un nivel, en la calle Urgunea kalea (calle sobre el agua), todas con garaje y con varios coches aparcados fuera, acercaban el viejo pueblo al río y a *la viña*, como antes se llamaba a las fincas del Señorío. Un niño chico nos miraba curioso desde su carrito, bajo la vigilancia tranquila del padre, que andaba haciendo cosas en casa. Poco antes lo había paseado entre las viñas.

Giraban allí lejos los molinos eólicos de El Perdón. Y asomaban su estampa blanquecina algunas casas de Arraiza.

Dos paisanos hacían piernas desde el puente al carretil que lleva al Señorío: *Finca particular. Prohibido el paso*. Pasaban algunos coches. Luego volvía el silencio y la magia del final de vendimia.

La bodega, silenciosa y fermentante, había contagiado con su calma forzosa todo el panorama otoñal encerrado herméticamente entre montes azulencos, con un poco de niebla.

PD. He vuelto varias veces, y en todas las estaciones, a Otazu. Hoy, finales de octubre, vamos unos amigos a racimar. En una de las viñas de *chardonnay*, de parra amarillosa, no hay apenas una uva blanca completa: todo se lo ha llevado la máquina vendimiadora, que ha dejado sólo las raspas. Andando andando entre liños, entre parras más

altas que nuestras cabezas, llegamos, cerca del puente de Etxauri, a una viña de uva *cabernet*, exuberante de emparrado verde rojizo y sobre todo de uvas abundosas y verticales. Dada la fecha en la que estamos, pensamos que este año la han dejado sin vendimiar, y lo lamentamos, a la vez que llenamos dos pequeños cestos. A uno le parece que deberían invitar a niños de colegios. A otro que deberían entenderse con alguna residencia de gente mayor, hospitales…, para que aprovecharan las uvas. Alguien recuerda la historia de no sé qué bodega navarra, que ha mandado destruir cientos de botellas preparadas para la venta, para no venderlas a bajo precio, y prohibiendo a la vez dar noticia del disparate. Han crecido las plantas de álamos en la orilla del río, que pasa sosegado, casi contemplativo, entre las galas otoñales. A las puertas de la bodega, contemplamos las dos esculturas de Buda sedente y la de la mujer frutal en bronce negro, entre Manolo Valdés y Fernando Botero. Cuando estamos a punto de irnos, ¡nos enteramos por un trabajador de la casa de que la viña de *cabernet*, cerca del puente, de la que hacen el mejor vino de la casa, está aún sin vendimiar, porque la dejan madurar más que a las otras y la vendimian a mano…!

¡Como nosotros, vaya, pero en otro plan…!

# NOVECIENTOS AÑOS DEL CISTER

Aquella tarde de San Bernardo, cuando aún resistía la sobremesa del día grande de las fiestas de Tulebras, un gran autobús y varios coches pequeños llenaban la explanada del monasterio de La Oliva. Los gorriones alborotoban arracimados en los pinos altos del jardín. En el recinto interior, con la tienda acrecentada y reabastecida, se cubrían los nuevos tapiales con las diversas parras vírgenes, estaban muy crecidos los cipreses, y los yerbines letificantes hacían destacar los útimos sillares testigos de las vigorosas edificaciones ancestrales.

Los personajes viciosos de la cornisa del pórtico del templo ponían esas caras que parecen de broma, mientras giraba simbólicamente la rueda de piedra de la fortuna.

Había pasado ya la lucha contra el miedo en torno a las leyendas del milenio. Hombres que habían mantenido sus ojos muy abiertos se lanzaban ahora por los bosques y páramos de Europa, no como jinetes del Apocalipsis sino como caballeros de luz, como ángeles armados con el libro de los Evangelios. Llegaba el tiempo de lo nuevo.

Hacía un siglo que cartujos y camaldulenses habían ensayado formas de austera vida eremítica.

En el monasterio benedictino de Molesmes (diócesis de Langres) unos monjes que vivían santa y honestamente pensaron que la regla de San Benito se observaba menos de lo que era su deseo y propósito. Hablaron unos con otros de sus inquietudes y trataron entre sí de cómo cumplirían mejor sus votos. Salieron veintiún monjes junto con el padre de aquel mismo monasterio, Roberto, de bienaventurada memoria. Después de muchos trabajos y extremadas dificultades, llegaron a Cister o Citeaux *(Cistell*= juncal o jaral), en la Borgoña, que entonces era un lugar de inmensa soledad.

Al abad Roberto sucede Alberico y a éste último Esteban, *los tres monjes rebeldes*. Después vendría el vendaval de Bernardo de Claraval, y, tras él, Guillermo de San Teodorico, Guerrico de Igny, Elredo de Rieval, o Isaac de Stella… A la muerte de Bernardo en 1153, son ya 343 en Europa los monasterios que han querido ser *el nuevo monasterio* –más que una nueva Orden–, que buscan la pobreza de Cristo y de los pobres frente a la riqueza y fasto de las antiguas abadías; el silencio en la soledad frente al tumulto permanente de la vida monástica mundanizada; y el trabajo, el aspecto peor tratado de la tradición benedictina en la práctica mitigada de la época.

En España los monasterios dependientes de la órbita de Morimond son 23, los de Claraval llegan a 30, y los más tardíos, provenientes de Citeaux, no pasan de 8.

El de Fitero fue el primero en Navarra y en toda España. Al parecer, Alfonso VII de Castilla pidió al abad del cenobio francés *Scala Dei*, fundado en 1137 en la Bigorra, monjes para sus reinos. Se establecieron en el monte Yerga, donde estaban en 1140, cuando el rey les regaló la granja de Niencebas, a dos leguas de camino. Allá se trasladaron el año siguiente, cuando el obispo de Calahorra bendijo al primer abad Raimundo. En 1152 se instaló definitivamente el cenobio en la vega amena y fértil de Fitero.

También el abad de *Scala Dei*, Bernardo, trajo religiosas cistercienses del monasterio de Favases (Comminges) a Tudela (1147-49), a impulsos del rey García Ramírez. Tras un breve paso por Barillas, recalaron en el monasterio de Santa María de la Caridad de Tulebras, el año 1157. Sancho el Sabio les donó lo perteneciente a la corona en el lugarejo. De Tulebras, primer monasterio femenino en España, salieron las fundadoras de otros seis en toda la Península, entre ellos el célebre de Las Huelgas (Burgos), Perales (Palencia) o Cañas (La Rioja). Hacia 1181 fundaron el de Nuestra Señora La Blanca de Marcilla, que se convirtió en priorato de monjes de La Oliva en 1407, y en abadía propia en 1608, extinguiéndose en 1835.

En 1178 llegaron, con Nicolás a la cabeza, hasta el pequeño priorato –¿benedictino?– de San Andrés de Iranzu doce monjes de la abadía *Curia Dei*, cercana a Orleans, filial de Citeaux y fundada en 1119. Es el primer monasterio de esa línea en España y será el último en desaparecer, en 1839.

Leyre se convierte de benedictino en cisterciense de 1237 a 1835. Y Santa María de Salas, en fin, monasterio de monjas fundado en Estella en la primera mitad del siglo XIII, se abandona entre 1402 y 1404, pasando la propiedad a Iranzu.

Fueron años de creación enérgica y multiplicadora. Vida en común, oración, silencio y trabajo. La *sobria ebrietas* en todo. Comentarios bíblicos, tratados teológicos, directorios doctrinales y ascéticos, devoción a la Virgen María, a quien se dedican todas las iglesias. Y las cosechas bien administradas, el transporte propio, el comercio de la lana y el vino cultivados con maestría, las minas de hierro y de cobre, fundiciones, piscifactorías, mejora de razas de ganado, energía hidráulica… Los 725 monasterios cistercienses en toda Europa están cambiando el mapa.

Pero la decadencia llegó demasiado pronto.

La influencia en las cortes, en los castillos y palacios, y hasta en Roma, llegó a ser decisiva. Los nobles llenaron muchos monasterios. Las familias de los toparcas buscaron allí no sólo enterramiento. La economía del regalo, hecha de donaciones cada vez más numerosas, se hizo poderosa economía de rendimiento. Fue célebre la *avaritia*

*cisterciensis*. El Císter acabó siendo máquina poderosa de bienes, posesiones, jurisdicciones, poderes, honores y glorias. *Honores mutant mores* (Los honores cambian las costumbres).

En la sala capitular, en el centro del ala oriental del claustro, hablamos de toda esta apasionante peripecia bajo los arcos fajones de medio punto y bóvedas de crucería, y entre las palmetas, entrelazos, arcos y motivos geométricos de los capiteles, de factura morisca. La asociación cultural Amigos del Monasterio de Fitero cultiva mimosamente la memoria histórica del mismo, inseparable de la existencia de la villa, y la va situando acertadamente en la imparable sucesión de los arios, los meses y los días.

La Reforma protestante acabó con 200 monasterios. Guerras, revoluciones, desamortizaciones, supresiones y expulsiones desbarataron aquella prodigiosa red medieval. Entre la decadencia, la corrupción, la persecución y los desvaríos, no faltaron tampoco los intentos y los logros reformadores. Uno de ellos partió del abad de la Trapa, nacido en París en 1626, el converso Juan Le Boutiller de Rancé La reforma de su monasterio terminó imponiéndose en muchos otros cenobios.

Los monasterios navarros, dilacerados en los siglos XV y XVI por las facciones agramontesa y beamontesa, resistieron las tentativas de Felipe II de hacerles formar parte de la Congregación de Castilla, y, por fin, en 1631 entraron en la Congregación de la Corona de Aragón y de Navarra, de estructura federal y renovadora.

Hoy los monasterios femeninos de Tulebras y de San José de Alloz –levantado éste en 1917 sobre una vieja granja de Iranzu con las monjas venidas de Tiñosillos (Avila)– y el masculino de La Oliva, restaurado en 1927, pertenecen a la Orden de Cistercienses Reformados o de la Estrecha Observancia (trapenses), creada en 1892, que hoy cuenta con 165 comunidades. La Oliva ha llevado a cabo en los últimos años las fundaciones de Hornachuelos (Córdoba) y Zenarruza (Vizcaya). Las bernardas de Tulebras han plantado un ceno-

bio filial en Esmeralda (Ecuador), y las de Alloz han dado vida al monasterio de La Palma, en Cartagena, y al de Armentera, en Pontevedra.

Entre las dos ramas de la común y de la estricta observancia, son 300 monasterios en el mundo. Casi todos los creados en los últimos treinta años lo han sido en África, Asia e Hispano-América.

La reciente matanza de los siete monjes trapenses del monastyerio de Atlas por terroristas argelinos ha conmovido al mundo y ha hecho conocer la múltiple y radical presencia misionera del Císter en los más difíciles ámbitos del planeta: testigos inmediatos del Dios único y santo.

# JAUN DE ALZATE

A menudo se oye o se lee la afirmación, repetida desde hace años, de que el nacionalismo vasco independentista, fanático y excluyente, y hasta violento y terrorista, ha tenido mucho que ver, y tiene todavía, con la Iglesia Católica.

Distinguir es, en todo terreno, indispensable para atinar. Y habría que hacer aquí tantas distinciones, habría que desmontar tantos falsos tópicos, que las seis páginas se me irían sólo en eso. Así que prefiero ceñirme a la realidad más de hoy.

Es común sentir de los autores que han estudiado el asunto –Elzo, Mata, Zubero y otros– que en estos últimos cincuenta años se ha hecho una trasferencia de sacralidad desde Dios al Pueblo Vasco, a la Patria Vasca, a Euskadi o Euskalherría. Habría que añadir que dicha trasferencia no se ha llevado a cabo sólo dentro del Movimiento nacionalista vasco exaltado, sino también en otros sectores, no sólo nacionalistas vascos, y que la trasferencia de sacralidad de Dios a la Patria no es sólo de hoy sino muy de ayer, así como la trasferencia, permanente en la historia, de Dios al Dinero, al Poder, a la Fama, al Exito, a los Negocios, a la Familia, al Ego propio, al Estado, a la Clase social, al Partido...

El nacionalismo vasco de Sabino Arana Goiri, hijo de carlistas arruinados por la Causa y carlista él mismo, era profundamente religioso. *Gu Euskeriarentzat ta Euskeria Jaungoikuarentzat*: Nosotros para Euskeria y Euskeria para Dios, fue siempre su lema, más conocido como *Jaungoikoa eta Lege Zarra*: Dios y Ley Vieja.

Es decir, la ideología y los objetivos políticos son mediaciones seculares al servicio de Dios. Más explícitamente aún que el viejo lema carlista: Dios-Patria-Fueros-Rey; sólo que en el nacionalismo aranista, la Ley Vieja, tradicional, incluye la Patria y ya no es necesario el Rey. Un paso más, y en la versión integrista, tanto carlista como nacionalista vasca, Dios prevalece tanto, que casi desaparecen los otros términos del lema, y el credo religioso, o la Iglesia que lo recibe, proclama y controla, hacen las veces de aquéllos.

*Y entendedlo bien* –escribe Sabino en julio de 1897–: *si en las montañas de Euskeria, antes morada de la libertad, hoy despojo del extranjero, ha resonado al fin en estos tiempos de esclavitud el grito de independencia, "sólo por Dios ha sonado".*

¿Qué quiere esto decir?

Que España es una nación corrompida, y no sólo por los gobiernos liberales. Que la invasión *maketa* que sufre Euskeria en general, y Vizcaya sobre todo, es la mayor desgracia que padece el pueblo vasco. Y que la única solución para la salvación de los vascos es su independencia de España.

He aquí un párrafo de un artículo titulado "Efectos de la invasión":

*La dominación española es en nuestra raza causa de profunda y extensa irreligiosidad, de intensa y dilatada inmoralidad. (...) La influencia española ha causado en nuestro pueblo más víctimas espirituales quizás que las sectas en Irlanda y el cisma y las sectas en Polonia.*

La conclusión es tan terminante como las premisas:

*Bizkaya dependiente de España no puede dirigirse a Dios, no puede ser católica en la práctica.*

Como puede ver el lector, basta secularizar la fuerza argumental del silogismo y dejar éste intacto. España corrompe a Euzkadi (palabra inventada por Sabino), luego Euzkadi debe independizarse de España. Muchos sucesores de Arana, aunque no se tengan por tales, dirán que la corrupción no es ya religiosa –¡qué les importa eso a ellos!– sino social y política, total. Unos querrán independizarse por las buenas y otros por las malas. Unos, con mayor o menor empeño. Otros, con la totalidad de su ser; *con todo el alma;* con la devoción religiosa, totalizante, con la que un creyente se consagra a Dios, o el ser contingente y finito al Absoluto e Infinito, filosófico, estético o moral (la Verdad, la Belleza, la Bondad).

En largo sectores del nacionalismo extremista vasco, como en cualquier otro nacionalismo similar, o en cualquier empeño secular totalizador (político, económico o social), lo humano se hace divino, lo relativo absoluto, lo parcial total. Los destinatarios de la fe-confianza, del culto y de la entrega *(de-vovere*= devoción) ya no son Dios, el Absoluto, el Infinito, sino los valores temporales así sublimados. En este caso, la Patria Vasca.

Alguno de los autores antes citados se entretiene en recordar que determinados sectores adherentes al MLNV (Movimiento de Liberación Nacional Vasco) han trasladado una misma estructura mental desde el campo de la fe al de la política: *Cuando eran curas, frailes, fieles laicos, laicas, adoptaban a menudo posiciones preconciliares, tradicionalistas; cuando desarrollan su actividad en el campo de la política nacionalista, adoptan posturas pre-modernas y antiliberales.*

No es descubrir el Atlántico. Este es un fenómeno general, y sólo vale aquí en casos concretos. No estará mal, por ejemplo, repasar los votos de las candidaturas integristas, en ciertas zonas del País Vasco, anteriores a 1936, y compararlos con los alcanzados en años posteriores a 1979, en el cesto de otras candidaturas.

Parece claro, según los estudios sociológicos más recientes, que los parámetros socioreligiosos más bajos los presentan los jóvenes más cercanos al MLNV (fe en un Dios personal, confianza en la Iglesia, etc.). Pero si se trata, vg., de la creencia en la reencarnación, la respuesta es homologable al resto de los jóvenes.

Los autores de tales estudios piensan que se trata de una realidad asumida positivamente, y animada, incluso, por el mismo MLNV. Ponen como ejemplo el documento elaborado en 1994 por KAS, titulado *Nuestro presente, nuestro futuro*, en el que se constata una fractura generacional que abarca todas las formas de pensamiento y expresión de la juventud vasca:

*Una juventud que se libera de la represión en su doble formato español-catolicista y también esukaldún-fededun, que en su grupo de edad de 24 y menos años se ha socializado primariamente en un entorno de hundimiento del franquismo y luego en un auge de corrientes liberadoras como el rock radical vasco, la nueva educación sexual, la insumisión, etc.; una juventud así desarrolla una vivencia sexual específica y escandalosa para los grupos de edad más vieja, como se constata a diario.*

Los expertos subrayan la novedad de que se llame a la cosmovisión cristiana, incluso en su versión vasca, mecanismo de represión que dificulta la liberación de la juventud patriota en Euskadi. Nunca, dicen, se había visto y oído tal cosa.

Sin embargo, en mis largos períodos de actividad pública, cuando por oficio leía ciertas publicaciones de ese ámbito, me encontré con artículos de opinión, columnas, sueltos, colaboraciones varias, mucho más duras y atroces que ese párrafo citado. Me encontré, y hace de esto muchos años, con una virulenta y frecuente campaña anticlerical y anticristiana, como nunca había visto, ni he visto después, en publicaciones políticas en toda Europa. La cosa, pues, no es de hoy, y es de esperar algún estudio histórico-filosófico de tal evidencia.

Imanol Zubero afirma que no existen indicadores suficientes como para mantener que nos encontramos ante una estrategia calculada de sustitución de las formas religiosas católicas, que supuestamente conectarían con el *ser* vasco.

Piensa, en todo caso, que es posible mantener la hipótesis de una cada vez mayor separación entre una cosmovisión cristiana, que

sacó la religión de los dioses tribales y la elevó hasta el Dios universal, y una cosmovisión nacionalista extrema, de clave étnica.

Un ejemplo indicador de tal estrategia le parece al autor la inclusión de los aquelarres en muchos de los actos de las organizaciones juveniles del MLNV. Y en este nivel de indicadores sociales, muchos de nosotros podemos incluir algunas de nuestras experiencias que muestran esa tendencia: carnavales, claramente ideologizados, ciertas fiestas de juventud, muchos de los números de fiestas patronales, organizadas en muchos sitios por jóvenes seguidores de la religión étnica o de dioses étnico-naturales.

Algunas celebraciones fúnebres o exaltaciones *post mortem* de militantes etarras *en acto de servicio* o de viejos militantes patriotas tienen todo el regusto literario y cúltico de la vieja religión cósmica, unida a la también vieja religión tribal de la carne y de la sangre.

Cualquier lector leído recordará aquí de inmediato al personaje de la obra de Pío Baroja, escrita en Itzea, 1922, *con un poco de risa* y *con un poco de llanto*, sobre el dueño del viejo palacio a orillas del Lamiocingo-erreca, que representa el *estado natural y primitivo* del país del Bidasoa.

Jaun de Alzate, el señor de Alzate, cuarentón alegre, culto, decidor, comedor y bebedor, es el clásico prototipo del bravo gozador de la vida:

– ¡*Bebed cantad, bailad, amigos! La vida es corta y la juventud se pasa pronto*.

Antijudío, anticristiano, antilatino, teme el día cercano en que las campanas de una iglesia católica le despierten en Alzate:

– "*Finis Vasconiae*". *Hasta yo quiero decir palabras en latín. Qué miseria!*

A su hija Ederra, bautizada María de Easo, que va a casarse con un castellano cristiano le espetará enojado:

– *El catolicismo será la verdadera* (religión) *de los forasteros, de los maquetos, pero no la nuestra*.

Invocador del dios Urtzi-Thor, *el de los ojos torvos*, oirá con pena su triste estribillo de despedida, desde el monte Larrún:

*– ¡Adiós! ¡Adiós! Pinares próximos al océano. Montes suaves y luminosos. Valles verdes y templados. Aldeas sonrientes y sonoras. Adiós, viejos vascos, alegres y joviales de perfil aguileño...*

Un día Urtzi se irá de verdad:

*– Yo no puedo mendigar. ¿No me queréis? Me iré, me embarcaré y desapareceré en los mares polares, en donde verán el sol de medianoche.*

Crítico y razonador, frente al nuevo sacerdote Prudencio, típico cura barojiano, fanático e intratable, recitará su viejo credo naturalista:

*– Los vascos adoramos al sol, a la luna, al trueno, al fuego, a los árboles, a las fuerzas de la Naturaleza, a las fuentes...*

Pero pronto las lamias, el Basa-jaun, las sirenas y las brujas de los montes y los valles le parecerán mentira y engaño. Y el viaje aéreo por el mundo, la danza macabra, los espejos mágicos, los conjuros y el sábado, entre los exorcismos de la agorera, en compañía de sus amigotes Macrosophus, Sabihondus, Timoteus, Chiqui o Basurdi, le parecerán pura necedad y absurdo.

Ni la magia, en la que no cree, ni la ciencia, en la que cree, le servirán para nada ante la muerte de su hijo Bihorz, y se encontrará solo ante una *Naturaleza sorda a nuestros gritos*, la Naturaleza *fría y ciega* de su amado Lucrecio.

Se arrimará entonces a unos peregrinos pillastres que vuelven de Santiago de Compostela y con ellos se irá mundo adelante.

Volverá a casa tras quince años de vagabundeo a la búsqueda de la verdad. Al llegar a su palacio del Bidasoa, se entera de que el P. Prudencio mandó quemar su biblioteca, el P. Fanaticus arrancar los árboles y su esposa Usea acaba de donar la casa al nuevo convento vecino de franciscanos. Todos han ido bautizándose, incluso su compinche el sacerdote de Urtzi, Arbelaiz; todos menos Shaguit, el loco del pueblo.

Aunque Jaun no ha querido convertirse antes de morir, lo llevan al cementerio católico, cantándole el *gori-gori*, entre las imprecaciones del P. Prudencio y del P. Fanaticus, y las misericordes palabras del P. Angelicus.

Cuando todo parece finiquitado para el viejo librepensador, Chiqui, el gnomo-diablo empleado en la cueva de Zugarramurdi propone hacer correr que Jaun de Alzate no ha muerto, que él lo ha metido en una cueva de Larrun, y que allí vivirá *mientras el País Vasco sea esclavo de los católicos, y cuando llegue el momento, Jaun aparecerá con el martillo de Thor a romper en pedazos el mundo de la hipocresía y del servilismo, y a implantar el culto de la libertad y de la Naturaleza*.

El coro entonces canta la plegaria final a Urtzi Thor:

– *Ven, ven a estas tierras meridionales; abandona el sol de medianoche...*

Quién sabe si muchos de quienes han renegado del *Dios de nuestros padres*, y han pasado de la Patria para Dios al Dios hecho Patria, no esperan también la vuelta de Jaun de Alzate y hasta de Urtzi-Thor, para unir la Patria a la Naturaleza o la Naturaleza a la Patria..., y llamar eso nada menos que libertad!

# CON LOS ESCRITORES DEL 98

*Nos atraía el paisaje* –escribe Azorín (…). *No es cosa nueva, propio de estos tiempos, el paisaje literario. Lo que sí es una innovación es el paisaje por el paisaje, el paisaje en sí, como único protagonista de la novela, el cuento o el poema.*

Los escritores del 98 amaron Castilla en sus ciudades y en sus campos. En su geografía e historia, que nunca separaron, separando su genuina realidad.

De Castilla pasaron a Levante, Andalucía o Vasconia. Y España se vio, se contempló a sí misma, por vez primera. España, la España real, fue el gran tema de todos sus libros.

Lo que no se historiaba, ni se novelaba ni se cantaba en poesía es lo que aquella generación de escritores quiso historiar, novelar y cantar: más que los *sucesos históricos*, que pasan y se pierden –como escribía Unamuno a Ganivet–, *los hechos subhistóricos que permanecen y van estratificándose en profundas capas.* Los hechos menudos de cada día, los que forman la menuda trama de la vida cotidiana. Los *primores de lo vulgar* (Ortega), la vulgaridad (cotidianeidad) de lo primoroso.

Azorín, que, por boca de uno de sus personajes, ha escrito que *lo que da la medida de un artista es su sentimiento de la naturaleza, del paisaje*, viaja en tren camino de sus frecuentados balnearios guipuzcoanos. *(Hacia Cestona).* Pasa por Miranda, Pancorbo, la llanada Vitoria, y pronto tiene ocasión de contemplar *el intenso paisaje vasco*. Y he aquí a Salvatierra, Olazagutía, Alsasua...

*La via se pierde entre las angosturas de dos colosales vertientes; un tupido verdor, jugoso, húmedo, cubre las quiebras; las hondonadas; los barrancos; aparece a intervalos, entre la inmensa mancha verdosa, la nota roja de una vaca que pasta o los blancos manchones de un rebaño. Y arriba, las aristas peladas, limpias, de la montaña destacan radiantes, luminosas. El tren corre vertiginosamente. Cuatro, seis, ocho túneles son recorridos con un estruendo formidable; se abren ante la vista diminutos valles, con las laderas cultivadas en cuadros y recuadros, de pintorescas gradaciones; un riachuelo manso, lento, desliza entre el boscaje, a lo largo de los carriles, sus aguas silenciosas...*

Es la emoción del paisaje. El escritor alicantino ordena sobre el papel, con la máxima sencillez posible, elementos cromáticos, acústicos, figurales, del paisaje.

Pío Baroja, el hombre del 98 que más y mejor escribió sobre Navarra y sus paisajes, hace también a veces pinturas impresionistas, escuetas, directas, plásticas, sin apenas metáforas ni otro tipo de tropos. Así describe el monte Larrún antes de entrar en la historia de sus brujas:

*Muchas tardes voy por la carretera a contemplar el monte más alto de estos contornos: el monte Larrún. Esta montaña tiene un color de piedra gris y se destaca de las demás que la circundan, bajas, redondeadas, y cubiertas de verde, con un aire orgulloso y solitario.*

*Larrún es un afloramiento de rocas primigenias en un terreno carbonífero más moderno; tiene el aire ruinoso, caótico, de todos los montes viejos, que contrasta con las eminencias de su alrededor, fértiles, cubiertas de prados y bosques.*

Ramón del Valle Inclán, el gallego autor de tres novelas sobre las guerras carlistas, llegó a conocer Navarra después de haberlas escrito, situándolas en su Galicia natal y en paisajes navarros y guipuz-

coanos, siguiendo las correrías del cura Santa Cruz. Aunque su desconocimiento del terreno –cosa que enfurecía a Baroja– le hace imaginar en el valle del Baztán viñedos, emparrados, higueras y codornices, su asombroso y originalísimo dominio del castellano y una casi sacra sensibilidad ante la naturaleza le hace acertar plenamente en la descripción de paisajes generales:

*El sol se levantaba sobre los montes. Había un prado que parecía de esmeralda, y un bosque negro, con las ramas sin hojas, inmóviles, destacándose sobre el oro de la luz, como dibujadas con tinta china.*

Y ya casi al final de la novela *Gerifaltes de antaño*, el paisaje se descompone en el desafinado contraste de colores pacíficos y sonidos bélicos.

*Llovía menudo y ligero en aquella fértil tierra del Baztán. Era una cortina gris, que a los prados húmedos, tendidos detrás, daba un reflejo de naranja, agrio como una desafinación de violín. Con aquel reflejo, sol anaranjado, armonizaban extrañas las cornetas militares tocando diana. Era agresiva la clara voz del metal en la paz aldeana y religiosa del valle, con campanarios entre arboledas y caserío, con rebaños de vacas marchando bajo los castaños o metidas por los herbales.*

*El paisaje* –escribe Unamuno– *sólo en el hombre, por el hombre y para el hombre existe en el arte.* Hay quien, como los llamados naturalistas, desde Zola hasta Pereda, lo describen objetivamente, con pelos y señales; hay quien, a la manera virgiliana, da cuenta de la emoción, externa y soterraña que ante él siente. Los escritores del 98 español están entre éstos últimos.

*Desde la ventana de mi cuarto oigo el rumor de un arroyo, Shantellerreca, que se desliza a los pies de la casa, y contemplo el pueblo, que se extiende formando una curva.*

Escribe Pío Baroja desde su casa de Itzea, la vieja mansión de los Alzate, uno de sus apellidos. Son los primeros párrafos de la *Pequeña Historia de Vera del Bidasoa*. Ahí enfrente está la iglesia, rodea-

da de palomas; el cielo está azul y la peña de Aya traza en el horizonte la línea de su cresta almenada.

*Todo el valle de Vera y sus montes próximos tienen, ordinariamente, un verdor profundo, mayor ahora; ha llovido mucho los días pasados; tras de las lluvias ha comenzado a reinar el viento sur, y el cielo está puro, con alguna nube lánguida y blanca.*

Don Pío dice los nombres de los montes de Vera. Y al ver enfrente el pueblo con su iglesia en la beatitud tranquila de la tarde, al oír el rumor del arroyo que corre cerca y el cacarear lejano de los gallos, el novelista corrido y corredor piensa emocionado en las cosas que han visto las viejas torres de las iglesias, en las generaciones que las han contemplado, y le parece triste cosa *ésta de ver al hombre como una ola que pasa en el mar de las generaciones*. Añade esta coletilla que no tiene desperdicio:

*Por más que uno quiera ser antihistórico, antitradicionalista, el peso de las cosas que fueron obra sobre la conciencia. Ver el mundo como una novedad es imposible para un hombre de hoy.*

La tierra, para Baroja como para el escritor bilbaíno y rector de Salamanca, determina al hombre y es determinada por él. La tierra, en cuanto paisaje, hace el hombre metiéndosele en el alma, en el ser a través de los ojos. También a los dinámicos personajes de *Paz en la guerra*, de Unamuno, varios de ellos navarros, o a los sosegados habitantes del santuario de Aralar, que visita, una tarde de septiembre de 1909. El paisaje hace también al paisanaje. El paisaje se hace patria, una de las dos patrias. Y quien ha invocado al Dios de Covadonga y Roncesvalles, al Dios de Bailén, *Señor de nuestra hueste*, mira desde su destierro de Hendaya el Bidasoa –que le recuerda el Tormes y el Nervión–, el Jaizquibel, el Larrún, o el cabo Higuer como símbolos carnales de su patria española:

*Contemplando los alfaques/ que me separan de España*
*voy sintiendo los achaques/ que se agarran a mi entraña.*

No piensa ni escribe de muy diferente manera Valle Inclán, para quien el paisaje es coautor del lenguaje y del hombre, puesto que

creación del verbo es el alma colectiva de los pueblos. Toda la literatura del autor de *Romance de lobos* es pura unión de historia humana y humanizada naturaleza. La mayoría de sus tipos son arquetipos, y sus paisajes halos de los mismos. Así los campos ensangrentados por las batallas, o el valle del Baztán, todo verdor y paz.

*Era de un encanto primitivo, con la gracia de esos paisajes donde los evangeliarios antiguos hacen florecer la infancia del Niño Jesús.*

En fin, las sobrias descripciones de Baroja, por tierras de Vasconia y Castilla, si no traslucen precisamente una patria celestial soñada, reflejan la España real, a la búsqueda de la posible y peregrina, que es su confesado *ideal de España*.

He aquí tres apuntes del estilo barojiano en Navarra, dentro de su mapa paisajístico-histórico-humanístico:

*Las campanas de San Saturnino contestaban a las de la catedral; las de San Nicolás a las de San Saturnino; las de San Lorenzo a las de San Nicolás. Las unas hacían ese tan, tan, ta, triste, pesado y agobiador; las otras el tilín, talán, tan clásico de las dos campanas echadas a vuelo, que tan bien indican el carácter levítico de los pueblos españoles con curas y beatas: no faltaban el tin, tin, agudo del esquilón del convento de monjas.*

En *La ruta del aventurero* (1916), donde describe el camino desde Pamplona a Madrid, hace un aguafuerte de Tafalla:

*Tafalla es una ciudad colocada en una enorme llanura. Tiene una campiña fértil y de aspecto monótono, formada por viñedos, trigales y huertas. Este pueblo se me figuró una granja, colocada en medio de sus tierras de labor. (...). La gente me pareció agresiva y malhumorada. Unicamente estos ribereños se humanizaban hablando del vino, por el cual tenían una verdadera adoración.*

Tras almorzar en la venta de Morillete *(sic)* el aventurero tuvo que detenerse en un *pueblo requemado y polvoriento, con unas cuevas agujereadas en una tierra blanca y arenosa y una gente áspera y desabrida.*

*El sol iluminaba el campo desolado y desierto, cuando la partida se puso en marcha. (...). Caminamos durante un par de horas hasta llegar a las Bárdenas* (sic). *El sitio era solitario y pobre, de una monotonía, de una tristeza y de una fealdad desagradables, agudizada por el tiempo bochornoso. La tierra, cenicienta, se extendía como un mar y delante se nos presentaban unas colinas roídas por las lluvias.*

Paisaje, país, paisanos. Cielo y tierra. Geografía e historia. Hombres y humanidad en cada patria, en todas las patrias, que se preguntan por el origen, el fin y el sentido de sus vidas, y de la tierra, de nuestra galaxia, del universo.

Cuando la tarde se desbarata, unas celidonias menores me miran desde el borde del camino, por última vez, asustadas, desconcertadas, con una mirada vegetal y cósmica, ya humanizada.

# EN GOA, CON FRANCISCO DE JAVIER

La Asociación Yamaguchi Navarra, a la vuelta de la visita a la isla china de Sancián, donde murió nuestro santo, se propuso estar presente el 3 de diciembre de 2000 –450 aniversario de su muerte– en la Velha Goa *(Old Goa)*, donde reposan sus restos desde el año 1554.

La megalópolis de Bombay, riquísima y misérrima, con una población jamás contada, se me hizo esta vez algo más tolerable gracias a la compañía de mis colegas, pero la visita fue corta e imprescindible, incluyendo la confusión entre los dos aeropuertos, lo que nos hizo perder el primer avión a Goa, destino de nuestro viaje.

Situado en medio de la estirada costa occidental de la India, entre los bosques de los Ghats y el Mar de Omán, el actual Estado de Goa, Daman y Diu es en buena parte un rincón paradisíaco, rematado por cientos de pequeñas o grandes playas de arena pálida, sombreadas por altos y espesos cocotales y palmerales, abiertas al azul océano o abrigadas en anchas ensenadas a donde van a desem-

bocar ríos que vienen ensanchándose en largas rías navegables, ricas a su vez en puertos, playas y embarcaderos. Más allá de los cocoteros y palmeras, están los jardines de árboles y flores tropicales, los bananeros, los arrozales, los regadíos, los árboles frutales, los campos de cereales, las mil especias, enormes plantaciones de teck o minas de hierro y manganeso.

Este pequeño cantón (Estado federado de la Unión India), de 3.850 kilómetros cuadrados y un millón trescientos mil habitantes, es el último testigo de la frenética carrera en pos de las especias, que llevó a las naves portuguesas, y después a las naves de media Europa, a pasar y repasar los mares, crear fortines y luego colonias, o territorios enteros, como los que los portugueses llamaron *viejas* y *nuevas* conquistas.

En 1498 el descubrimiento de la ruta marítima entre Europa y las Indias a través del Cabo de Buena Esperanza por el portugués Vasco de Gama puso fin al monopolio de los árabes en el comercio de las especias entre Oriente y Europa. En 1510 otro portugués, Alfonso de Albuquerque, con 1.200 hombres y 20 navíos, arrebató el Fuerte de Panjim (Panaji), la actual capital de Goa, al rey Yusuf Adil Shah, fundador de la dinastía musulmana de Bijapur, y fundó, nueve kilómetros al oriente de aquélla, la ciudad de Goa, hoy llamada la Vieja Goa. *La reina del Oriente*, la llamó en su poema épico nacional *Os Lusiadas* el poeta portugués Camoens, que la visitó en 1553.

Durante casi un siglo no tuvo rival en el mundo. Piedras preciosas, brocados de Indias, pimientas de Molucas, porcelanas y sedas de China... transitaban por sus depósitos o quedaban en las codiciosas manos de los mercaderes de sus bazares. Lisboa, la capital del Imperio portugués, fue durante todo ese tiempo, con gran envidia de Venecia, capital también del mundo en especias y joyerías orientales.

Los portugueses, como los españoles más tarde, viajaban con misioneros y catequistas con el fin de implantar la Iglesia y fundar las

comunidades nativas cristianas. Cuando el jesuita navarro, el maestro Francisco de Javier, llegó a Goa en 1542, como nuncio del Papa y embajador del rey de Portugal, se encontró con un obispo, el franciscano español Fray Juan de Albuquerque, ex confesor del piadoso rey portugués Juan III; una catedral; cuatro templos, y toda una Iglesia local establecida: un cabildo catedral, sacerdotes seculares, franciscanos, dominicos, la Hermandad de la Misericordia (seglar)…

Son riadas de gentes las que, desde muchas partes de toda la In dia, van a la Vieja Goa, el 3 de diciembre de 2002, después de los ocho días de la Novena de la Gracia. Hoy es día festivo oficial en todo el Estado de Goa. Un calor de treinta y tantos grados, que va paulatinamente creciendo, lo enmarca todo. Decenas de miles de personas se desparraman por los vastos espacios de los jardines, bajo la sombra de arbustos y árboles, entre los pocos restos arquitectónicos que quedan de un antiguo esplendor, que eso es hoy la que fue sede del Virrey portugués de todo el Oriente.

Cientos de casetas, tiendas y tenderetes, especialmente de servicios alimenticios, rodean la enorme planicie de la vieja capital. Frente a la iglesia jesuítica del Bom Jesus, y bajo toldos multicolores y potentes altavoces, miles de personas, de pie y sentadas en sillas, siguen la misa solemne concelebrada por varios cardenales, arzobispos y obispos indios y orientales en un largo y alto altar, lleno de flores.

Un lema con letras grandes en inglés preside la celebración: *Javier es el verdadero camino para formar cristianos alrededor de Cristo*. La gente va bien vestida, sobre todo a la occidental, aunque no falten muchos *sharis* multicolores. Abundan las americanas, las camisas abiertas y las sandalias. La mayoría es gente joven y hay también muchos niños. Vienen casi todos en grupos, familiares o no. Muchos son hindúes, musulmanes, o sin religión. La misa es vivamente dialogada y cantada por el pueblo; mayormente en kónkani, una lengua sanscrítica como el hindi, y la más hablada en Goa. Algunas partes se rezan o leen en inglés.

Imposible intentar hoy siquiera entrar en la basílica. Una fila kilométrica, en muchos dobles, se tuesta al sol mientras avanza lentamente hacia el templo. La gente que busca cualquier sombra, está tendida, sentada, o de pie, y habla, come, bebe, duerme, descansa, como aquella turba que seguía a Jesús, de la que nos hablan los evangelios. Afortunadamente ésta tiene algo qué comer y beber, aunque sea poco.

Pasamos rápidamente por la catedral, donde se acomodan muchos que no han podido encontrar sitio propicio fuera. Están ocupados bancos, altares, confesionarios. No pocos se inclinan, se arrodillan, se ponen en cuclillas, oran, besan medallas o cintas, ante los altares, sobre todo ante *la Virgen de las tres necesidades* y ante *la Cruz de los Milagros*. En la vecina e imponente iglesia de San Francisco, ya desafectada, ocurre lo mismo pero menos por la falta de bancos. El cobijo y la frescura de estos ámbitos sacros es toda una gracia, otra gracia de la peregrinación.

Tomamos donde podemos unos refrescos. Y saliendo de entre la barahúnda, alegre y reconfortada, nos vamos nosotros, igualmente reconfortados, para volver mañana.

Aquel humilde jesuita, nacido en el castillo de Javier, que pasó unos meses en Goa, de la que hizo una sede misionera estable y a la vez un trampolín para saltar y correr evangelizando por todo el Oriente, ha hecho este milagro, que vale más que otros muchos *milagros*. Él, como su Maestro Jesús de Nazaret, tuvo compasión de aquella multitud pobre y esclava. Y estas multitudes, sus herederas, todavía hoy le admiran, le veneran y le siguen.

El día 4 de diciembre nos vamos de mañanica, pues hay que aprovechar las horas de menos calor, a la residencia del arzobispo de Goa y Patriarca de las Indias Orientales, Mons. Raúl Gonsalves, que habla también español. El presidente de la Asociación Yamaguchi Navarra le entrega una pequeña escultura del maestro Francisco, copia menor de la forjada por el escultor navarro F. Aizkorbe, y que, en

diferentes tamaños, vamos dejando en los lugares javierinos que tenemos la dicha de visitar. Nos atiende el arzobispo y su secretario, vestidos con sotana blanca y sandalias. Nos dan luego unos pasteles de carne y pasteles de dulces, con un vino blanco de la India, lo que nos sirve de almuerzo. Hablamos un buen rato de su país y del nuestro. Nos hacemos unas fotos y nos promete los buenos oficios de su vicario general para que nos acompañe por la Vieja Goa.

Muy cerca de la residencia episcopal, en el barrio *portugués* de Altihno, vive el presidente del Estado federado de Goa, del partido nacionalista hinduista Janata, hoy en el poder en Nueva Delhi, y poco amigo de las demás religiones. Ha intentado hace poco terminar con casi todas las fiestas religiosas del Estado que ahora gobierna y se ha encontrado con una dura oposición.

Con el vicario Joaquín Loiola (como él lo escribe) Pereira, visitamos al día siguiente la basílica del Bom Jesus, centro religioso y turístico de la Velha Goa *(Old Goa).* Vemos luego, en la adjunta residencia de los jesuitas, levantada ya en 1585, una exposición didáctica y comparativa –luz y sonido– sobre Jesús de Nazaret, Francisco de Javier y el Beato goano José Vaz. Y terminamos en el nuevo Museo de Arte Cristiano, trasladado de otro lugar de la región y ubicado ahora en el convento agustiniano de Santa Mónica (1627), hoy Instituto *Mater Dei* para la formación de religiosas.

La basílica del Bom Jesus (1605), hecha a semejanza del modelo romano del Gesú, está construida en piedra laterita (una especie de arcilla rojisca), de la que están hechos casi todos los templos de la India colonial. Tiene una decoración manuelina por fuera y otra suntuosamente barroca por dentro, presidida por el dorado retablo del Fundador de la Compañía, entre columnas lisas y retorcidas, obra de artistas indios

A la derecha del altar mayor se acomoda la capilla del santo navarro y universal, buscado por todos. Un majestuoso y exquisito mausoleo marmóreo, joya del escultor veneciano Giovanni B. Foginni, cobija la arqueta de plata, algo anterior, que guarda los restos de san Francisco de Javier. Digo *restos* y no *cuerpo incorrupto,* como hasta hace poco se decía. Pereira nos cuenta las mil diabluras que se han hecho con aquel cuerpo, un día incorrupto, desde el mismo siglo XVI

hasta hace poco A Pedro se le ponen los pelos de punta. No es para menos. Desde el presbiterio se ve parcialmente la pobre momia, encristalada desde los años cincuenta.

En los cuatro costados de la base de la urna unos bajorrelieves de bronce representan escenas de la vida del santo. En el centro de la cara principal, el escudo de sus apellidos y el de su castillo. Muchos fieles, de toda condición, van acercándose, arrodillándose y orando ante el altar.

Desde la ventana de mi cuarto en Panaji veo pasar mansamente, ya casi oceánico, el inmenso río Mandovi. La calle está loca de bocinas y ruidos de motos y coches. Los paisanos van y vienen por la deteriorada y sucia acera del malecón, bajo la sombra tutelar de los nervudos árboles de la lluvia, los de muchos brazos El calor y los monzones hacen aquí estragos en casas, calles y plazas. Corros de muchachos merodeantes a la busca de una ocasión. Surcan el ancho río-ría cargueros con mineral, ferruginosos y brillantes al sol. Más allá, el verde bosque prieto y ondulado, abierto e iluminado por el blancor de quintas, urbanizaciones y hoteles.

En el velero a motor *Sant Antonea*, que sale de vez en cuando con turistas hacia la Velha Goa, intento imitar de algún modo el viaje del Maestro Francisco, que varias veces entró y salió por este mismo cauce. No había entonces por estas riberas sino algún fuerte, algún faro, algún castillo, algunas casas y alguna iglesia montana. Los cocoteros ocupaban lo que hoy son puertos, ciudades y pueblos. Cuando llegamos a la Vieja Goa, revivo la arribada –6 de mayo de 1542– del galeón *Coulam*, en el que vino por vez primera el jesuita navarro junto al nuevo gobernador portugués Martín Alfonso de Sousa. Hoy no se ven fustas ni catures empavesados de banderas y gallardetes. Sólo los pocos turistas extranjeros y un colegio de niñas y niños uniformados, que están de excursión recorriendo estos parajes

En la antigua Ribeira, contigua al Puerto de la Fortaleza, ya no hay astillero, ni arsenal, fundición de cañones, almacenes de material

bélico y de subsistencias, talleres náuticos, sala de condenados a galeras, o forzudos elefantes transportadores de troncos. No queda más que este pobre muelle de atraque, punto de partida y llegada de una barcaza que atraviesa el río, y a corta distancia un vulgar embarcadero para los barcos pesqueros. Todo el espacio que llega hasta la vieja muralla es ahora campos cercados de cocoteros y bananos, con algunas casuchas, especie de bohíos, hechas de adobe, palmas, maderas, ladrillos y chapas.

Subo por la que fue Rua Direita, o calle mayor, de Goa; paso bajo el resistente Arco de los Virreyes (1597), y me encuentro en la explanada de la catedral neoclásica, reedificada en 1631. Comienzo mi peregrinación por los lugares santos franciscojaverianos, visibles o no: la capilla de Santa Catalina, la primera erigida en la ciudad tras la conquista y modelo de la primera catedral de 1531; el hospital, donde residió nuestro misionero y pasaba las mañanas; la cárcel, parte de la Fortaleza, que visitaba cada día; y la leprosería de San Lázaro, fuera de la ciudad.

Asciendo más tarde a la colina occidental, desde donde Albuquerque dirigió con 200 hombres la reconquista de Goa, y donde mandó edificar la ermita de San Antonio y la iglesia de Nuestra Señora del Rosario. En esta última reunía el Maestro Francisco al atardecer niños, muchachos, esclavas y esclavos, y les enseñaba la doctrina y las oraciones, con cantos, preguntas y respuestas y gestos corporales. Rehecha en los años 1544-1547 en estilo gótico mudéjar, llena de luz, tiene una torre cilíndrica a cada lado de la fachada, un techo de madera con estrellas y un púlpito sobre una columna.

Una tarde, me pierdo buscando el Colegio de San Pablo, primeramente de Santa Fe, en el cabo oriental de la antigua urbe. Un maestro de obras, a quien pregunto, me monta en su motocicleta corrida y me deja junto al arco del pórtico, de columnas corintias, sucio de hierbajos, que es lo único que queda, al borde mismo de una carretera de tráfico intenso, y en medio de cocotales y bananales cer-

cados. La Hermandad de la Santa Fe comenzó a construirlo en 1541 y abrió sus puertas dos años más tarde, capaz hasta para 500 estudiantes. Iba a ser la residencia habitual de Francisco en sus breves estancias posteriores y una gloria de la Compañía en todo el Oriente. En él estuvo el cuerpo del santo desde 1454 a 1613.

El resto de los días, visito los alrededores de Goa, y estudio y aprendo la enorme asignatura viva que es la India, de la que no se puede hablar en vano y menos vanidosamente.

# POR NAVARRA

**Títulos publicados**

Tomo I: DE LEYRE A MAÑERU. Prólogo de José María Areilza.
Tomo II: DE BURLADA A SUMBILLA. Prólogo de Julio Caro Baroja.
Tomo III: DE ESTELLA A RONCESVALLES. Prólogo de Camilo José Cela.
Tomo IV: DE FITERO A LARRA. Prólogo de Alfredo Floristán.
Tomo V: DE ABLITAS A LESAKA. Prólogo de José Javier Uranga.
Tomo VI: DE PAMPLONA A AÉZKOA. Prólogo de Francisco Yndurain.
Tomo VII: DE BAZTÁN A TUDELA. Prólogo de Xabier Rubert de Ventós.
Tomo VIII: DE VALCARLOS A SANGÜESA. Prólogo de Fernando Morán.
Tomo IX: DE IRÁNOZ A PADERBORN. Prólogo de Ángel Aguirre Baztán.
Tomo X: DE JAVIER AL SAHARA. Prólogo de Ángel Martín Duque.
Tomo XI: DE LIZOAIN A TAFALLA.
Tomo XII: DE TORRALBA A LAS BARDENAS.
Tomo XIII: DE ETXARRI-ARANATZ A BAZTANGOIZA.
Tomo XIV: DE ISABA A VIANA.
Tomo XV: DE UITZI A GOA.